



**TEMPLO
METODISTA
BUENAS NUEVAS**



Su palabra
de honor

Y OTROS RELATOS

Título de la obra original: *Their Word of Honor*
Dirección editorial: *Mario A. Collins*
Portada e ilustraciones: *Ideyo Alomía L.*
Diagramación: *Leonardo Moreno T.*

Copyright © 1997, por
Asociación Publicadora Interamericana
Derechos reservados

Asociación Publicadora Interamericana
1890 N.W. 95th Avenue
Miami, Florida, 33172
Estados Unidos de Norteamérica

ISBN 1-57554-090-8

IMPRESO EN COLOMBIA POR Op Editorial Ltda.
Santafé de Bogotá
Colombia

Su palabra de honor

Y OTROS RELATOS

“Una buena conducta vale más que una bella figura; proporciona goces más elevados que los que pueden proporcionar las estatuas y las pinturas; es la más bella de las bellas artes.” —Emerson



Asociación Publicadora Interamericana
Belice-Bogotá-Caracas-Guatemala-Madrid-Managua
México, D.F.-Panamá-San José-San Juan-San Salvador
Santo Domingo-Tegucigalpa

YO QUISIERA

*Yo quisiera hacer de esta vida
el más bello tributo a mi Dios:
yo quisiera con gozo vivirla
y vivirla muy plena.*

*Yo quisiera ser útil, ser buena,
caminar con tal integridad
que pudiera enfrentarme, serena,
cada día con la eternidad .*

Yo quisiera...

INDICE

■	Prefacio	8
1	Su palabra de honor	11
2	"No hurtarás"	24
3	"No hay mayor amor"	28
4	Un voto sagrado	34
5	La carta inesperada	39
6	El guardavías y su hijo	46
7	Sed fieles	54
8	Lo que hizo una mentira	58
9	El hijo del maquinista	65
10	Sedas y encajes	69
11	Una copa de agua fría	79
12	Cómo salvó Dios a dos niñas	84
13	El asaltante	88
14	Arrestado por una negligencia	96

15	Manos que hablan	100
16	Una salvación maravillosa	107
17	El Sr. Dracy confiesa	110
18	Rut venció su mal genio	118
19	Los caminos del Señor	124
20	La hija del asesino	128
21	Por amor a Cristo	138
22	El pobre tío Silas	141
23	Una herencia de honor	148
24	La solterona	155
25	Dos fósforos	161
26	"No abandones el barco"	167
27	La hora de gloria	173
28	"El murió por nosotros"	180
29	La codicia de Blake	183
30	Bien comprensible	193

*Un buen libro es el mejor de los amigos,
lo mismo hoy que siempre.—Tupper.*

PREFACIO

"BUENOS SON los libros viejos, pues sólo los buenos llegan a viejos", dijo Baltazar Gracián.

Su palabra de honor es uno de esos libros. Se publicó hace muchos años, pero no ha perdido su valor ni su sabor se ha envejecido. Los que lo leyeron en su juventud deseaban que sus hijos se beneficiaran con la misma inspiración que ellos recibieron, y muchas veces expresaron su esperanza de que el iluminador volumen volviera a la circulación. Ahora que esto último ha ocurrido, podemos decir que es un acontecimiento editorial y nos felicitamos al poner en manos de la juventud una verdadera joya de la literatura inspiracional. *Su palabra de honor* es el emocionante relato que le da título al libro, pero la obra contiene muchos otros relatos igualmente verídicos e interesantes que durante decenios han deleitado e instruido a millares de jóvenes y adultos.

Vivimos en una época cuando la juventud necesita instrucción y motivación para vivir en armonía con los valores eternos del cristianismo que casi se han perdido de vista en las tinieblas del humanismo secularizado que nos agobia. Este libro sale al rescate de esos valores que nuestra sociedad desacralizada añora. Cada una de las historias contenidas en este volumen presenta algunas virtudes dignas de imitar, mientras señala en forma indirecta los vicios que se deben evitar.

Padres, educadores y gobernantes se preguntan: ¿Cómo presentar a las nuevas generaciones derroteros confiables y motivaciones poderosas que las induzcan a seguirlos? ¿Cómo fomentar los valores universales y eternos? ¿De qué manera contrarrestar la marea de corrupción y violencia que permea los grandes agentes educativos: televisión, cine, prensa, etc.?

Las historias que aparecen en *Su palabra de honor*, ofrecen a los jóvenes una eficaz herramienta de superación al filo del siglo XXI. Son como un poderoso instrumento del bien que repercute con fuerza inusitada por los corredores del tiempo.

Al joven lector le esperan momentos de provechoso deleite mientras se sumerge en las escenas llenas de acción, de valor, de fe y de heroísmo de este libro. Al recorrer las páginas de esta joya literaria, sabrá que la responsabilidad, el respeto a las personas, la vida y la propiedad ajena, son virtudes que han hecho felices y conducido a la cumbre del éxito a los mejores hombres y mujeres que han forjado el mundo en que vivimos.

Ninguna desventaja física o social puede cerrarle el camino del éxito y la felicidad a ningún joven. Nadie, excepto él mismo, puede impedir que el joven alcance metas nobles, realice actos heroicos o preste servicios altruistas. Si el joven pone su confianza en Dios y se dispone a vivir de acuerdo con los valores que él le propone, puede esperar confiadamente que su vida y su nombre se inscribirán en la galería de los héroes. Esta es una de las grandes lecciones que el amable lector encontrará en las páginas de *Su palabra de honor*.

Que ésta sea la experiencia de nuestros jóvenes lectores, es el deseo de

Los editores

Su palabra de honor

EL PRESIDENTE de la gran red ferroviaria colocó sobre su escritorio la carta que había leído tres veces, y se dio vuelta en su sillón con una expresión de intensa molestia.

-Me gustaría que fuese posible -dijo lentamente- hallar a un muchacho o a un hombre entre mil que quisiera recibir instrucciones y ejecutarlas al pie de la letra, sin apartarse un ápice de ellas. Cornelio --dijo mirando vivamente a su hijo, que estaba sentado ante un escritorio cercano-, supongo que estás aplicando mis ideas con tus hijos. No los he visto mucho últimamente. Ciro me parece ser un joven promisorio, pero no estoy muy seguro de Cornelio. Parece que Cornelio Woodbridge III, está adquiriendo el sentido de su propia importancia, lo que no es deseable, no, de ninguna manera deseable. A propósito, Cornelio, ¿aplicaste ya a tus hijos la prueba de Ezequías Woodbridge?

Cornelio Woodbridge, hijo, apartó la mirada de su trabajo con una sonrisa y dijo:

Todavía no, papá.

-Es una tradición de familia; y si se ha ejercido el debido cuidado para que los muchachos no sepan nada

de ella, será una prueba para ellos, como lo fue para ti, para mí y para mi padre. ¿Te olvidaste del día en que te sometí a ella, Cornelio?

-Eso sería imposible -dijo su hijo, siempre sonriente.

Los rasgos algo severos del anciano se suavizaron, y se echó riendo para atrás en su sillón.

-Hazlo enseguida -sugirió-, y haz de ello una prueba dura. Tú conoces sus características; apriétalos fuerte. Yo me siento bastante seguro de Ciro, pero en cuanto a Cornelio...

Y sacudió la cabeza como dudando, y volvió a alzar la carta. Repentinamente, se dio vuelta de-nuevo.

-Hazlo el jueves, Cornelio -dijo, con autoridad-, y cualquiera de ellos que la pase debidamente, nos acompañará en la gira de inspección. Me parece que ésta sería una buena recompensa para cualquiera de los dos.

-Muy bien, papá -contestó el hijo, y los dos hombres siguieron trabajando sin hablar más. Tenían la costumbre de atender sus negocios importantes con la menor cantidad de palabras posibles.

El jueves de mañana, inmediatamente después del desayuno, Ciro Woodbridge fue llamado a la oficina de su padre. Se presentó en seguida. Era un muchacho de unos quince años, de mejillas redondas y ojos brillantes, que parecía estar siempre alerta.

-Ciro -dijo su padre-, tengo una diligencia para ti, de carácter tal que no puedo explicártela. Quiero que lles este sobre -y le alcanzó un sobre grande y abultado- y que, sin decir nada a nadie, sigas sus instrucciones al pie de la letra. Quiero que me des tu palabra de honor de que así lo harás.

Dos pares de ojos se miraron mutuamente por un momento; eran singularmente semejantes en cierta expre-

sión grave, que se había convertido en gran agudeza en el hombre, pero que en el niño revelaba todavía tan sólo un carácter extremadamente despierto. Ciro Woodbridge tenía un compromiso con cierto joven amigo suyo después de media hora, pero respondió, instantánea y firmemente:

-Lo haré, papá.

-¿Bajo tu palabra de honor?

-Sí, papá.

-Es todo lo que quiero. Vé a tu pieza, y lee las instrucciones. Luego sal en seguida.

El Sr. Woodbridge se volvió a su escritorio con la señal de asentimiento y sonrisa de despedida que Ciro conocía muy bien. El muchacho se fue a su pieza, y abrió el sobre tan pronto como hubo cerrado la puerta. Estaba lleno de sobres menores, numerados ordenadamente. Estaban envueltos en una hoja de papel en la cual se hallaba escrito a máquina lo siguiente:

"Vé a la sala de lectura de la biblioteca de Westchester. Allí abre el sobre No. 1. Acuérdate de mantener secretas todas las instrucciones."

Ciro dejó escapar un silbido.

-¡Esto está raro! Significa que mi compromiso con Haroldo queda roto. Bien, ¡allá vamos!

Se detuvo en el camino para telefonar a su amigo respecto a su tardanza, tomó un tranvía que iba hacia la avenida de Westchester, y veinte minutos más tarde estaba en la biblioteca. Buscó un lugar apartado, y abrió el sobre No. 1.

"Vé a la oficina de W IC Newton, pieza 703, piso 10, edificio Norfolk, calle X; llega allí a las 9:30 de la mañana. Pide la carta dirigida a Cornelio Woodbridge, hijo. En el viaje de regreso, mientras estés en el ascensor, abre el sobre No. 2".

Ciro empezó a reírse. Pero al mismo tiempo se sentía algo irritado.

-¿Qué está buscando mi padre? -se preguntaba perplejo-. Aquí estoy lejos del centro, y me ordena que vuelva al edificio Norfolk; pasé delante de él cuando venía. Debe haber cometido un error. Sin embargo, me dijo que obedeciera las instrucciones. Por lo general sabe exactamente por qué hace las cosas.

Mientras tanto, el Sr. Woodbridge-había mandado llamar a su hijo mayor, Cornelio. Era un joven alto, de diecisiete años, de rasgos familiares pronunciados, con parpados caídos y un ligero acento extranjero en el habla, como peculiaridades. Se acercó lentamente a la puerta de la oficina. Antes de entrar enderezó los hombros, pero no apresuró el paso.

-Cornelio -dijo su padre, prestamente-, quiero mandarte a hacer una diligencia de cierta importancia, pero posiblemente te resultará algo molesta. No tengo tiempo para darte las instrucciones, pero las hallarás en este sobre. Quiero que guardes estrictamente en reserva el asunto y tus movimientos. ¿Me das tu palabra de honor de que puedo confiar en que seguirás las órdenes hasta el mínimo detalle?

Cornelio se puso un par de anteojos, y extendió la mano para tomar el sobre. Casi afectaba indiferencia. El Sr. Woodbridge retuvo el paquete y habló con decisión:

-No puedo dejarte mirar las instrucciones hasta que tenga tu palabra de honor de que las cumplirás.

-¿No es mucho pedir, papá?

Tal vez -dijo el Sr. Woodbridge-, pero no es más de lo que se pide cada día a los mensajeros de confianza. Te aseguro que las instrucciones son mías y representan mis deseos.

-¿Cuánto tiempo requerirá? -preguntó Cornelio,

agachándose para sacar una imperceptible manchita de polvo de sus pantalones.

-No considero necesario decírtelo.

Había algo en la voz de su padre que hizo erguir al lánguido Cornelio, y avivó su habla.

-Por supuesto iré -exclamó sin entusiasmo.

-¿Y tu palabra de honor?

-Por cierto que te la doy, papá. Y la vacilación antes de su promesa fue tan sólo momentánea.

-Muy bien. Confío en ti. Vé a tu pieza antes de abrir las instrucciones.

Y un segundo joven salió también algo perplejo de la oficina en ese memorable jueves de mañana, para encontrar que en su primera orden se lo mandaba a un barrio apartado de la ciudad con la indicación de llegar allí a los tres cuartos de hora.

Mientras tanto, en un tranvía, Ciro se dirigía a otro suburbio.

Después de recibir la carta en el 10' piso del edificio Norfolk, había leído:

"Toma el tranvía que cruza la ciudad en la calle L, trasládete a la avenida Louisville, y dirígete a las Alturas de Kingston. Busca la esquina de las calles West y Dwight y abre el sobre No. 3.

Ciro estaba cada vez más perplejo, pero también se interesaba cada vez más en ese asunto. En la esquina especificada abrió apresuradamente el sobre No. 3, pero para gran asombro suyo, encontró tan sólo esta indicación singular:

"Toma el subterráneo y baja en la estación de la calle Duane. De allí vé a la oficina de El Centinela y consigue un ejemplar de la tercera edición del diario de ayer. Abre luego el sobre No. 4n.

-Pero, ¿para qué me mandó a las Alturas de

Kingston? -exclamó Ciro en altavoz. Tomó el siguiente tren subterráneo, pensando pesadosamente en su compromiso roto con Haroldo Dunning, y en ciertos planes que tenía para ejecutar en esa tarde y acerca de los cuales empezaba a temer que habrían de arruinarse si continuaba esta acción aparentemente sin fin ni objeto. Miró el paquete de sobres sin abrir.

-Sería fácil abrirlos todos, y ver en qué consiste el juego -pensó-. Nunca he sabido que mi padre hiciese una cosa semejante antes. Si es una broma y sus dedos tanteaban el sello del sobre No. 4 -lo mejor sería descubrirla en seguida. Sin embargo, papá nunca habría de bromear con la promesa de uno. "Mi palabra de honor" es muy importante. Por supuesto, voy a perseverar hasta el fin. Pero, ya tengo hambre. Pronto será hora de almorzar.

Todavía le faltaba; ya Ciro había recibido dos veces la orden de cruzar la ciudad, y una vez de subir al piso superior de un edificio de dieciséis pisos en el cual no funcionaba el ascensor; eran más de las doce, y se hallaba en condiciones de encontrar muy satisfactorio el sobre No. 7. En él leyó: "Vé al Restaurant Reynaud, en la Plaza Westchester. Toma asiento en una mesa del reservado de la izquierda. Pide al mozo la tarjeta de Cornelio Woodbridge, hijo. Antes de pedir el almuerzo, abre el sobre No. 8 y lee su contenido".

El muchacho no perdió tiempo para obedecer esta orden, y se hundió en la silla del reservado designado, con un suspiro de alivio. Se enjugó la frente, y bebió de un solo trago un vaso de agua fresca. Era un caluroso día de octubre, y los dieciséis pisos habían representado un esfuerzo penoso. Pidió la tarjeta de su padre, y luego se sentó a estudiar el atrayente menú.

-Puede Ud. traerme... -se detuvo un momento y luego dijo riendo-: Creo que tengo bastante hambre

como para comérmelo todo. Así que empiece con...

De pronto recordó lo que debía hacer, se detuvo, y con pocas ganas sacó el sobre No. 8 y lo abrió.

«-Un minuto -murmuró dirigiéndose al mozo.

Luego su rostro se enrojeció y tartamudeó para sí mismo:

-Pero... pero... ¡esto no puede ser!

El sobre No. 8 debía haber sido de luto, a juzgar por el pesar que le causó la orden que le daba de ir a un salón de conferencias para oír hablar de electricidad a un famoso profesor. Pero ya se había excitado la sangre Woodbridge, y con una expresión parecida a la de su abuelo Cornelio cuando estaba muy indignado, salió Ciro de ese lugar encantador para dirigirse al salón de conferencias.

-¿Quién tiene ganas de escuchar una conferencia con el estómago vacío? -gimió-. Y de todos modos supongo que se me ordenará que salga apenas me siente y estire las piernas. Me pregunto si papá no ha estado un poco mal de la cabeza. Siempre dice que no hay que malgastar el tiempo, y hoy lo estoy desperdiciando a granel. Posiblemente está haciendo esto para probarme. Lo cierto

es que no me va a cansar tan pronto como piensa. Sepiré adelante hasta caer muerto.

Sin embargo, cuando recibió la orden de salir del salón de conferencias e ir a una cancha de fútbol que estaba a 5 km. de allí, y luego se le ordenó que se apartase de allí sin ver el partido que deseaba ver desde hacía una semana, Ciro se disgustó intensamente.

Durante toda aquella larga y calurosa tarde, corrió por la ciudad y los suburbios, con creciente cansancio y hambre. Lo peor era que las órdenes empezaban a asumir forma de programa y le mandaban estar en un lugar a las 3:15, en otro a las 4:05, y así sucesivamente, lo cual le

impedía estar ocioso, si hubiese tenido inclinación a ello. En todo esto no podía ver propósito alguno, excepto el posible deseo de probar su resistencia física. Era un muchacho fuerte; de lo contrario se habría agotado mucho antes de llegar al sobre No. 17, después del cual quedaban solamente tres en el paquete. Esa directiva No. 17 decía:

"Llega a la casa a las 6:20 de la tarde. Antes de entrar en la casa, lee el sobre No. 18".

Apoyado en uno de los grandes pilares de piedra blanca del vestíbulo de su casa, *Ciro* abrió con ademán cansado el sobre No. 18, y las palabras parecieron bailar delante de sus ojos; tuvo que restregárselos para asegurarse de que no se equivocaba:

"Vuelve a las Alturas de Kingston, en la esquina de las calles West y Dwight; llega allí a las 6:50. Lee en ese sitio el sobre No. 19.

El muchacho miró hacia las ventanas, bastante airado. Los hombres de la familia Woodbridge tenían por costumbre enseñar a sus hijos el significado de la frase: "palabra de honor". Este honor predominaba sobre su orgullo y cansancio. Si así no fuera, se habría rebelado y hubiera entrado en forma desafiante y tormentosa. Sin embargo, se quedó durante un largo minuto apretando los puños y los dientes; luego se dio vuelta, bajó las escaleras y dio la espalda a la cena que tanto anhelaba. Luego fue en busca de la calle L y del tranvía que lo habría de llevar a las Alturas de Kingston.

Mientras lo hacía, dentro de la casa, detrás de las cortinas, desde donde estaba mirando ansiosamente, el anciano *Cornelio Woodbridge* se dio vuelta, y golpeando las palmas se restregó las manos satisfecho.

Vino, y se fue -exclamó suavemente-, llegó exactamente al minuto.

Cornelio, hijo, ni siquiera alzó los ojos del diario vespertino, mientras contestaba quedamente: "¿De veras?" Pero se aflojaron un tanto las comisuras de sus labios.

El tranvía parecía arrastrarse interminablemente hacia las Alturas de Kingston. Cuando por fin se estaba acercando al término de su viaje, una fuerte tentación se apoderó del joven *Ciro*. Había estado allí una vez ese día en cumplimiento de una diligencia sin propósito. La esquina de las calles West y Dwight se encontraba a más de ochocientos metros de donde paraba el tranvía, y era un lugar casi despoblado. Tenía las piernas muy cansadas; el estómago le dolía por estar vacío. ¿Por qué no esperar el intervalo que se necesitaría para caminar hasta la esquina y volver, leer el sobre No. 19, y ahorrarse el esfuerzo? Ciertamente, había hecho bastante para demostrar que era un mensajero fiel.

Pero... ¿lo había hecho? Ciertas palabras bien conocidas acudieron a su mente; había tenido que escribirlas en su cuaderno de caligrafía los primeros días que iba a la escuela: "Una cadena no es más fuerte que su eslabón más débil". *Ciro* saltó del tranvía antes que se hubiese detenido, y se dirigió a paso apresurado hacia la esquina de las calles West y Dwight. No debía haber puntos débiles en su palabra de honor.

Firmemente llegó al límite indicado, y hasta tomó el camino más largo para dar la vuelta. Cuando emprendía el regreso, bajo del farol de la esquina se presentó repentinamente un mensajero de la ciudad. Se acercó a *Ciro*, y sonriendo le extendió un sobre.

-Se me ordenó que le diera esto -dijo-, si nos encontrábamos. Si usted hubiera llegado después de las 7:05 no lo habría recibido, pues yo debía volver. Usted tuvo un margen de siete minutos y medio. Son órdenes raras, pero el presidente del ferrocarril, el Sr. Woodbridge,

me las dio.

Ciro se volvió al tranvía congratulándose de haber cumplido con las órdenes, y esto le fortaleció un poco los músculos. Este último incidente demostraba claramente que su padre lo estaba sometiendo a una prueba severa de alguna clase, y no podía dudar de que lo hacía con un propósito. Su padre era un hombre que hacía las cosas con un fin determinado en vista. Ciro pensó en los incidentes del día, y escudriñó su memoria para asegurarse de que no había pasado por alto algún detalle del servicio que se esperaba de él.

Cuando volvió a ascender las gradas de su propia casa, estaba tan confiado en que sus labores habían terminado, que casi se olvidó de abrir el sobre No. 20, que debía leer en el vestíbulo antes de entrar en la casa. Cuando ya tenía el dedo sobre el botón del timbre, se acordó de ello, y con un suspiro rompió el sobre final:

"Da media vuelta, y vé a la estación de la calle Lenox, del ferrocarril B. Debes llegar allí a las 8:05. Espera al mensajero en el extremo oeste de la estación".

Esto era un golpe, pero Ciro se había sobrepuesto a otros. Se sentía como una máquina, una máquina vacía, que podía seguir marchando indefinidamente.

Llegó con facilidad a tiempo a la estación de la calle Lenox. El gran reloj indicaba las 8:01. En el lugar designado se encontró con el mensajero. Ciro lo reconoció como el camarero de uno de los trenes de la línea que presidían su abuelo y su padre. Sí, era el camarero del coche especial de los Woodbridge. Traía para el muchacho una tarjeta que decía así:

"Entrega al camarero la carta del edificio Norfolk, la tarjeta recibida en el restaurant, la entrada para la conferencia, el ejemplar de *El Centinela* de ayer, y el sobre recibido en las Alturas de Kingston".

Ciro entregó en silencio esas cosas, contento porque no le faltaba ninguna. El camarero se fue con ellas, pero volvió a los tres minutos.

Venga por acá -dijo, y Ciro lo siguió, latiéndole el corazón muy rápidamente. Sobre la vía reconoció el coche particular del presidente Woodbridge. Y él sabía que el abuelo Cornelio iba a iniciar una gira por sus propias líneas y algunas otras, que comprendería un viaje a México. ¿Podría ser...?

En el coche, su padre y su abuelo se levantaron para recibirlo. Este le extendió la mano.

-Bravo, muchacho -dijo sonriendo ampliamente-, pasaste la prueba, la prueba de Ezequías Woodbridge. Se puede confiar en tu palabra de honor. Vas a recorrer con nosotros diecinueve estados de este país y México. ¿Es suficiente esta recompensa por un día de penurias?

-Creo que sí, abuelito -contestó Ciro, reflejando en su redonda cara la sonrisa de su abuelo intensificada.

-¿Fue una prueba dura, Ciro? -preguntó con interés el anciano Woodbridge.

Ciro miró a su padre.

-No me parece, ... ahora por lo menos -dijo.

Ambos hombres se rieron.

-¿Tienes hambre?

-Bien, un poquito, abuelito.

-Se nos servirá la cena tan pronto como salgamos. Tenemos que esperar solamente seis minutos. Temo, sí, me temo mucho... y el anciano caballero se dio vuelta para mirar escrutadoramente por la ventanilla del coche al interior de la estación-, mucho me temo que la palabra de honor de otro muchacho no...

Se enderezó, con el reloj en la mano. Vino el guarda y se quedó esperando órdenes.

-Dos minutos más, Sr. Jefferson -dijo-. Un minuto

y medio, un minuto, medio minuto. Y ordenó:

Arranque a las 8:14, al segundo, ¿eh...?

El camarero entró apresuradamente, y entregó un puñado de sobres al anciano Cornelio. El caballero los miró.

-Sí, sí, muy bien -exclamó, con las mayores muestras de excitación que Ciro había visto jamás en sus modales generalmente tranquilos. En el momento en que el tren hacía el primer movimiento suave de partida, apareció una persona en la portezuela. Tranquilamente y sin faltarle el aliento, Cornelio Woodbridge III entró en el coche.

Entonces el abuelo Woodbridge asumió un aire impresionante. Avanzó, estrechó la mano de su -nieto como si estuviera saludando a un distinguido miembro del directorio; luego se volvió hacia su hijo, y le estrechó la mano también solemnemente.

Te felicito, Cornelio -dijo-, por poseer dos hijos cuya palabra de honor es irreprochable. La menor desviación del programa bosquejado habría resultado en desastre. Diez minutos de tardanza en diferentes puntos les habrían impedido obtener los documentos requeridos. Tus hijos no fracasaron. Se puede confiar en ellos. El mundo necesita hombres de este calibre. Te felicito sinceramente.

Ciro se alegró de poder escapar en seguida con Cornelio a su camarote.

-Dime, ¿qué tuviste que hacer? -le preguntó ávidamente. -¿Te tocó recorrer la ciudad hasta no poder más?

-No, no me tocó eso -dijo Cornelio, en tono serio, mientras se secaba la cara-. Me pasé todo el día en una piecita en la parte superior de un edificio vacío, teniendo que hacer exactamente diez viajes por las escaleras hasta la planta baja para recibir unos sobres en determinados momentos. No pude probar bocado ni tuve nada que

hacer, y no podía ni siquiera echarme una siestita por temor a que se me pasara por alto alguna de las citas que tenía que cumplir en la planta baja.

-Creo que tu suerte fue peor que la mía -comentó Ciro.

Ya lo creo. Si no estás seguro, haz la prueba.

A cenar, muchachos -dijo la voz de su padre en la puerta. ¡Y por cierto que no se hicieron de rogar!

-G. Richmond.

Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas. Eclesiastés 5:4, 5

"No hurtarás"

LUIS XIV, rev de Francia, tenía un ministro cuyo nombre llegó a ser célebre en todo el mundo; se llamaba Colbert. Era hijo de padres humildes, que habían tenido muchas desgracias. Para salir de apuros, se vieron en la necesidad de emplearlo como dependiente en la tienda de un comerciante llamado Certain. Este contaba entre sus clientes a los personajes más ricos de la ciudad.

Cierta tarde el patrón mandó a Colbert con tres piezas de tela a un hotel, donde se alojaba cierto banquero, llamado Cenani, que necesitaba comprar telas.

-Mire -le dijo el patrón-, esta pieza marcada con el número 1, se debe cobrar a razón de 6 libras la vara; la número 2, a 8; y la número 3, a 15 la vara. No se equivoque, y hágase pagar al contado.

Acompañado de un mozo de la tienda que llevaba las piezas, llegó Colbert al hotel y pidió permiso para hablar con el banquero Cenani. Al ser admitido, le mostró las piezas de género. El banquero eligió la que más le agradó, diciendo: "Esta me parece linda. ¿Cuántas varas tiene?"

-Treinta varas, señor.

-Entonces me quedará con ella. ¿Cuál es el precio?

-Quince libras la vara, señor.

-Así que, 30 por 15, son 450 libras-, dijo el banquero. Sacó el dinero y lo contó delante de Colbert.

-¿Quiere que mida la pieza para ver si son treinta

varas? -preguntó Colbert-

El banquero contestó:

-La firma Certain tiene fama de ser honrada, así, tu no es necesario.

Colbert se despidió e informó más tarde a su patrón del resultado. Apenas hubo llegado a la tienda, el mozo empezó a reír diciendo: "¡Qué linda equivocación!"

El patrón gruñía entre dientes:

-Si ha cobrado de menos, se lo descontaré del sueldo.

-No es necesario erijo el mozo-; ha traído de más, y bastante. ¡Vendió la pieza de 8 a 15; mire, señor!

El patrón vio que era así y se puso contento, diciendo a Colbert:

-Ha hecho un negocio excelente: 210 libras de beneficio.

-¿Sabe qué? Eso no puede quedar así -balbu,cd



Colbert_

Colbert; pero el patrón le interrumpió diciendo:

-No se aflija, usted participará de la ganancia; no tenga miedo, que no me quedaré con todo.

Colbert se contuvo con dificultad y luego dijo:

-¡No, señor! Ese dinero no es mío, ni suyo, y lo devolveré en seguida al Sr. Cenanj. Y sin prestar atención a los insultos del patrón, corrió al hotel y pidió - hablar de nuevo con el banquero. Este estaba ocupado en ese momento; pero Colbert, a riesgo de ser echado a la calle, entró sin permiso y le anunció su equivocación.

El banquero lo miraba con extrañeza, mientras Colbert contaba delante de él el dinero que había recibido de más.

-Bien, podían haberse guardado ese dinero dijo el banquero-, pues yo no me hubiera dado cuenta del error.

-No deseo tener dinero ajeno, señor; prefiero ser honrado.

-,¿Y si yo le diera ese dinero en recompensa por su honradez?

No lo aceptaría, señor. No tengo el menor derecho de poseerlo, y el que yo haya traído de vuelta su dinero, no es más que mi deber.

El banquero le preguntó su nombre y dirección y lo dejó ir.

Al llegar nuevamente a la tienda su patrón lo recibió con poca bondad. Lo trató de tonto, y le dijo que nunca iba a adelantar, porque no comprendía lo que le convenía. Al pensar su patrón en el negocio que por causa de Colbert se le había arruinado, se enojó tanto que lo despidió inmediatamente.

Con lágrimas en los ojos, Colbert contó a sus padres lo que había pasado. Estos quedaron bastante sorprendidos cuando les comunicó que lo habían despedido, pues estaban muy contentos porque su hijo también ganaba algo

para ayudarles.

Pero ambos padres estaban de acuerdo en que el joven había obrado bien, aunque no estaban muy contentos de que hubiera quedado cesante. Parecía que la honradez les había causado una nueva desgracia; pero antes de la noche Dios había cambiado la situación.

Alguien llamó a la puerta, y al abrirla, vieron que un señor bien vestido bajaba de un lujoso coche. El gran señor entró y resultó ser nada menos que el banquero Cenanj.

Juan Bautista Colbert es hijo de ustedes, ¿verdad?

-Sí, señor: es nuestro hijo mayor.

-Los felicito por tener un hijo tal. ¿Está empleado en la tienda de Certain?

Allí estaba, pero hoy lo despidieron.

-¿Seguramente en relación con el asunto de esta tarde?

-Sí, señor.

-Entonces mis informes resultaron exactos. Yo vengo a hacerles la propuesta de que Juan Bautista pase a trabajar en nuestra oficina en París. ¿Qué les parece?

Naturalmente, la propuesta fue aceptada de todo corazón, y el joven Colbert quedó al tanto de los negocios del banco. Desde el principio gozó de la mayor confianza; y como nunca diera motivo para que se dudase de él, se le dio oportunidad de familiarizarse con todos los manejos del dinero.

Cuando Luis XIV buscaba un ministro de hacienda, se le dirigió la atención a Colbert, y el poderoso soberano lo elevó al cargo más alto del estado.

La probidad reconocida es el más seguro de todos los juramentos. Mme. Necker

"No hay mayor amor"⁷⁷

POR años Pedro había sido enemigo de Natalio, desde que éste lo había castigado por haber torturado a un gato. Pedro había jurado vengarse, y mientras crecían juntos, había procurado de muchas maneras vengarse de Natalio.

Ambos muchachos vivían en la costa de Terranova, en una aldea de pescadores, batida por las olas. Al llegar a la juventud, ambos escogieron como ocupación ser pescadores. Se desarrolló una aguda competencia entre ambos, porque ninguno quería que el otro fuera conocido como mejor pescador.

Entonces, cierto día una bonita y graciosa joven llamada Ana, y sus padres, fueron a vivir a esa aldea. Su padre también era pescador. Natalio y Pedro llegaron a ser amigos de ella y se estableció una competencia esta vez por el afecto de la joven. Ana gustaba de ambos; y por un tiempo no sabía a cuál debía elegir. Natalio y Pedro pasaron horas de ansiedad hasta que finalmente Ana hizo su elección. Natalio fue el favorecido. Nuevamente se airó Pedro contra Natalio y renovó su juramento de venganza. Pero la feliz pareja no sabía nada del odio que ardía en el pecho de Pedro.

La noche de la boda una enorme luna llena derramaba su radiante luz sobre la aldehuela de pescadores y el gran

océano que bañaba sus orillas. La iglesita de la colina estaba atestada de gente ansiosa de ver a la feliz pareja que se unía en matrimonio. Pero Pedro no estaba allí. En un rocoso promontorio que dominaba el apacible mar bañado por la luna juró que se vengaría de Natalio.

Después de algunos días de luna de miel, los recién casados se instalaron en una linda casita cercana a la playa. Pedro se fue al mar.

Transcurrieron varios años, y un niño de cabellos rizados vino a alegrar el corazón de sus padres. Natalio pasaba todos sus momentos libres con Natalito, como lo llamaban. A veces le contaba historias del mar, pero esto no le agradaba a Ana, quien con frecuencia sacudía la cabeza en señal de desaprobación; pero el niño siempre pedía más. A medida que crecía, se fue posesionando de él un profundo anhelo de cruzar el océano y ver algo del mundo. A menudo, cuando el tiempo no era tormentoso, acompañaba a su padre a los lugares de pesca. En esas ocasiones se quedaba sentado soñando en la proa del bote, deseando con todo el fervor de su alma apasionada poder viajar lejos.

Mientras Ana estaba de pie a la puerta de la casita, diciendo adiós a sus "dos hombres", se preguntaba cómo podría apartar de la rizada cabeza el interés por las tierras lejanas. Pero cada vez, a su regreso, Natalio tenía más entusiasmo que nunca por surcar el ancho seno del mar. Por la noche, mientras yacía en la cama, escuchaba las olas que azotaban las piedras y le arrullaban dulcemente. En otras oportunidades, oía la fuerte marejada romperse contra las rocas. El mar lo atraía siempre.

Terminó sus estudios en la escuela de la aldea, y se dedicó a ayudar a sus padres en la pesca. Sin embargo, sus progenitores sabían que su corazón estaba en el anchuroso mar. Un día se acercó a su madre y le dijo:

-Mamá, debo irme. Te ruego que me des permiso.

-Ella, mirándolo en los ojos, vio escritos en ellos amor y afecto, como también un ardiente deseo.

-Sí, Natalio, puedes ir -le contestó, procurando hablar serenamente.

-Gracias, mamá --dijo el joven y la rodeó con sus fuertes brazos.

Fue un día triste el de su partida. Hasta el viento, gimiendo entre las hojas, parecía lámmmentarla. Pero con sonrisas valientes y ojos llenos de lágrimas, Ana y Natalio dijeron adiós a su "hijito". El joven Nátalio, al llegar al gran puerto de mar a trescientos kilómetros de su casa, abordó un barco con destino a Inglaterra.

Después de estar varios días en alta mar, comenzó a preguntarse por qué le tocaban a él todas las tareas duras y desagradables; porque estaba seguro de no ser el único grumete a bordo. Entonces descubrió que el capitán no era sino Pedro, el antiguo enemigo y rival de su padre. ¡Y Pedro ejecutaba su venganza! Durante el viaje pareció desahogar toda su bilis contra el muchacho. Lo hacía trabajar tan duramente, le hablaba con tanta crudeza, y le hacía la vida tan miserable, que el joven Natalio resolvió librarse de su compromiso cuando regresase al puerto.

En el viaje de regreso, el barco soportó una fiera tormenta, de aquellas que sólo se conocen en el Atlántico. Rugían los truenos, caía la lluvia en raudales constantes, la neblina rodeaba el barco, y enormes olas coronadas de espuma golpeaban sus lados. Natalio, que estaba trabajando sobre cubierta, fue arrastrado al agua por una ola. La fiereza del mar no permitió que se lo rescatase; así que el barco siguió adelante sin él.

Cuando el barco llegó al puerto, uno de los tripulantes fue a Natalio y Ana para darles la triste noticia, y añadió: "No necesitaba estar sobre cubierta, pero el capitán, que

por alguna razón no lo quería, dijo que debía quedar allí ayudar".

Ana, abrumada por el golpe, cayó enferma. Natalio sintió que en su corazón brotaba odio hacia Pedro; pero procuró ocultárselo a Ana. Dos días y dos noches estuvo al lado de ella, mientras sufría enferma de muerte. Esos días fueron de los más penosos para él, porque veía partir a su amada. Su odio hacia Pedro iba en aumento. Después de sufrir algunos días, Ana murmuró un adiós y cerró los ojos.

Natalio quedó solo para reflexionar en los días felices en que él, Ana y su "hijito" estaban juntos en la casita. Parecía que el odio no podía coexistir con el recuerdo de aquellos días inolvidables; y sin embargo, aquella felicidad había sido quebrantada por causa de un hombre. Muchos y diversos eran los sentimientos de Natalio. A veces podía perdonar y olvidar a Pedro, y de repente lo abrumaba la sensación de su pérdida, y volvía a sentir el antiguo odio. "No es justo que lo odie así", pensaba. Oraba fervientemente a Dios que le ayudase a vencer la amargura de su corazón; pero ésta volvía siempre, y se sentía incapaz de desarraigarla.

¡Entonces se produjo la tormenta! El furioso viento alzaba olas como montañas y las arrojaba a la costa con ruido ensordecedor. La lluvia transformada en hielo y nieve llenaba la atmósfera, velando con la furia de los elementos la cara del sol. Y la tormenta siguió durante toda la noche. De muchos corazones subieron oraciones fervientes por los que estaban en peligro en el mar durante las largas horas de oscuridad.

Al amanecer, los ansiosos pescadores miraban por las ventanas hacia el salvaje y agitado océano. De cada casa subió el clamor: "¡Un barco naufraga!" Los hombres salieron con sus impermeables puestos. Pronto un grupo de

valientes marineros procuró echar un bote al agua, pero el viento silbando con escarnio, lo arrebató, y las enormes olas lo destrozaron prestamente. Con pesar volvieron a sus casas a orar para que amainase la tempestad.

Transcurrieron dos horas, y por fin dos barquitos se botaron al mar. Natalio saltó a uno de ellos. Remando con vigor contra las furiosas olas, los hombres llegaron al buque condenado. Entonces empezó la peligrosa y ardua tarea de hacer pasar los tripulantes a los botes antes que el barco se hundiere para siempre en las rugientes aguas. Un bote se llenó y se encaminó hacia la costa. Quedaba el bote de Natalio para recoger al resto de la tripulación.

Continuó la lucha contra el mar enfurecido. Finalmente el puente quedó desierto y ya no cabía ni un hombre más en el bote salvavidas.

-¡Alejémonos! -gritó Natalio.

Aguarde un momento, el capitán está enfermo en su camarote -gritó un fogonero.

-Entonces atraquemos -gritó Natalio, mientras se preparaba para saltar del bote al vapor. El esqui se arremó y él saltó a bordo y se dirigió hacia el camarote del capitán.

-¡Hola! -gritó.

Aquí estoy acostado -fue la débil respuesta.

Con ternura alzó Natalio al enfermo en sus brazos y salió apresuradamente. Una vez afuera del camarote se detuvo, porque a la luz grisácea había reconocido la cara de Pedro. Encontrados sentimientos le embargaron. Volvió a ver a su esposa sufrir y morir por causa de la crueldad de Pedro hacia su "hijito". En sus ojos había odio, un odio sombrío. Ahora podía vengarse. Pero en seguida cambió la expresión de sus ojos, y se apresuró a ir hacia el bote, llevando el pesado cuerpo del capitán.

-Ahora con cuidado, hombres -ordenó mientras los

marineros recibían al enfermo-. ¡Ya está! ¡Zarpad!

-¡Oh, no, Natalio, hay lugar para ti! -le instaron-. No -contestó Natalio-, el bote se hundirá si se le pone un kilo más. Partid.

Era inútil discutir, y cualquier demora podía ser desastrosa, porque el barco se inclinaba rápidamente a estribor. Con corazones apesadumbrados y manos vacilantes los marineros asieron los remos y se alejaron.

Apenas habían recorrido cien metros, cuando el barco se hundió en las heladas profundidades, llevando a Natalio consigo.

Varios días más tarde, el capitán, repuesto de su enfermedad y de la exposición a la intemperie, descubrió que era Natalio el que había dado su vida para salvarlo. Las lágrimas rodaron por sus toscas mejillas, e inclinando avergonzado la cabeza, oró así: "Perdóname, oh Señor, como él me perdonó".

En el cementerio de la aldea, al lado de la tumba de Ana, Pedro puso una lápida que llevaba esta inscripción:

NATALIO MERCER

"Nadie tiene mayor amor que éste".

El dio su vida por un enemigo.

Un voto sagrado

UNA TARDE, varios viejos marineros se habían reunido en derredor de la mesa y se entretenían refiriendo incidentes y aventuras. Reinaba entre ellos completa paz y armonía. Sólo uno de los presentes, el capitán Sutter, se negaba a beber como los demás. Cuando le tocó contar algunos de los incidentes de su vida, se levantó y dijo:

Camaradas, no deseo pasar entre vosotros como un hombre poco sociable, debido a que siempre rehúso toda bebida alcohólica. Voy a contaros cómo llegué a ser abstemio y cómo á esto debo la posición que actualmente ocupo.

Me embarqué muy joven y a los dieciséis años ya me consideraba un marinero consumado. Era entonces grumete de un gran velero que se dirigía a las Indias. Nuestra tripulación se componía de cincuenta y dos hombres. Nosotros, los grumetes, vivíamos, por así decirlo, aislados de los demás marineros, y teníamos nuestra mesa aparte. Así lo quería el comandante, que era un hombre muy justo y honrado, pero tocante al servicio, extremadamente riguroso.

A pesar de lo jóvenes que éramos, ya habíamos adquirido muchos malos hábitos. Lo que más fácilmente aprendimos fue a beber, para lo cual aprovechábamos todo per-

miso que podíamos obtener, y volvíamos muchas veces a bordo en condición deplorable. La única excepción en ese sentido era un grumete llamado Juan, a quien ninguno podía inducir a tomar una gota de bebida alcohólica. Gozaba también por eso de la entera confianza de nuestro comandante, quien lo tenía casi siempre junto a sí. Cuando bajaba a tierra, acostumbraba llevarlo consigo, y a bordo le enseñaba muchas cosas útiles. Juan sabía sacar provecho de todas esas ventajas; pero para nosotros se había convertido en un objeto de odio y envidia. Acogíamos con desprecio las amonestaciones y súplicas que nos dirigía, deseoso de que abandonáramos nuestros malos caminos, y lo perseguíamos y maltratábamos en cualquier lugar donde se presentaba la ocasión. El lo soportaba todo con admirable paciencia, pero se fue apartando gradualmente de nosotros.

Al fin hicimos la decisión diabólica de obligarlo a embriagarse, y para poder realizar ese plan con más seguridad, comenzamos a tratarlo con afabilidad, prestándole cuantas atenciones pudiéramos.

Nuestro barco llegó al Brasil, y se demoró ocho días en Río de Janeiro. Una mañana todos conseguimos permiso para bajar a tierra. Eso nos proporcionó mucho placer, porque considerábamos llegado el momento de demostrar a nuestro comandante que su favorito no era mejor que nosotros. Juan prometió acompañarnos ese día, y la ocasión no podía sernos más propicia; difícilmente se nos escaparía esta vez.

Cansados y hambrientos nos sentamos a la mesa. Al servirse el vino, sin embargo, Juan no se sometió a nuestras instancias y hasta hizo ademán de levantarse de la mesa. Entonces nuestro odio no conoció límites. Le acusamos de ser un chismoso confabulado con el comandante, a fin de gozar todas las ventajas y favores a nuestra

costa. Por un momento la sangre le subió a la cara, frente a nuestras bajas, injustas e indignas acusaciones. Dominándose, sin embargo, dijo con firmeza y serenidad:

-Camaradas, en vista de lo que pasa aquí, no puedo callar más lo que deseaba mantener secreto. Mi historia es breve. Mi vida fue desventurada desde mi nacimiento. Mi padre, un hombre diligente y bueno, se convirtió en un esclavo del vicio de la embriaguez, a consecuencia de lo cual, mi pobre madre y yo nos hallábamos muchas veces expuestos a los rigores del hambre y del frío. ¡Con cuánto fervor acostumbraba ella orar por su desgraciado esposo!

¡El tener más edad, tuve que vagar cubierto de andrajos y caminar descalzo sobre la nieve. Cómo se me oprimía de dolor el corazón cuando veía a otros hartos y bien vestidos, disfrutando de la vida. Ciertamente sus padres debían ser hombres sobrios y buenos como lo había sido el mío, pensaba para mis adentros. Cuando yo tenía ocho años, una noche muy fría y tempestuosa de invierno, esperamos en vano el regreso de mi padre. Al romper el alba se me envió a buscarlo a la taberna. Por el camino di con un cuerpo que yacía tendido al lado de la calle, cubierto de nieve. Me incliné sobre él y le limpié la cara: ¡era mi padre, que estaba muerto!

A mi pedido de auxilio acudieron dos hombres de la taberna y me ayudaron a transportarlo a casa.

"Camaradas, no me es posible describir la aflicción de mi pobre madre. Llorando y sollozando se tendió sobre su esposo, como queriendo comunicarle con su ardiente amor y calor, la vida que se le había escapado. Todos los sufrimientos que él le había causado en vida parecían olvidados en ese momento. Los hombres se retiraron y mi madre me hizo señas que me acercara para arrodillarme a su lado, delante del cadáver de mi padre.

"-Hijo mío -me dijo entonces-, tú conoces la causa de nuestra desgracia. No había hombre más noble y honrado que tu padre, pero tú ves lo que pasó con él. Prométeme hoy, en presencia de Dios y delante del cadáver de tu desventurado padre, sí, prométeme aquí, en este lugar, que nunca tocarán tus labios una gota del terrible veneno que nos sumió en la miseria.

"Camaradas, yo hice esa promesa a mi madre, y Dios es testigo de que nunca la violé. Después de la muerte de mi padre, mi madre y yo, gracias a la ayuda de algunos piadosos vecinos, pasamos aquel invierno algo mejor. En la primavera pude ganar algo para nuestro sustento; al final obtuve este puesto en el barco, y ahora acostumbro llevarle siempre algo de dinero cuando voy a visitarla. Ni por todo el oro ni, la plata del mundo violaría mi voto y estoy seguro, camaradas, que de ahora en adelante no trataréis más de persuadirme a beber".

Con estas palabras Juan se dirigió a la puerta. Pero uno de nosotros lo detuvo y dijo conmovido: "Espera, Juan, no te vayas. Yo también amo a mi madre y desearía verla feliz. No quiero ser un hijo malo; de hoy en adelante prometo no beber una sola gota de alcohol".

-Danos la mano, amigo --exclamamos todos, y formando un círculo alrededor de Juan, prometimos todos seguir su ejemplo. En seguida mandamos traer papel y tinta y escribimos un voto por el cual nos comprometíamos a abstenernos para siempre de bebidas alcohólicas, y todos lo firmamos.

Debo confesar que nunca en nuestra vida nos sentimos tan felices como en aquel momento.

Por la tarde volvimos todos al barco. El comandante nos esperaba con el entrecejo fruncido. Conocía bien nuestra costumbre de entregarnos a los excesos cuando bebíamos, mas, ¡cuál no fue su sorpresa al vernos volver a

bordo sobrios y contentos!

-Muchachos -dijo-, ¿por qué están hoy tan bien? Muéstrale el voto -le dije a Juan al oído.

El capitán lo recorrió con los ojos, y su rostro asumió una expresión de conmovida ternura.

-Dadme este papel, amigos -dijo-; mientras observéis lo que aquí está escrito, tendréis en mí un leal amigo y, al estrecharnos la mano, parecía muy feliz y satisfecho.

A partir de ese día llevamos otra vida. Juan ya no fue para nosotros un objeto de odio ni de envidia, sino un modelo cuyo ejemplo nos enseñaba, y nos ayudaba a progresar rápidamente en nuestra carrera:

Cuando dejamos a nuestro buen comandante, todos conseguimos buenos empleos. Hace tres años nos reunimos otra vez y, por la gracia de Dios, ninguno había violado su voto. Eramos todos comandantes de buenos barcos.

Esta es mi historia -dijo el capitán Sutter a sus viejos amigos que le habían escuchado con gran interés-, y ahora no tomaréis a mal que yo me abstenga de beber con vosotros. Tengo sobradas razones para proceder así.

*No se emborrachen, pues eso lleva
al desenfreno; al contrario, déjense llenar por el Espíritu
Santo. Efesios 5.18*

La carta inesperada

RICARDO LIPTON contempló asombrado por un momento el telegrama que le acababa de entregar un mensajero. Releyó las palabras: "Ricardo Lipton, Universidad de Harvard. Venga inmediatamente. Su abuelo está gravemente enfermo. (Firmado) S. R. Saundersn.

Las palabras penetraron como flechas en el corazón del muchacho. Faltaba un mes para el día de Navidad, y Ricardo tenía el proyecto de pasar los días de fiesta con dos de sus compañeros de estudio en la cómoda casa de su abuelo. Este le había escrito que llevase a los amigos que quisiera y le había dado una idea de las atractivas actividades que había preparado para ellos; pero no era el desvanecimiento de esta feliz perspectiva lo que había hecho palidecer al muchacho. El anciano Martín Lipton había llegado a hacer las veces de padre y madre para el muchacho, que se había visto privado de ambos cuando el trasatlántico en el cual iban de viaje naufragó frente a la costa de Australia. Aunque Martín Lipton era severo e inflexible para con los demás, su nieto poseía la llave de su corazón y era el objeto predilecto de su ternura. Sin embargo, al recordar tristemente el pasado, Ricardo reconocía que su abuelo no lo había echado a perder.

Hizo mecánicamente los preparativos para el viaje, y a

las pocas horas ya estaba en el tren que corría devorando distancias. Pero las horas parecían eternas. Finalmente el viaje llegó a su término. La gran casa situada en el cerro parecía rodeada de un silencio mortal cuando llegó el joven.

La anciana ama de llaves escocesa que le abrió la puerta le dijo al estrecharle la mano:

-¡Ah, hijito, qué día más triste!

-¿Cómo está abuelito? -preguntó Ricardo con ansiedad.

-Creo que si hubieses llegado un día más tarde no lo habrías encontrado con vida -fue la respuesta-. Voy a preguntar si puedes verlo.

Volvió en seguida.

-El doctor dice que entres; pero no hagas ruido, hijo mío -le dijo.

En la penumbra, Ricardo vio, sentado junto a la cama, al doctor Saunders que tomaba el pulso al enfermo. A su lado estaba la enfermera, con un vasito de medicina en la mano. El médico hizo señas a Ricardo para que se acercara y el muchacho se arrodilló junto a la cama y escondió la cabeza entre las manos. El Sr. Lipton abrió los ojos, y su mirada reflejó todo el afecto de un padre amante hacia su hijo, cuando murmuró:

-Cuánto me alegra verte, Ricardito.

Durante un rato guardó silencio, dominado por su alegría, mientras retenía en su mano la de Ricardo; luego volvió a hablar lenta y dolorosamente:

-Ricardito... creo que te voy... a dejar, pero... he confiado al abogado... algo... para ti. Prométeme... que harás... lo que te pido... cuando él... te lo comunique.

Arrodillado al lado del que había hecho tanto por él, era fácil para Ricardo hacer la promesa. A la puesta del sol, Martín Lipton expiró.

El día en que Ricardo pensaba volver a la universidad, el Sr. Weston, abogado, lo llamó por teléfono para pedirle que fuera a su estudio. El Sr. Weston, amigo de la infancia del Sr. Lipton, recibió con tierna simpatía al joven.

-Es voluntad de tu abuelo, Ricardo, que conozcas el contenido del testamento -explicó, y luego empezó a leer el documento.

El Sr. Lipton había sido un filántropo generoso que se complacía en hacer bien con la gran fortuna que le había sido confiada, y había en su testamento muchos legados a amigos e instituciones. Ricardo escuchó al abogado durante la lectura de toda la fraseología legal, pero su atención se sintió realmente atraída cuando oyó siguiente:

"Lego a mi querido nieto Ricardo Ellsworth Lipton el resto de mis bienes raíces y personales, a él, sus herederos, y sus cesionarios para siempre, con esta condición: que él no entre en posesión de dichos bienes durante un período de diez años a partir de mi muerte, y que no se le entreguen rentas de esos bienes que excedan a la suma de dinero necesaria para completar su educación. Dicho gasto del dinero estará sometido a la inspección de Juan L. Weston.

"Lego a mi nieto, Ricardo Ellsworth Lipton, mi sobretodo negro, deseando que lo use durante el año escolar en la Universidad de Harvard, y que cuando use dicho sobretodo no dé explicaciones por ello ni se ponga guantes".

Cuando el abogado terminó de leer esas palabras, el rostro de Ricardo expresaba un gran asombro. ¡El sobretodo negro de su abuelo! No recordaba que su abuelo hubiera usado otro sobretodo que ése, de un estilo pasado de moda desde hacía veinticinco años. Martín Lipton le tenía gran apego, a pesar de todo lo que su nieto le

decía y hacía para disuadirlo de su uso.

Un sobretodo no es como las demás prendas de vestir, Ricardo le decís. Sirve mientras esté en buen estado. No tengo reparos en usar éste. Tal vez no sea de rigurosa moda, pero es abrigado y cómodo, y éstas son las dos cualidades que debe reunir un buen sobretodo.

Y Ricardo se había consolado pensando que su abuelo podía hacer cosas que en otras personas hubieran sido consideradas extravagantes, sin que por ello disminuyese la estima de sus amigos. Pero ¡pedirle que usara ese sobretodo! ¡Era absurdo!

-No comprendo, Sr. Weston -dijo finalmente-. ¿Estaba... cree usted... está usted seguro de que mi abuelo estaba en plena posesión de sus facultades cuando escribió esa última cláusula?

El abogado sonrió.

-Sí, Ricardo, estaba en plena posesión de sus facultades -respondió, y añadió mirando fijamente al muchacho: -¿Te pidió él que le prometieses algo antes de morir?

Ricardo se estremeció al recordar las últimas palabras de su abuelo.

-Sí, y yo se lo prometí hijo lentamente.

A esto se refería él -explicó el abogado-. Tú sabes, hijo mío, que tu abuelo era algo excéntrico y tenía ideas raras, pero si tú se la diste, creo que serás bastante hombre como para cumplir tu promesa -concluyó el Sr. Weston mientras estrechaba la mano del joven.

Esa noche Ricardo Lipton regresó a Harvard y llevó consigo de mala gana el sobretodo negro. Trató en vano de vencer el enfado que iba llenando su corazón. ¿Por qué se había aprovechado así de él su abuelo? ¿Qué se proponía al tratar de humillarlo de ese modo? Porque este pedido del Sr. Lipton había herido el lado flaco de Ricardo,

que era exageradamente meticuloso en cuanto al aspecto de su persona. Recordó más de una vez que su abuelo solía decirle:

Ah, Ricardo, temo que llegues a ser un petimetre; no permitas eso, hijo mío.

Y que él, Ricardo Lipton, el joven mejor vestido de la universidad, tuviese que aparecer en público con un sobretodo viejo que se usaba veinticinco años atrás, era algo que no podía comprender, y sin embargo, lo había prometido. Todo se hubiera podido arreglar explicando a sus compañeros el porqué, pero de ese modo... y al pensarlo, Ricardo apretaba los dientes.

Pasaron semanas y el sobretodo negro no salió del fondo del baúl. Llegó la primavera, de modo que ya era tarde para cumplir la promesa, y el sobretodo volvió con Ricardo a su casa. El Sr. Weston saludó afectuosamente al joven, pero no hizo referencia al pedido del testamento, y Ricardo no dio explicación alguna. Cuando volvió a Harvard en el otoño, el sobretodo fue con él. Al poco tiempo empezó a atormentarlo la conciencia. Dondequiera que estuviera y cualquier cosa que hiciera, se presentaba ante sus ojos la visión del sobretodo negro y comprendió que debía decidirse por fin a tomar una resolución.

Los días fríos del otoño obligaban a llevar abrigo, y cierta tarde, Ricardo, después de luchar consigo mismo, se dijo riendo: "¡Bah! ¿qué me importa lo que diga la gente? ¡allá va!" y una hora después emprendió el camino a la ciudad con el sobretodo puesto y sin llevar guantes, según las instrucciones del testamento. Había pasado casi de largo junto a un grupo de jóvenes sin que éstos lo reconocieran, cuando uno exclamó:

-¡Lipton! ¿qué se te ha ocurrido? ¿Quieres crear una nueva moda?

Ricardo se i jo junto con los que lo hacían a sus expen-
sas, pero ninguna pregunta consiguió hacerle dar la expli-
cación. Fue una tarde incómoda para el muchacho. Le
parecía que ese día todos sus amigos habían ido también
a la ciudad; pero el peor momento fue el del encuentro
con Margarita Standish, la niña mas admirada de la ciu-
dad, que estaba con algunas amigas. Lo mismo que los
muchachos, no lo reconocieron al principio; luego
Margarita lo saludó alegremente, fiero Ricardo sintió, más
bien que vio la sonrisa que se dibujaba en todos los ros-
tros. Se sentía ridículo con su largo sobretodo. Pero en
realidad la prueba no fue tan mala como Ricardo la ima-
ginaba, pues tanto los muchachos como las niñas pasaron
un buen rato riéndose de "la nueva hazaña de Ricardo",
según la llamaban.

Cuando volvía a su casa, Ricardo sintió en los dedos
un dolor producido por el frío e introdujo las manos en
los bolsillos del sobretodo. En uno de ellos tocó un papel,
v al sacarlo vio que era un sobre dirigido a él por su ahue-



A Ricardo le parecía que todo el mundo se rei, de 61

lo. Luego lo abrió y leyó las siguientes palabras en el palxi
que había adentro:

"Querido Ricardo: Me imagino que transcurrirá al , ,
tiempo antes que encuentres esta carta, pues creo dc:
conozco bien a mi nieto. Hay en ti elementos que pued,,
hacerte un gran hombre, Ricardo, pero te preocul),s
demasiado por lo que la gente pueda decir de ti. Un ho.. -
bre puede ser, por cierto, un maniquí viviente y con to,l
ser hombre, pero no llegues hasta el extremo de tenu e
salir a menos que estés seguro de ser considerado un
modelo de elegancia. Si todo se redujera a prendas de sr.-
tir, la cosa no sería tan terrible; pero este principio lo
temer lo que la gente pueda decir de uno a menos que
vaya vestido impecablemente, puede afectarte en cosas
más serias de la vida. Por eso se me ocurrió someterte n
esta prueba. Habrás tardado un poco para hacer lo que le
pedí, pero estoy seguro de que al fin lo cumpliste. Es poco
lo que te he pedido, pero sé cuánto te habrá costado, por-
que lo habrás hecho sin saber cómo iba a terminar; slr.
embargo, me lo prometiste, y nunca he sabido que fali,i-
ras a una promesa. No tienes por qué volver a ponerte el
sobretodo después de leer esto, pero comunícate en segui-
da con el Sr. Weston. Te deseo buena suerte y éxito, hi'pñ
mío; y que siempre soportes las dificultades futuras de la
vida como soportaste ésta. (Firmado) TU ABUELO".

Ricardo no se avergonzó de las lágrimas que derranm
al terminar de leer la carta.

-¡Qué cobarde he sido! -murmuró—, pero me alegro
de no haberme echado del todo atrás.

El Sr. Weston sonrió cuando leyó el contenido del tele-
grama que al día siguiente recibió de Ricardo, y más afor
cuando dictó la siguiente respuesta: "Felicitaciones. Has
soportado la prueba. Entrás en posesión de los hicncs l,
tu abuelo el día de ni gr•.rcluzción en la universideJ .

El guardavías y su hijo

JACOBO TEEMANN era guardavías de una línea de ferrocarril del Estado de Tennessee, y tenía el cargo de vigilar especialmente el gran puente de Hiawasee, que distaba unos cien pasos de su casita. Esta se hallaba situada en un desfiladero por donde pasaba dicho ferrocarril, constituido por una línea doble que corría por entre aquella casita y una colina. Hacía una semana que llovía, y la excesiva humedad provocaba deslizamientos de tierra en diversos lugares.

-Ocurrió hoy un nuevo desmoronamiento un poco abajo de Sweetwater -dijo Jacobo a su hijo Roberto, un muchacho de trece años, que estaba junto al fogón, y se hallaba ocupado en tallar una raqueta.

Jacobo era viudo, y su Robertico tenía que atender los cuidados de la casa. Los realizaba, sin embargo, de un modo tan poco satisfactorio que su padre muchas veces sentía la necesidad de una dueña de casa.

-Esas colinas rojas de Tennessee no tienen igual cuando comienzan a derrumbarse -dijo Roberto; y mostrando la raqueta, preguntó: -¿No te parece que está bien, papá?

-Pienso que sí -respondió lacónicamente el padre, mientras se dirigía a la puerta para observar el tiempo.

La perspectiva de esa noche no era muy animadora. El firmamento estaba velado por una densa oscuridad a través de la cual caía una lluvia fina. Del lado del puente venía un rumor sordo como si el viento y las aguas del río se hubiesen trabado en lucha. El río ya había traspasado las márgenes, anegando todo el bajo en la extensión de un kilómetro y medio.

Pensativo, Jacobo cerró la puerta y se sentó junto al fogón. En seguida se oyó un ruido extraño y crujiente que provenía de la colina de enfrente.

-¿Qué será esto? Voy a ver qué... -estaba diciendo Jacobo, pero no pudo terminar la frase.

El ruido sordo terminó en un estampido violento. Algo golpeó de frente contra la casa y la aplastó como a una cáscara de huevo. La luz se apagó. Al hacer Jacobo un esfuerzo por levantarse, fue empujado abajo de la mesa donde quedó preso entre los fragmentos que crujían. Después que cesaran los golpes y el estrépito, sintió, además de otras contusiones, un dolor punzante en la pierna derecha. La oscuridad era completa y la lluvia le hería la cara.

-¿Dónde estás, papá? -preguntó la voz temerosa y afligida de Robertico. -¿Estás herido?

-Pienso que tengo una pierna fracturada gimió Jacobo, Tal vez esté solamente dislocada. Ya el mes pasado le advertí al jefe de tránsito que tarde o temprano esta colina se iba a desmoronar.

-¿Eres tú el que estás aquí, papá? -dijo el muchacho que se hallaba ahora junto a él. -Me imaginé que estabas herido, porque te oí gemir.

-Sí, soy yo, hijo mío; si puedes remover un poco este montón tal vez pueda zafarme de aquí. La vía debe estar obstruída en una gran extensión. Fue un derrumbe de tierra, y uno bastante importante.

-Bien, papá -dijo el muchacho, empleando todas sus fuerzas para remover el montón de tierra y escombros-, trataré primero de librarle, y después veremos.

-Pues bien, hijo mío, ya es bastante; pienso que ahora con un poco de esfuerzo podré zafarme, porque no debe tardar el tren expreso No. 4, que parte de Laudon a las veintitrés y quince. Consulté el reloj poco antes del derrumbamiento, y eran precisamente las veintidós y treinta.

-¿No podemos hacer señal? -preguntó Roberto.

Temo que no. Estoy casi seguro de que las linternas están rotas, y además, ¿cómo sería posible hallarlas debajo de ese montón? ¿Sabes dónde están los fósforos? No tengo ninguno conmigo.

No se podían encontrar los fósforos ni las linternas. Todo estaba probablemente enterrado. Era de admirar que Jacobo Teemann y su hijo no estuvieran enterrados también.

-¡Ah, Dios mío! -exclamó Jacobo-. ¿Por qué teníamos que ser reducidos a una condición tan deplorable?

Con la ayuda de su hijo, Jacobo había conseguido salir de debajo de la mesa, pero no podía andar.

-Estoy completamente molido -dijo él-. No hay otro remedio sino que vayas tú mismo hasta allá, Roberto.

-Hasta... ¿hasta dónde, papá?

-Hasta Laudon. Alguien tiene que ir allá para comunicar lo que ha ocurrido. ¿No acabo de decir que el expreso está por llegar? No podemos permitir que se estrelle contra esta montaña de tierra mientras uno de nosotros pueda arrastrarse.

-Pero, ¿quién podrá cruzar sin linterna el gran puente de durmientes, papá?

-Tendrás que cruzarlo a tientas, Roberto --dijo el

padre, que había resuelto mandar al niño a Laudon, aunque con gran riesgo de su vida. "¡Oh Dios, perdóname que mande al niño!" se decía, angustiado. -Es difícil, Roberto, pero no hay nadie que pueda hacer parar el tren, pues somos los únicos a este lado del puente en un kilómetro y medio a la redonda.

Roberto vaciló un instante. ¿Era justo que dejase a su padre, herido, solo, para tratar de salvar a otros? Pero Jacobo puso rápido fin a esas vacilaciones.

-No tienes un minuto que perder si quieres llegar a Laudon antes que el tren. Si no te pones inmediatamente en camino, me obligarás a castigarte cuando me haya restablecido. Se trata de salvar muchas vidas.

-Ya voy, papá.

Roberto tomó la mano de su padre y la apretó, y se retiró después conteniendo un sollozo que traspasó el corazón de Jacobo.

-Dios mío, perdóname, si hago mal -suspiró Jacobo, -pero en las condiciones en que me encuentro sería imposible para mí llegar a tiempo.

Cuando Roberto trepó por encima del montículo de tierra que obstruía la vía, se convenció de que el padre tenía razón. Era necesario llegar a Laudon, costara lo que costase. Si el tren se estrellaba contra esa montaña de tierra, muchos perderían la vida. La oscuridad era tan densa, que Roberto sólo se podía mantener en la vía andando a tientas. Palpando los rieles, Roberto avanzó poco a poco hasta que una ráfaga de viento, de abajo, le hizo comprender que estaba sobre el puente. Era necesario pasarlo gateando, pero con rapidez, porque faltaban pocos minutos para la llegada del tren.

¿Llegaría a Laudon antes que el expreso? Esa preocupación le afligía todavía más que el miedo que le infundía su difícil empresa. Troncos de madera arrastrados por la

... ariente chocaban de vez en cuando contra los pilares
... l puente y le hacían estremecerse. Como el río se había
... bordado, venían troncos de árboles y otros objetos de
"...s las direcciones y debían pasar donde el puente les
:,,si ruía el camino.

¿.Qué sucedería si alguna balsa deshecha viniese a
r>otra los pilares y destruyera el puente? -Roberto
lciúa tiempo para pensar en la posibilidad de seme-
- l peligro, pues concentraba su atención' en avanzar lo
rápidamente posible para alcanzar el tren.

Finalmente había traspuesto el puente principal, y le
ha atravesar un trecho de construcción de madera al
lado del mismo, por debajo del cual las aguas remo-
aban igualmente, en la oscura profundidad. Las fuer-
d, Roberto comenzaban a disminuir.

Si no le era posible traspasar esa extensa construcción
ladera, no sólo no podría dar el aviso de alarma, sino
el mismo sería aplastado por el tren.

k repente sintió un choque inusitadamente violento,
,~ de un objeto de gran peso que hubiese dado contra



Rob, no debía llegar a Laudon, a cualquier lo,, lo, antes que el tren partiera de esa estación.

los durmientes. Toda la construcción crujió detrás de él, pero no le sobraba tiempo para pensar en la posible causa de ese choque, y mucho menos para tratar de averiguarla. Ese incidente más bien lo indujo a empeñar sus últimas fuerzas. Debía llegar a tiempo a la estación, de lo contrario estaría todo perdido.

Entre tanto, el padre de Roberto permaneció durante algún tiempo acostado, pensando en lo que había sucedido. Después se irguió con dificultad y observó a través de la oscuridad en dirección de las aguas que rugían, hasta que los ojos le comenzaron a arder. Le hubiera aprovechado lo mismo tratar de observar a través de una muralla de piedra. La densa oscuridad le hizo estremecer cuando pensó en los terribles obstáculos que debían oponerse a Roberto en el camino. Pensó en lo joven que era, en los horrores de aquella noche terrible y en todo lo que podría sucederte a su hijo y frustrar su tentativa.

Esta ansiedad de espíritu en que se encontraba Ja(ol , se volvió finalmente insoportable. Empezó a recriminars. por haber obligado al niño a meterse en tan grande p.:... gro. Por fin el deseo de ver seguro a su hijo tal vez lleo c. exceder al cuidado por la salvación de otros. ¡Y pensar que había llegado a amenazar a Roberto con castigarlo 5,. no se apresuraba a ponerse en marcha!

Dominado por estos sentimientos de angustia, Jacobu trató de arrastrarse hasta la vía, donde comenzó a vagar, sin rumbo, palpando entre los rieles, lo que a pesar del dolor que sentía en la pierna, contribuía de alguna manera a calmar la tempestad que se había desencadenado en su espíritu. Según calculaba, hacía bastante tiempo que Roberto había partido. ¿Habría llegado allá con seguridad?

Mientras Jacobo trataba de avanzar arrastrándose. movido por este pensamiento aflictivo, vio de repente

una gran luz que surgía de la curva que quedaba más acá de Laudon y que avanzaba hacia donde él se encontraba.

-¡Dios mío, el expreso! -exclamó con grande angustia, olvidándose, con el espanto, de todos sus dolores-. ¡Es el tren!

¿Dónde estaría el niño? Quizás Roberto no había llegado a tiempo a la estación. ¿Qué habría sido de él? Y ¿cuál sería la suerte del tren que se aproximaba? Con este cruel pensamiento el pobre Jacobo continuó arrastrándose hacia adelante, palpando un durmiente tras otro hasta que, de repente, su mano palpó... el vacío.

Le costó mucho guardar el equilibrio.

Con gran precaución repitió la operación, y un escalofrío le corrió por la espina dorsal. Evidentemente una parte del puente había sido arrastrada por el torrente.

-Serán los objetos flotantes los que causaron esto -dijo Jacobo, tiritando de frío. -Y ahí viene el tren. ¿Cuál habrá sido la suerte del niño?

Desesperado el padre, tendido sobre los durmientes húmedos y torturado por el dolor, levantaba las manos trémulas exclamando: "¡Hijo mío! ¡Mi hijo Roberto!" Era todo lo que podía decir, mientras el corazón amenazaba partirse. El tren con sus grandes ojos de fuego se venía acercando, y allí estaba él sobre los rieles sin poder hacer nada. Toda tentativa de lanzar un grito de alarma era inútil. Mientras el ruido de la locomotora y el rumor de las aguas en la profundidad le penetraban hasta el alma, pareció ver delante de sus ojos centenares de luces danzando en torno a él y burlándose de su angustia; de repente, un vértigo lo hizo caer todo en un silencio profundo.

-¡Papá! ¡papá! ¿No hay quién pueda hacerle volver a la vida? ¿Cómo habrá caído él aquí?

-Tranquilízate, niño mío, él pronto volverá en sí.

Siento distintamente los latidos de su corazón.

Cuando Jacobo Teemann abrió los ojos, su primera pregunta fue: "¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está Roberto?"

Pero Roberto ya se había arrojado a los brazos de su padre y no encontraba palabras para expresar su alegría por haberle vuelto a hallar. Entonces el guardavía preguntó acerca del tren.

-Llegué exactamente a tiempo a la estación de Laudon, papá -le dijo Roberto-. Al hablarles entonces del derrumbamiento de tierra y de tu condición, estos hombres me pusieron en la locomotora y vinieron hasta aquí a fin de conocer la situación. Yo les dije que una parte del puente debía haberse caído detrás de mí, porque tal fue la sensación que me produjo el estremecimiento causado por el choque que había oído cuando cruzaba el puente. Así pues, tomamos el bote del jefe de la estación y llegamos aquí donde te encontramos tendido sobre los durmientes. ¿No salió todo a las mil maravillas, papá?

Los empleados del ferrocarril pusieron a Jacobo y a su pequeño salvador en la locomotora, y cinco minutos después estaban en la estación de Laudon, rodeados de una gran multitud de pasajeros curiosos y agradecidos.

Huelga añadir que no faltaron en esa ocasión las atenciones de parte de los agradecidos pasajeros, y que durante ese imprevisto tiempo de espera, Robertico fue festejado como el héroe del día.

El deber cumplido, como toda victoria, es tanto más glorioso cuanto más ha costado. -V altour.

Sed fieles

ENTRE los grandes de la tierra, los gobernantes, héroes, sabios, artistas y grandes comerciantes de los tiempos pasados, hubo no pocos que tuvieron, como el rey David, un comienzo pobre y difícil. Sin embargo, su piedad y diligencia, su fidelidad y perseverancia, y ante todo su fe, y sus constantes oraciones los guiaron a un fin bueno y a veces glorioso.

El gran almirante holandés Ruyter fue en su mocedad, primeramente aprendiz de fabricante de soga, después marinero y luego dependiente de tienda. Su fidelidad y diligencia, sin embargo, lo recomendaban tanto, que su jefe le confió un cargamento de paños finos que debía llevar a Marruecos. Allí gobernaba- en aquel tiempo un bey o príncipe despótico y cruel.

Ese príncipe, acompañado por los cortesanos, visitó también la feria una mañana y miró los finos paños de Ruyter. Una de las mejores piezas le llamó especialmente la atención y preguntó su precio. Ruyter, que como todo verdadero comerciante cristiano, no exigía más de lo que valía, le dijo el precio que su patrón le había indicado. El bey le ofreció solamente la mitad.

-Lamento no poder rebajarla -dijo Ruyter. Tengo que recibir el precio que le pedí, puesto que no es propie-

dad mía sino de mi patrón, y yo soy simplemente su empleado.

El bey no esperaba semejante respuesta, y por eso dijo muy indignado:

-Perro cristiano, ¿no sabes que tu vida está en mis manos?

-Bien lo sé, Sr. Bey -respondió Ruyter, pero también sé que no pedí un precio excesivo, y que es mi deber cuidar de lo que pertenece a mi patrón sin pensar en mí. No le daré un precio menor. Antes prefiero hacerle un regalo que bajar un precio justo. Haga de mí lo que quiera, pero sepa que un día tendrá que dar cuenta de todo a Dios.

Todos los comerciantes que oyeron esto, se espantaron.

El bey miró al mozo con ojos iracundos, y todos los que estaban en derredor pensaban que daría la orden: "Córtenle la cabeza". Pero no; el príncipe se contuvo y solamente amenazó diciendo:

-Si mañana no has cambiado de opinión, no tendrás más que hacer tu testamento y el orgulloso príncipe volvió las espaldas, dejó a Ruyter y continuó mirando las mercaderías de otros comerciantes.

Ruyter puso tranquilamente la referida pieza a un lado, y sirvió fielmente a otros clientes. Después de algunas horas, cuando la feria no estaba ya tan frecuentada, los otros comerciantes instaron al valiente joven y le dijeron:

-¡Déle el paño como regalo o por el precio ofrecido! Si él lo decapita, perderá usted toda la mercadería y también el barco. Y una vez que el príncipe haya comenzado, todos los cristianos estaremos perdidos.

Ruyter replicó, después de haber reflexionado serenamente, con voz firme:

-¡No temáis nada! Estoy en las manos de Dios. Tengo

que ser fiel en lo poco, como en lo mucho. Mi patrón no perderá ni un centavo por mi culpa. No me desviaré de mi deber. -Para sus adentros, Ruyter pensaba: "Prefiero morir como siervo fiel, que ceder a las exigencias injustas de un príncipe. Y tú, amado Señor que estás en el cielo, tienes todas las cosas en tus manos, y sin tu voluntad nadie puede torcer la punta de un solo cabello. Los fieles han tenido siempre a tus santos ángeles por guardianes".

Por la mañana siguiente estaba Ruyter otra vez muy animado en su tienda a la espera de clientes. Vio entonces al príncipe que se acercaba orgullosamente y detrás de él sus cortesanos y un verdugo con ropa colorada y una espada larga a la cintura. El príncipe se paró frente a la tienda de Ruyter, miró con ojos penetrantes y dijo:

-Perro cristiano, ¿ya cambiaste de idea?

Ruyter respondió decididamente y sin miedo:

-Sí, reflexioné mucho; pero no puedo dar la pieza por menos de lo que le dije ayer. Si quiere quitarme la vida, hágalo. Prefiero morir como siervo fiel con una conciencia limpia, que ceder a su exigencia.

Todos los circunstantes contuvieron el aliento, pues el verdugo con la espada larga sonreía, como el demonio cuando ve un alma que camina a la perdición.

Pero, ved el semblante del orgulloso y violento príncipe. Sonríe y amigablemente mira a Ruyter y dice:

-Verdaderamente eres un alma leal. Nunca hallé un siervo tan fiel como tú. ¡Ojalá yo tuviese uno como tú en mi corte! -Después, dirigiéndose a los cortesanos que lo rodeaban, dijo: -Tomad a este cristiano por ejemplo-. Y a Ruyter le dijo: -Cristiano, dame la mano! Tú serás mi amigo".

En seguida tomó una bolsita con oro y la puso sobre la mesa, diciendo:

-Contiene tanto como pediste. Y de éste tu paño

mandaré hacer un traje de gala que en memoria de tu fidelidad usaré en los días especiales del año.

¿Debe añadirse alguna palabra a este suceso verídico? Sí. "¡Sed fieles! ¡Sed fieles en lo poco, sed fieles en todos los lugares y en todas las cosas, porque el Señor recompensará la fidelidad". La fidelidad vence, la fidelidad guía al cielo.

*Quien hace bien su trabajo,
estará al servicio de reyes, no
de gente insignificante.
Proverbios 22:39 (DHH)*

Lo que hizo una mentía

ERA invierno y anohecía. Una venerable anciana, a quien el tiempo había plateado los cabellos pero dejado fresco y joven el corazón, se sentó pensativa en su poltrona, muy cerca de la estufa. De repente se abrió la puerta, y apareció una niña que fue corriendo a su lado.

-Belita -dijo la anciana, deslizándose amorosamente una mano sobre el sedoso cabello de la niña-, ¿has dado un lindo paseo?

Precioso, tía Carmen. Y ahora, ¿quieres contarme uno de tus cuentos tan lindos?

Belita era huérfana. Hacía poco que su madre había muerto y ella había ido a visitar a su tía, cuyo corazón conquistó pronto con sus modales atrayentes. Pero la tía Carmen era perspicaz, y descubrió que su sobrinita no sólo no tenía escrúpulos para mentir, sino que demostraba poca sensibilidad al verse descubierta en una mentira. Y decidió que, con la ayuda de Dios, desarraigaría del carácter de su amada sobrinita esa mala costumbre, a cualquier costo.

Ven, querida -dijo en seguida-, siéntate a mi lado. Los ojitos azules de la niña se fijaron en los de la tía.

Yo ya soy vieja, Belita -empezó por decir la anciana, pasándose una mano por la frente-, y mi memoria

decae. Me acuerdo, sin embargo, de cuando era una niña, ta retozona y de cabello brillante como tú. En aquellos días, yo estaba en tercer grado en la escuela; tenía por compañera a una chica de nombre Ema, de agradable temperamento, muy sensible y también muy buena alumna. Parecía querer mi amistad, y yo no podía resistir sus tímidas tentativas de acercamiento. Sin embargo, no la quería mucho porque con frecuencia me superaba en las clases, en las que, si no hubiese sido por ella, yo habría sido la primera. La pobre Ema no se explicaba mi constante frialdad, pues yo era demasiado orgullosa para dejarle ver la razón. Yo había sido una niña veraz, Belita, pero la envidia me tentó y dejé de serlo. Trataba a veces de indisponer a las otras niñas contra Ema, y así empecé a hacerme mentirosa. Ella era demasiado tímida para defenderse, de modo que yo siempre ganaba.

"Un día la maestra nos dio para deletrear la palabra 'ocasión'. Con su débil vocecita habitual, Ema la deletreó así:

"-O, c-a: ca, s-i-ó-n: sión, ocasión.

"La maestra, no entendiéndome bien, le dijo en seguida:

"-Está mal; la siguiente. -Pero volviéndose a ella le preguntó: -¿Dijiste 'c-i-ó-n'?

"-No, señorita -repuso Ema, -dije 's-i-ó-n'.

"La Srta. R, dudando todavía, me miró a mí y me preguntó: ¿Oíste tú, Carmen? ¿Cómo dijo?"

"Un mal pensamiento se me ocurrió en seguida: el de humillarla y enaltecerme yo. Mentí con descaro.

"-Ema dijo 'c-i-ó-n' -declaré yo.

"La maestra la miró, pero ella, confundida por mi acusación, guardó silencio mientras el rubor de su cara le daba toda la apariencia de ser culpable.

"-Ema --{lijo la maestra severamente-, no esperaba una mentira de ti. Vé a pararte en aquel rincón y quéda-

te después de la clase.

"Yo había triunfado, Belita. Ema había sido humillada, y yo quedaba orgullosa a la cabeza de la clase; pero no me sentía feliz. Al terminar la clase, fingiendo haber perdido algo, me detuve en el vestíbulo. En seguida oí a la maestra llamar a Ema y los rápidos pasos de ésta dirigiéndose hacia aquélla.

"-¿Cómo te atreviste a mentir? -le preguntó.

"-Señorita -repuso Ema-, yo ríe mentí.

"Pero aunque lo negaba, yo podía ver por el ojo de la cerradura que, apenada por la inculpación y por el miedo al castigo, temblaba como una hoja.

"-Extiende la mano -dijo la maestra.

"Yo estaba estupefacta. Oía los golpes de la palmeta al pegar contra la blanca manita de la inocente niña. Belita, ¡bien podrías no mirarme la cara! ¡Ay! ¿Por qué no habré hablado? Cada golpe me partía el corazón; sin embargo, no quería confesar mi culpa, y así, de puntillas, me retiré de la puerta. De regreso a casa, caminaba despacio y pude ver a Ema emprender su camino muy lentamente llevando los libros en una mano y secándose con la otra las lágrimas que aún le corrían por las mejillas. Sus sollozos, que parecían provenir de un corazón quebrantado, me conmovían profundamente. Mientras andaba así, tropezó y cayó, y los libros se le desparramaron por el suelo. Yo los levanté y se los di, y ella, volviendo hacia mí sus suaves ojos azules, llenos de lágrimas, me dijo con la mayor dulzura:

"-Gracias, Carmen.

"Esto hizo que mi culpable corazón saltase de angustia; pero yo no quería hablar, y así seguimos nuestro camino silenciosas.

"Cuando llegué a casa me dije a mí misma: `¿Y a qué todo esto? Nadie lo sabe; ¿por qué has de sentirte tan

miserable?' Decidí, pues, despreocuparme. Pero el peso que me oprimía el corazón se hacía, sin embargo, más grande. Procuraba estar tanto más alegre cuanto peor me sentía, pero más de una vez tuve que reprimir mi forzada alegría porque las lágrimas me querían saltar de los ojos.

'Al fin me retiré a mi habitación. No podía orar, y metiéndome rápidamente en la cama, cerré decididamente los ojos. Pero el sueño no quería venir. El tic-tac del viejo reloj de la sala parecía volverse cada vez más fuerte, como si quisiera condenarme. Y cuando dio lentamente las doce de la noche, sus golpes repercutieron en mis oídos como un toque fúnebre. Daba vueltas y vueltas en la cama; la almohada parecía estar llena de espinas. Aquellos ojos azules, bañados en lágrimas, estaban siempre delante de mí; los golpes repetidos de la palmeta sonaban de continuo en mis oídos. Al fin, incapaz de soportar más, dejé la cama y me senté al lado de la ventana. La perfecta quietud que reinaba afuera parecía burlarse de mi molesta inquietud, en tanto que el cielo solemne de medianoche me llenaba de un terror que jamás había experimentado. ¡Ay, Belita, una conciencia acusadora no es nunca una compañía agradable!

"Mi desconsuelo se volvía cada vez más intenso, hasta que por fin, corrí como poseída de terror hacia la cama de mi padre.

"-¡Papá, papá! -dije, y no pude articular una palabra más.

"El me estrechó tiernamente entre sus brazos, apretó mi inquieta cabecita contra su pecho y amablemente procuró calmarme hasta que pude contener un tanto las lágrimas y explicarle la causa de ellas. Y entonces, ¡con cuánto fervor pidió al Cielo que perdonara a su hijita culpable!

"-Papito querido -dije después-, ¿quieres acompa-

ñarme esta noche a ver a la pobre Ema?

"-Hijita mía -me contestó-, mañana iremos.

"La dilación me torturaba; pero mientras trataba de dominar mi contrariedad, papá me besó y volví entonces a mi cuarto. El sueño, empero, huía aún de mis cansados párpados. Mis ansias por pedir perdón a Ema llegaron al frenesí. Aguardando la mañana, que no parecía llegar nunca, mi angustia se tornó tan insoporable que volví adonde estaba papá y mientras las lágrimas corrían copiosamente por mis mejillas, me arrodillé a su lado, rogándole que fuera conmigo a la casa de Ema en aquel mismo momento, y añadí con voz casi ahogada por el llanto: '¿Podría morir antes de haberme perdonado!' El apretó entre sus manos mis ardientes mejillas y después de pensar un momento, replicó:

"-Iré contigo, querida.

"En seguida estuvimos en camino. Al acercarnos a la casa de los Balbi, divisamos luces. Yo, presa de un miedo indescriptible, me apreté contra mi padre. El abrió suavemente el portón y pasamos. En ese mismo instante salía el médico, quien pareció sorprenderse de vernos allí a aquella hora. Las palabras no pueden describir lo que sentí cuando, respondiendo a la pregunta de mi padre, nos dijo que Ema tenía un ataque de fiebre cerebral.

"-La madre acaba de decirme --continuó, -que la niña no se sentía bien desde hacía varios días, pero que, sin embargo, no quería faltar a la escuela. Volvió ayer por la tarde, al parecer, muy preocupada. No cenó, pero estuvo sentada a la mesa, muda y como atolondrada por alguna pena. Su madre trató de mil maneras de que dijera la causa de su tristeza, pero fue en vano. Se dirigió a la cama en esa misma actitud y no pasó una hora antes que se me llamara. En su delirio te ha llamado a ti, Carmen, rogándote con dolorosa ansiedad que la salvaras por compa-

sion.

"Belita, ¡jamás podrás comprender cómo esas palabras atravesaron mi corazón!

"Mi ardiente súplica por ver a Ema siquiera un minuto, convenció a la madre viuda, y tornándome de la mano me llevó a la habitación de la enfermita. Al mirar a la dulce paciente, me abandonó toda esperanza. Las sombras de la muerte estaban ya sobre su frente y sobre sus grandes ojos azules. Arrodillándome al lado de la cama, con palabras entrecortadas, mi corazón le imploraba perdón con ardor indecible. Pero al mirarla suplicante, noté que su delirante mirada ya no reconocía a nadie. ¡No, Belita! Nunca fui consolada con la seguridad de su perdón, nunca.

"La siguiente vez que vi a Ema, estaba muerta. El rosado color de sus mejillas había desaparecido y sus largas pestañas sombreaban su palidez de mármol. El delirio había cesado, su dolorido corazón había dejado de latir. Aquella manecita que se había extendido temblorosa para recibir los golpes de la palmeta, yacía inerte enlazada con la otra. Jamás volverían a brotar las lágrimas de sus suaves ojos, ni aquel pecho, a convulsionarse por la pena. Su sueño era el sueño de la muerte.

"Mi dolor era más desesperado, si no mayor, que el de aquella madre a quien yo había robado su tesoro. Ella me perdonó; pero yo no he podido nunca perdonarme a mí misma.

"¡Qué largo, oh, qué largo invierno siguió! Los sufrimientos me produjeron fiebre, y en delirio llamaba continuamente a Ema. Pero Dios escuchó las oraciones de mi amado padre y me sanó de aquella enfermedad. Y cuando los alegres signos de la primavera podían verse sobre la tierra verde y las primeras flores brotaban alrededor de la tumba de Ema, se me permitió visitarla por primera vez.

"La cabeza me daba vueltas cuando leí estas palabras, esculpidas con tanto cuidado en la blanca lápida: `Ema Balbi. Falleció el 3 de junio'. Me arrodillé al lado de aquella tumba y elevé con confianza una oración de fe. Sí, Belita, y allí encontré alivio".

La tía Carmen posaba su mano tiernamente sobre la cabecita inclinada en su regazo, pues desde largo rato le corrían las lágrimas a Belita, y su dolor parecía ya insostenible. Su tía no intentó consolarla; confiaba en que aquella aflicción le haría bien.

-Ora por mí -suspiró Belita, mirando a través de sus lágrimas y echándose al cuello de la tía; y ésta, con corazón rebotante, elevó una plegaria en favor de la acongojada niña.

Aunque le había costado no poco traer a la memoria este triste episodio de su pasado, se sintió bien recompensada. Y Belita jamás olvidó la lección.

El hijo del maquinista

JUAN MARIA LEGOREC era un verdadero pequeño bretón. Tenía doce años, largos cabellos rubios, rizados, piel blanca y fina, y hermosos ojos negros sombreados por cejas oscuras muy espesas. Era un niño encantador e inteligente, a quien amaban todos los empleados de la estación de Rennes.

Su padre, Ives María Legorec, era [maquinista](#). -"Hombre franco y serio, con quien [se](#) puede contar" -decían los informes de los inspectores.

Su madre, la humilde esposa del conductor de locomotoras, acababa de morir dando a luz su quinto hijo.

El pequeño Juan María era casi siempre el primero de su clase.

Un jueves, día de asueto, salió con las manos en los bolsillos hacia el lado del ferrocarril.

-¿Conduce tu padre el "325" hoy? -le preguntaron dos cambistas.

Juan María se dio vuelta y alzó la hermosa cabeza expresiva.

-Sí, Sr. Lemeun, y creo que debe volver a salir con el "19" mañana temprano.

-¡Entendido, el chico! ... Vamos a tomar una copa, ¿quieres, Onnés? ¿Quieres tú también una, chico? Te la

pagamos.

Muy ufano el niño siguió a los dos hombres, y vació a medias su gran tazón de sidra, sentado a la mesa mugrienta... Luego los hombres lo mandaron al estanco vecino para comprar tabaco. Cuando volvió, los dos brutos habían volcado cuatro vasos de coñac en el resto de su bebida... ¡Era una idea genial, una linda broma! "embotrachar" al chico... ¡Ja, ja, ja! ¡cómo se iban a reír!

El muchacho, llevando el tazón a los labios, notó la broma que le habían hecho, mas no vaciló, apuró su tazón valientemente, dio las gracias y se fue en busca de su padre.

No encontró al maquinista, que había llegado ya; su fogonero había guardado en el depósito la máquina, la "3672".

¡Ah, cuán bien conocía esa máquina el pequeño Juan María! A él, el mimado de todos, se le dejaba entrar en el depósito por el pasaje reservado para los empleados.

¡La máquina "3672"!

Juan María rondaba alrededor de ella, alegre, haciéndose el hombre y conecedor, silbando... Pero Juan María no sabía lo que le pasaba. ¡Cuán extraño: le corría fuego por las venas, pasaban relámpagos delante de sus ojos!

No podía contenerse, él que era tan razonable de costumbre: quería subir a *Lo Noche*, porque llamaban *La Noche* a la máquina "3672".

Miró en derredor de sí furtivamente. Muy lejos, detrás de los tenderes, un solo hombre estaba vaciando una fosa y dándole la espalda.

En dos saltos, Juan María se trepó a la locomotora. ¡Qué bien se estaba allí! ¡Qué orgullo! Era él en ese momento el amo de *La Noche*. Sin ruido, abrió la puerta del hogar. ¡Qué horno! Y pensar que no tendría más que hacer girar el volante de cambio de marcha, atraer ligera-



"*La Noche*" se lanza hada adelante... como un huracán.

mente hacia sí esa palanca más brillante que las demás, y la máquina marcharía. ¡Un poquito solamente! ¡Para probar, para hacer adelantar la "3672" un metro!

¡Un chorro de vapor! ¡Otro más vivo, más fuerte! ¡Una poderosa exhalación de humo y la pesada masa se ha puesto en movimiento, rueda, sale del depósito!

Un empleado aparece a lo lejos. El niño se asusta, vacila, se turba, se enloquece, quiere dar marcha atrás, se equivoca, atrae con todas sus fuerzas la palanca rutilante,... y *La Noche* se lanza hacia adelante.

¡Oh, cuán liviana es su carga! ¡Adelante! ¡A toda velocidad!

Sorprendido, el cambista de los tres empalmes de Brest, Redón y Saint-Malo, sale de su garita. Apenas tuvo tiempo para reconocer, al pasar, de pie en el lugar habitual de su padre, al pequeño Juan María Legorec, petrificado de impotente terror, pálido como un cadáver, pareciendo pedir perdón y socorro, con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos, y sus largos cabellos flotando hacia atrás, en el humo.

Mas, ¿quién se atrevería a lanzarse delante de esta máquina desbocada? ¿Cómo dominarla? No hay otra

cosa que hacer sino apartarse cuanto antes. ¡Dejadle paso! Y *La Noche* pasa con un rugido de desafío...

El auxiliar de la estación de Rennes se ha precipitado al telégrafo, y apenas transmitido su despacho, el jefe de la estación de Bettón, ve llegar *La Noche*, como un huracán.

¿Qué hacer? ¡Si tan sólo el niño pudiese disminuir la velocidad, invertir la marcha! El solo es quien puede domar al monstruo... ¡Se lo gritan, se lo aúllan!... ¡Vanamente!... ¡Mugiendo, terrible, la "3672" acaba de pasar.

¡Se halla en la vía única! No hay más que una estación antes del encuentro inevitable con el tren No. 22, de pasajeros, que acaba de salir de Combourgl... ¡Y hay una sola decisión que tomar, so pena de crimen!

Vuelta al telégrafo.

-¡Jefe... jefe... seguridad!... ¡Ligero! Desvíe a los topes... haga descarrilar máquina escapada...

¡Ya está!... *La Noche* ha abandonado la línea recta y se ha lanzado por la pequeña vía oblicua de rieles herrumbrados, que apenas tiene 400 metros.

¡Dos segundos! ¡Un golpe de ariete ensordecedor! ¡Maderos rotos, pedazos de hierro arrancados, la tierra arada, trastornada, y *La Noche* se acuesta envuelta en nubes de vapor y de polvo!

Los pasajeros del 22 se han salvado; mas hay allí, destrozado, bajo las retamas de oro, un pequeño cadáver, en medio de escombros y de carbón humeante. -*Pedro Duo.*

El vino es escarnecedor, la cerveza alborotadora;
y cualquiera que por ello errare,
no será sabio. -Solomon.

Sedas y encajes

HABLA QUE esperar quince minutos en la estación de empalme. Paulina los contó uno por uno. La ceremonia del casamiento de su amiga se había fijada para las ocho. Eso le daría escasamente tiempo para saludar a la familia y ponerse rápidamente su vestido de tafetán rosa que usaría como dama de honor de la novia.

Se movía inquietamente en la sucia sala de espera, roviendo una barra de chocolate. No tendría tiempo para probar bocado después de llegar, de modo que esa golosina tendría que sostenerla hasta que terminara la ceremonia. No conocía ningún lugar donde pudiera almorzar. Eso era lo que se conseguía por viajar hasta lugares apartados, como era el pueblo adonde se dirigía. Paulina sonrió desdeñosamente al pensar en el pueblecito.

La joven se había criado en la ciudad y estaba empapada de ella hasta la médula. Nunca había vivido alejada del ruido del tránsito y el rumor de los tranvías. Tenía la confusa idea de que la gente del campo y los habitantes de los pueblos pasaban los días ordeñando vacas y juntando huevos. Las miradas de los ociosos y el espectáculo y los sonidos de una estación ferroviaria rural irritaban su sensibilidad. Se acercó impacientemente a la ventana y depositó su cartera, su boleto y sus guantes por un

momento mientras se empolvaba la nariz delante de la tapa de su valijita de cuero de cerdo.

-Discúlpeme -le dijo una voz suave a sus espaldas-, Les suyo este guante? Lo recogí de debajo de uno de los asientos.

Paulina lo tomó con gesto de fastidio.

-Oh, sí, creo que es mío; gracias.

Era proverbialmente descuidada; quizás por el hecho de serle todo tan fácil, no tenía sentido de responsabilidad. Ahora, al recordársele sus descuidos hizo un rápido inventario de sus pertenencias. Cartera, sombrilla de seda, guantes, boleto, valija de mano: no faltaba nada. ¿No llegaría nunca el tren? Ya había pasado la hora. Golpeó impacientemente el suelo con el pie impecablemente calzado.

-Creo oír el silbido de la locomotora.

Era la misma voz amable. Paulina se dio vuelta y observó a la niña que hablaba. Luego volvió la mirada con un levantamiento imperceptible de cejas. ¡Esas personas familiares, que se ven en las estaciones rurales, siempre dispuestas a entablar conversación! Evidentemente era una pequeña campesina que iba a pasar el fin de semana con alguien. Su sencillo vestido de sarga azul tenía, para el ojo crítico de Paulina, aspecto de haber sido hecho en casa, y aunque todavía no era verano, la niña llevaba un sombrero de paja.

Si algo había en lo cual Paulina no era descuidada era en el uso estricto de la indumentaria adecuada para cada estación del año. Tenía conciencia de lo correcto y elegante que eran su vestido y el sombrero que hacía juego con él. Sin quererlo, Paulina era una esclava inconsciente de la moda. Estaba acostumbrada a juzgar a las personas de acuerdo con cierta norma rígida que para ella consistía en lo que llamaríamos sedas y encajes.

Recogió su valija de mano. La gente salía ya apresuradamente de la estación. Paulina, ansiosa de ocupar un asiento en un tren donde no se conseguía la comodidad del pulman por amor ni dinero, salió también, contando sus pertenencias a medida que caminaba. Sí, tenía todo: valija de mano, guantes, cartera, sombrilla...

-¿Adónde va, señorita?

A N---, contestó Paulina orgullosamente.

Avanzó por el pasillo y se dejó caer en lo que calificó mentalmente de "oloroso" asiento de cuero rojo. De todos modos, le quedaba el consuelo de que faltaba poco para llegar. Unas pocas horas más de viaje, y gozaría de la excitación fascinadora de una boda. Si bien era un casamiento de pueblo, sería completo en todos los detalles. Juana Malbrán, su compañera de colegio, no había pasado en vano cuatro años en la ciudad. Habría invitados de todas partes, porteros, damas de honor, y todo el aparato moderno de un casamiento a la moda. Hasta tendría algo de paradójico: sería tan antiguo que resultaría ultranuevo. Juana usaría un traje del estilo que había usado su madre en la misma ocasión.

El alma de artista de Paulina se deleitaba al pensar en su traje de tafetán color de rosa. Las otras niñas usarían tafetanes verdes y la que seguiría inmediatamente a la novia, color orquídea. Llevarían ramilletes hechos a la antigua, con las flores del jardín, y guantes largos. Paulina se sentía algo herida porque Juana no le había pedido ser la primera en el cortejo, pero probablemente Juana se había sentido obligada a pedírselo a la hermana del novio.

Miraba sin ver los campos dorados de trigo, viendo en lugar de ellos la escena de la boda. La casa sería sin duda un canastillo de dalias y gladiolos. Ella se imaginaba el cortejo nupcial descendiendo por la amplia y antigua escalinata. Juana había insistido en que la ceremonia

fuese en la casa. En cierto sentido Juana era algo anticuada a pesar de su educación en la ciudad, pero su casa se prestaba para la ocasión. Paulina había pasado varias vacaciones en ella. Estaba todo en perfecto estado, aunque fuese en un pueblo que no era más que un puntito en el mapa, y la familia de Juana era gente muy fina. Su padre había renunciado a la carrera :de cirujano en una gran ciudad para permanecer en el pueblo y continuar con el consultorio que el abuelo- había tenido anteriormente. Paulina llegaba a la conclusión de que podría dar su aprobación a la familia de Juana; no porque la niña pudiese vestir como ella -no era posible con lo que ganaba un médico rural-; pero podía hacer mucho con poco. Tenía cierto aire que la clasificaba entre quienes usaban sedas y encajes. Juana parecería una duquesa con su traje nupcial. Recordó entonces el suyo de tafetán rosado y pensó: "Rosado, verde nilo y orquídea. ¡Qué tonos tan delicados! Un arco iris nupcial".

-Discúlpeme. -Otra vez la voz imploradora con su entonación amable-, ¿es suyo este pañuelo? Lo encontré en el pasillo.

-¡Oh! creo que sí. Gracias.

Paulina lo tomó fríamente. Esa niña pobre de la sala de espera de la estación de empalme, parecía una verdadera Némesis que aparecía en todas partes con artículos perdidos. A Paulina le molestaba que la niña vacilara aún en el pasillo, hamacada por los movimientos del tren en marcha.

-Miré por todas partes del coche -le decía-, y acabo de darme cuenta de que está usted frente a mí. Están perdiendo tiempo. Espero que no llegaremos tarde. Este tren por lo general corre atrasado.

-Sí -murmuró Paulina fríamente. Sus ojos estaban clavados en la ventanilla. No tenía el hábito de trabar

relaciones ocasionales, especialmente con quienes no pertenecieran a su categoría. Y cuán inquietantes eran las palabras de la niña. ¡Qué sucedería si el tren llegara demasiado tarde para el casamiento! ¡No estar allí para ser la dama de honor de Juana, para usar el original vestido de tafetán! Eso sería sencillamente intolerable.

-¡Boletos, señores!

Paulina se sobresaltó. La niña ya había ocupado su asiento; el guarda estaba esperando. Ella había olvidado todo lo relativo al boleto. Mecánicamente buscó en la cartera. El boleto no estaba allí.

El guarda tosió con impaciencia. Paulina volcó todo el contenido de la cartera en un montón heterogéneo: pañuelos, polvos, cisnes, tarjetas, monedas, pero ningún boleto. Revisó atropelladamente los distintos bolsillos aunque sabía con la certidumbre de la convicción, que su boleto descansaba en el marco de la ventanilla de la estación de empalme. Ahora que se hallaba a kilómetros de distancia lo veía tan claramente como cuando lo puso allí. Volvió a poner lentamente las cosas en la cartera.

-No tengo mi boleto -dijo tranquilamente abriendo su portamonedas-. Recuerdo ahora que lo olvidé en la sala de espera.

El guarda la miró fríamente.

-El viaje -dijo anotando algo en su libreta- cuesta siete pesos y cincuenta centavos. El jefe de estación de N se los reembolsará.

-¿Reembolsará? -repitió Paulina.

En ese momento, la palabra "reembolso" era lo que menos podía ocurrírsele, pues acababa de hacer otro sorprendente descubrimiento. El dinero que tenía en la cartera sumaba cincuenta centavos. No tenía billetes y recordaba que por negligencia no había retirado dinero del banco. Durante todo el viaje había tenido la impresión de

haber olvidado algo. Era eso, pues. Había gastado en propinas, comidas, etc., los pocos billetes que tenía antes de llegar al empalme.

-Siete pesos y cincuenta -repitió secamente el guarda.

Paulina hizo un esfuerzo por guardar compostura y hablar con calma.

-No tengo esa suma aquí. Salí con tal apuro, que me olvidé de traer dinero. ¿Quiere que le extienda un cheque? Tengo aquí la libreta...

No estoy autorizado para recibir cheques -dijo el guarda, recalando la frase, ya evidentemente perdida la paciencia-. Si usted no tiene el boleto o su equivalente, deberá bajar en la próxima parada.

-Pero, ¿usted no sabe quién soy yo? -dijo Paulina, casi sin aliento-. Mi padre es Guillermo Noceti, de la Compañía Petrolera...

-¿Qué quiere que le haga? -respondió el guarda avanzando por el pasillo-... La próxima parada es **R** - usted se bajará allí.

Paulina se levantó para seguir al guarda, con el rostro encendido. Unas pocas personas, en derredor suyo, la observaban con curiosidad. Ella notó sonrisas disimuladas. De modo que no la creían. La consideraban una cuentera vulgar. El tren aminoraba la marcha. Miró por la ventanilla con un sentimiento de pánico. Lo que vio fue una estacioncita baja pintada de rojo, y un tanque de agua. Con la calma de la desesperación leyó en la desierta estación: **R**-. Pensar en descender allí, en ese desierto, donde los trenes se detenían sólo una vez al día! Una dama de honor de un cortejo, sin dinero, y la boda celebrada sin su presencia...

-¡Estación **R**— !

Un peón del ferrocarril recorrió los coches gritando el

nombre con voz ronca. Se detuvo y tomó la valija de la joven. El tren paró. El guarda esperaba, ceñudo, en la plataforma. Paulina avanzó con los ojos bañados en lágrimas. Le parecía que todas las miradas estaban puestas en ella.

-¡Qué lástima! -dijo el peón, simpatizando con la joven, mientras la ayudaba a bajar-. Pero es cosa corriente. Tal vez consiga que alguien la lleve adonde usted va.

Tal vez. Paulina no había pensado en eso. Y cobró esperanza. Pero ¡otra cosa! ¿A quién contrataría por cincuenta centavos? No, no había caso.

-Espere un momento.

Era la voz fresca y dulce de la niña de la sala de espera. Estaba de pie en el escalón más alto, con una sombrilla de seda azul y mango de marfil.

-¿No es ésta suya? Yo estaba leyendo un libro y sólo la vi cuando bajaba. ¿Es ésta su estación? Creía que usted iba a N-.

-El guarda la hizo bajar -explicó lacónicamente el peón-. Perdió el boleto, no tiene dinero...

-¿Usted... perdió su boleto? -exclamó la niña incrédulamente-. Recuerdo haberlo visto en la ventanilla de la sala de espera.

-¡Pasajeros, al tren! gritó el guarda. El peón se quitó la gorra.

Ya es hora -dijo a modo de explicación-. Sólo nos detenemos aquí por pocos minutos.

-¿No podría yo?... -empezó a decir Paulina desesperadamente-. ¿No podría yo?... y a su mente se presentaban mil soluciones. Si pudiese pedir prestado, mendigar, telegrafiar a su padre... pero el tren se iba. Dejó caer la valija y empezó a estrujar ciegamente el pañuelo.

-¡Espere! -exclamó una voz estridente-. ¡Détegnase! -El tono era autoritario-. Hágala subir, yo ten-

go dinero.

-Yo le pago el boleto. ¡Es una atrocidad hacer bajar así a una niña!

Tendió la mano a Paulina, que había empezado a caminar a la par del tren. El peón la ayudó a subir, valija y todo. Paulina no soltaba la mano de la niña, como si se asiese de un salvavidas. Cosa curiosa, en ese momento tenía la sensación de hallarse sumergida en un río y de que alguien le tendía unos flotadores.

La niña soltó la mano y alcanzó un billete al guarda. El le devolvió el cambio con una sonrisa enigmática.

-Por aquí -dijo la niña, llevando a Paulina por la parte posterior del coche-. Es un coche para fumadores, pero no importa. En aquel otro estarán todos estirando el pescuezo. Nos sentaremos aquí...

-Pero usted no me conoce -exclamó Paulina, mirándola con asombro-. ¿Cómo puede confiar en mí así, si soy una extraña, y más aun habiéndome conducido de manera tan antipática?

Yo me he criado en las praderas -dijo la niña sonriendo-, donde todo es abierto y franco como las llanuras mismas. No hay malezas, ni pantanos, ni fealdades ocultas. Y siempre sé, por intuición, en quién debo confiar. -Tomó otro billete, y poniéndolo en la mano de Paulina añadió-: Ud. lo necesitará antes de llegar a su casa.

-Déme su nombre y dirección, entonces -dijo Paulina, con la sospecha de que le faltara la voz.

-Nélida Lemos, estación H.

-¿Calle y número?

-Sólo eso -respondió Nélida, sonriendo-. Allá no necesitamos rótulos.

Paulina escribió de prisa. Sin duda alguna, se había equivocado en su visión de los flotadores. Debió ser un

ángel, en cambio.

-Yo se lo devolveré -dijo afanosamente- oh, yo...

-Por supuesto -murmuró simplemente la niña. Dirigió la vista a la ventanilla y exclamó involuntariamente:

- ¡Oh, mire qué puesta de sol! ¿No es hermosa?

Paulina siguió su mirada. Acostumbrada como estaba a edificios altos y torres, se sintió algo chasqueada al ver sólo nubes esponjosas teñidas de celeste y púrpura, como miríadas de arcos iris. Pero había en esa belleza serena algo que la sobrecogió.

-Pocas cosas -dijo Nélida- se pueden igualar a una puesta de sol en la pradera.

A menos que sea -añadió Paulina con sinceridad- una hija de las praderas.

La niña se sonrió.

--Otra vez se detienen -hizo notar, mirando hacia afuera-. Podemos volver tranquilamente a nuestros asientos mientras la gente sube y baja. Si no la veo más, buena suerte y... adiós.

Adiós -respondió Paulina. Estaba pensando que la niña era bien nacida. Ahora que había puesto una buena base para trabar amistad, no se aprovechaba de ella. Sus ojos siguieron la erguida figura. ¡Pensar que la había considerado vulgar y ordinaria, tan sólo porque su traje no era de rigurosa moda!

-Podría usar las sedas y encajes de los mantos reales -se dijo humildemente. En el coche halló que su asiento había sido ocupado, y tuvo que contentarse con uno que compartió con un anciano caballero somnoliento que usaba una gorra negra. Pero ahora nada le importaba, pues no la habían dejado en R. Y eso no era todo. Había algo que cantaba en su corazón.

El tren llegó a la estación con treinta y cinco minutos

de atraso. Paulina subió a un ómnibus, pues había escrito a Juana que no la fuese a buscar, ya que no estaba segura en cuanto al momento de llegada. En la casa había gran animación; de modo que ella fue directamente a su pieza, deteniéndose sólo para echar una mirada precipitada a la novia.

Cuando se puso el vestido de tafetán color rosado y se unió al cortejo nupcial en el comienzo de la escalera, empezaban a oírse desde abajo los acordes de la marcha de Lohengrin. Paulina quedó situada detrás de la dama de honor vestida de color verde nilo, y casi en seguida dio un salto involuntario que retardó por un momento la soberbia procesión, pues allí, detrás de la novia, muy erguida, muy delicada, con su vestido color orquídea, estaba la dama de honor, que no era otra que la compañera de viaje que le había pagado el boleto.

Sus ojos se encontraron significativamente. La joven vestida de verde interceptó la mirada.

-¿No es un encanto la prima de Juana? -murmuró-. ¿No le queda bien el color orquídea?

Paulina asintió abstraídamente, pues estaba pensando en algo que había arrebatado a las praderas, y que era lo mejor que jamás hubiera puesto en su cofre de recuerdos. Era esto: que muy superiores al adorno exterior, son las sedas y encajes del corazón y la mente.

*Yo prefiero formar mi alma, y no
amueblarla. Lambert.*

Una copa de agua fría

FUE AL día siguiente de una victoria trabajosamente ganada con esfuerzo y cansancio extraordinario -contaba un oficial de caballería que había tomado parte en algunos combates de la primera guerra mundial-; se me había encargado qué llevara una orden importante a retaguardia, cuando, en el momento de partir, mi caballo, cansado, se negó a andar; rengueaba y no podía avanzar. Sin demora fui en busca de otro; éste era tan brioso y caprichoso que transcurrieron algunos minutos antes de poder montarlo y hacerlo marchar. Se encabritaba, pateaba, y cuando estaba casi por dominarlo, se paraba al menor obstáculo y continuaba coceando.

"Pero era preciso avanzar; el mensaje del cual era portador no admitía demora, y el camino, obstruido por tropas y materiales, dificultaba más todavía mi viaje. Era mediodía y estaba a mitad de camino. El aire era pesado y sofocante; nubes de polvo me secaban la garganta. Estaba exhausto; mi cantimplora estaba vacía, y me sentía desfallecer. En una vuelta del camino descubrí una fuente abundante junto a la cual descansaban algunos soldados y henchían sus cantimploras.

"Deseaba bajar para hacer lo mismo, pero mi caballo, como si presintiese mi intención, dio saltos tan violentos

que abandoné mi tentativa para no excitar las risas groseras del campamento.

"Airado por este contratiempo, desaté mi cantimplora y dirigiéndome a uno de los soldados, el único que me parecía que no se iba a reír de mi infortunio, se la extendí, pidiéndole que me la llenara.

"Era de mal aspecto, de entrecéjlo fruncido; sin embargo estaba lejos de esperar de él una respuesta tan cruel:

"-¡Lléna la tú!

"Frente a estas palabras, mi cólera no tuvo límites.

"-¡Desgraciado! -le grité-; quiera Dios que un día te encuentres muriendo de sed y que me pidas una copa de agua fría, para tener yo también el placer de negártela.

"En seguida le clavé las espuelas al caballo y emprendí una carrera desenfrenada sin hacer caso de las indicaciones de los otros soldados, que me gritaban que volviera.

"Una legua más adelante un niño, compadecido, me proporcionó medios para apagar la sed y dar de beber a mi caballo. En cambio le di un puñado de monedas, pero al comparar su prontitud en servirme con la conducta de mi compañero de armas, sentí como si un fermento de odio me quemara por dentro.

"La cara de aquel soldado se grabó con trazos indelebles en mi mente, y juré buscarlo -¡Dios me perdone!- hasta poder vengarme. Durante dos años continué, sin resultado, en los campos de batalla, entre los moribundos, esa búsqueda impía. Al fin, llegó el día.

"Me habían llevado a un hospital de guerra. Sin estar todavía en condición de reanudar mi servicio, dedicaba mi tiempo a los que estaban más heridos que yo.

"Nunca sentí tanta compasión para con los pobres soldados como cuando estaba en medio de esas escenas de dolor y sufrimiento, de las cuales los campos de batalla no

daban ninguna idea. Tenía verdadero placer en aliviar sus dolores y en devolverles la alegría.

"En medio de esas nuevas ocupaciones, me olvidé de mi enemigo. Así llamaba yo a aquel que me había negado la copa de agua fría.

"Después de una gran batalla llegó a nuestro hospital un número considerable de heridos. Todas las salas se llenaron; el calor era terrible, y los enfermos sufrían cruelmente por la sed y' la atmósfera abrasadora de la sala. Desde todas las camas gritaban: ¡Agua, agua, agua!

"Tomé una copa y una jarra de agua helada, y fui de hilera en hilera distribuyendo la bebida amiga a todos los que la pedían. Sólo el caer del agua en la copa les hacía brillar de alegría los ojos abrasados por la fiebre.

"Cuando iba por entre las camas, un hombre que yacía del otro lado de la sala se incorporó de repente gritando:

"-¡Agua, agua, agua por amor de Dios!

"Quedé horrorizado. Todo lo que me rodeaba desapareció de mi vista y no lo veía sino a él. ¡Era el que me había rehusado una copa de agua fría!

"Me acerqué, pero no me reconoció. Cayó exhausto sobre la almohada, con la cara hacia la pared. Entonces sentí comprimirse el alma, y oí una voz interior que me decía claramente:

"-Hazle oír el ruido del agua, pasa y vuelve a pasar delante de él. ¡Véngate!

"Pero al mismo tiempo oí el murmullo de otra voz. Unos me dicen que era la voz de la conciencia; otros, la de Dios, y otros todavía, el resultado de las lecciones de mi madre. Fuera lo que fuere, esta voz me decía:

"-Mi amigo, es hoy el día propicio y la hora de pagar el mal con el bien, de perdonar, como te perdonó el Señor Jesús; vé y dale de beber a tu enemigo.

"Un sentimiento involuntario me arrastró hacia su

cama; le pasé el brazo por debajo de la cabeza, y le acerqué la copa a los labios febriles.

"¡Oh, cómo bebí! Nunca olvidaré la expresión de alivio ni la mirada que me dirigió sin pronunciar una palabra. Sólo noté que estaba profundamente conmovido.

"El pobre iba a sufrir la amputación de una pierna, y pedí al médico que me permitiera 'tomarlo a mi cuidado.

"Lo trataba de día y de noche. Durante mucho tiempo mantuvo el mismo silencio; hasta que un día, cuando me alejaba de su cama me tomó por el saco, y haciéndome inclinar sobre su cabeza me dijo en voz baja:

"-¿Recuerdas el día en que me pediste de beber?

"-Sí, camarada, pero lo que, pasó, pasó. Está terminado.

"-Para mí no -continuó-; no sé lo que me pasaba aquel día; el capitán acababa de reprenderme; tenía fiebre, estaba encolerizado. Pocos instantes después quedé avergonzado de mi conducta, pero era demasiado tarde. Hace dos años que te busco para pedirte perdón. Cuando te reconocí aquí, recordé lo que me habías dicho y tuve miedo. ¿Me perdonas?

"Yo lo había buscado dos años para vengarme; él me había buscado para humillarse y pedirme perdón. ¿Cuál de los dos había seguido mejor el espíritu de Cristo? Cierta confusión se apoderó de mí.

"-Camarada -exclamé después de una pausa-, tú eres mucho mejor que yo; no hablemos más de eso.

"Estuve presente cuando le hicieron la amputación. Ya lo amaba como a un hermano. El sabía que iba a morir, pero antes me confió algunos objetos para que los mandase a su hermana, juntamente con una carta que me dictó. Me preguntó si no había en la Biblia un pasaje que tratara del agua.

"-Discúlrame --dije-, pero no vuelvas a hablar de

eso.

"Mas él continuó:

"-Tú no sabes, mi fiel amigo, cuánto bien me hiciste al no rehusarme una copa de agua.

"Aquella noche la fiebre del enfermo aumentó y a veces parecía delirar. Con todo, parecía que su confianza en Dios era completa. Tenía la seguridad de estar salvo. Así lo revelaban sus oraciones.

A la madrugada, se movió, acomodó la cabeza en la almohada y cerró los ojos para no volverlos a abrir en este mundo. Se había dormido para despertar en el día de la resurrección.

"Al verlo partir así, tranquilo y consolado, ¡cuánto placer sentí de haberle dado de beber, pagándole así el mal con el bien! Recuerdo estas palabras del Señor Jesús: "Y cualquiera que diere a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente,... no perderá su recompensa".

Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los insultan. Lucas 6:27, 28.

Cómo salvó Dios a dos niñas

UNA TARDE llegó a la casa de Nélide y María Sanborn el tío Guillermo, trayendo la noticia de que la tía estaba gravemente enferma y que, tal vez no viviría hasta el día siguiente.

La mamá de Nélide y María empaquetó rápidamente algunas cosas que necesitaba, y después de recordar a su hija mayor que les dejaba en la despensa suficiente pan y leche para aquella tarde y el día siguiente, las exhortó a portarse bien durante su ausencia y se despidió de ellas diciendo: `Adiós, hijas mías, Dios os protegerá hasta que yo vuelva''.

Nélide deseaba ser una niña buena, como decía su mamá. Sin embargo, le costaba contener las lágrimas cuando vio desaparecer el carro en una vuelta del camino. Pero notando las lágrimas de la pequeña María, se reprimió y se dispuso a consolar a su hermanita.

-No llores, Mariquita, Dios nos va a proteger. Ven, vamos a ver las gallinas y los pollitos, y de noche nos acostaremos en la cama grande de mamá.

Esto bastó para que María se consolara, y tomando la mano de su hermana mayor, salieron ambas en dirección al gallinero, donde distribuyeron abundancia de grano a las aves. Después de algunas vueltas por la quinta volvie-

ron a la casa al anochecer, donde Nélide encendió el fuego y preparó la cena, que se componía de pan y leche. Satisfechas las exigencias del estómago, se arrodillaron ambas y se encomendaron a Dios, y en seguida subieron a la grande y blanca cama de la mamá, donde se acurrucaron como dos gatitos, y pronto se durmieron.

A altas horas de la noche Nélide fue despertada por un ruido extraño, semejante al rumor de muchas aguas. Saltando de la cama encendió una vela y salió en dirección a la puerta a fin de descubrir qué era. Mas cuál no fue su espanto cuando, entreabriendo la puerta, encontró la quinta transformada en un inmenso lago. "¡Oh! ¡oh! — exclamó transida de terror—, qué debo hacer, es un desbordamiento del río". Acordándose, sin embargo, inmediatamente de María, pensó subir con ella al altillo, donde quizá las aguas no llegarían.

Entretanto la creciente continuaba subiendo. Nélide tomó una frazada, algunas almohadas y las llevó al altillo. Después volvió para buscar a María, quien al oír el ruido de las aguas se había puesto a gritar asustada, pero se calmó cuando se acercó su hermana diciéndole que no tuviera miedo, porque Dios las protegería.

Vino entonces a la mente de Nélide que si aquella situación se prolongaba, necesitarían algún alimento. Bajó otra vez, y entrando sin temor en el agua que ya había invadido la casa; se dirigió a la despensa, de donde sacó una vasija con leche y la llevó arriba. Tuvo que volver una vez más para buscar pan y una cuchara, y el agua ya le alcanzaba a las rodillas.

La pequeña María no tardó en conciliar de nuevo el sueño, pero Nélide no podía dormir. Se puso a observar atentamente el agua, que iba aumentando sin cesar, hasta que cubrió la cama de la madre y apagó la luz. Continuó después escuchando el ruido de la creciente dentro y

fuera de la casa; por fin, no pudiendo reprimir más su corazoncito, llena de angustia, pidió a **Dios** que las salvara. Y el Señor la consoló recordándole una promesa que ella había oído muchas veces de su madre: "Cuando pases por las aguas, yo seré contigo; y por los ríos, no te anegarán". Repitiendo la consoladora promesa, Nélide aguardaba el alborar del día que le traería el anhelado salvamento.

Al rayar la aurora, Nélide corrió a escrutar a través de la pequeña ventana del altillo y vio que todo estaba transformado en un océano, del que sobresalían apenas las copas de los árboles y los techos de las casas. A la tenue luz del amanecer, sin embargo, se divisaba una embarcación a vapor que venía en dirección al lugar para recoger a las personas que se habían refugiado en techos y azoteas. En la cubierta de la embarcación había una mujer, que, moviéndose inquietamente de un lado a otro, a veces llo-



Nélide y Marta ven acercarse el bote salvador.

raba y a veces oraba. Al acercarse a la casa, los marineros arriaron un bote que, manejado por algunos hombres, surcó las aguas, sacudido por el viento y la corriente, hasta la casa en que se encontraban Nélide y María. Al acercarse a la misma, uno de ellos dijo:

-Aquí ya no hay nadie.

-No --contestó otro--, la casa no tardará en caer, pues ya vacila.

-Pero, escucha, ¿qué es eso?

"Jesús, Señor, mi Redentor,

En ti procuro abrigo;

Aumenta el agua en derredor

Jesús, sé tú conmigo".

-¿Es el Señor Jesús quien los mandó a buscarnos? - preguntó Nélide, cuando dos fuertes brazos las tomaron para transportarlas al bote.

La fe sencilla de la niña conmovió el corazón del rudo marinero, que, por su parte, no creía en **Dios**.

-Sí, hija mía -respondió-, pero después de un momento hubiera sido tarde. ¡Mira! ¡Allí se va la casa, arrastrada por las aguas!

Minutos después las recogieron a bordo de la embarcación, donde la madre con gran alegría y acciones de gracias las estrechó entre sus brazos.

Piensen, queridos niños y jóvenes, cómo **Dios** cuida de aquellos que confían en él y cómo oye sus oraciones en los mayores peligros.

Recuerden este bello versículo que es también una promesa de **Dios** para todos nosotros: "Invócame en el día de la angustia: te libraré" (Salmo 50:15).

El asaltante

ERA UN JUEVES de tarde, del mes de octubre de 1894. Cuatro hombres a caballo llegaron al banco del pueblecito de José, Estado de Oregón. Ese era entonces el centro de una próspera región dedicada a la ganadería, donde una población bastante dispersa llevaba una vida llena de aventuras. Los jinetes se apearon y ataron sus caballos a los postes destinados a ese uso. Los cuatro iban armados.

El cabecilla, llamado Fitzhugh, era un hombre muy inteligente de unos 35 años de edad. Era de carácter frío y calculador, aunque de modales suaves, y ejercía un poderoso ascendiente sobre sus acompañantes. El segundo se llamaba Brown, y como Fitzhugh, era un jugador y criminal empedernido, que había recorrido mucho mundo. Los otros dos eran más jóvenes. Uno de ellos, David Tucker, tenía 23 años, y el otro era aún más joven.

Guiados por Fitzhugh, entraron en el banco. Tucker y el más joven, quedaron de guardia cerca de la puerta, mientras los otros se acercaban al mostrador.

-¡Arriba las manos! -ordenó Fitzhugh al cajero-. Entregue todo el dinero que haya.

El cajero empujó el cajón a través del mostrador y Fitzhugh se apoderó del contenido -unos 2,000 dóla-

res- y lo echó en una bolsa. En ese momento alguien disparó un tiro, y de las cantinas y los almacenes del pueblo salieron inmediatamente muchos hombres armados. Las balas empezaron a silbar por las calles. Un hombre se presentó a la puerta del banco e hizo fuego contra los atacantes. Brown soltó la bolsa del dinero y cayó muerto.

-Entonces me olvidé de todo -explicó David Tucker más tarde- y corrí hacia Brown para prestarle auxilio.

"Haciendo fuego contra los que intentaban cerrarnos el paso, Fitzhugh me dijo con voz fría e implacable, al par que se inclinaba para apoderarse del dinero.

`-No le prestes atención. Está muerto. ¡A ver si usas tu revólver y salimos de aquí!

"El escapó a través de una lluvia de balas. En cuanto a mí, al apartarme de Brown, me hallé frente a frente con hombres a quienes había conocido toda la vida y que disparaban contra mí, con ánimo de matarme. Levanté mi revólver e hice dos disparos al azar. Entonces, una bala hizo blanco en mi mano, arrancándome el dedo que apretaba el gatillo. Corrí hacia afuera. Una descarga de municiones me hirió en el costado, y otra en las piernas. Tánbaleante, llegué a mi caballo. Un hombre, que me había reconocido, me golpeó con la culata de su carabina en la frente, y ciego de ira, gritó:

`-¡David Tucker, voy a hacerte volar los sesos!

`-Bueno, hágalo de una vez-le contesté.

"Pero él no hizo fuego, pues en ese momento caí desvanecido y fui capturado. Mi amigo, el jovencito, estaba ya preso. Fitzhugh escapó sano y salvo, pero nosotros dos tuvimos que arrostrar la justicia.

"Sentía que todos me odiaban y yo odiaba a todos. Me reconocía criminal y enemigo de la sociedad. Muchas veces pienso en cuán cerca de la muerte estuve, y estoy convencido de que únicamente la bondad de Dios me

...lvo para que llevara más tarde una vida mejor".

(ticket y su amigo fueron encarcelados en la pequeña comunidad vecina de Enterprise. Al juzgarlo, el primero supo que alguien lo acusaba, además, de un robo de ganado, del cual era inocente. Pero, ¿qué podía valer su palabra? Fue condenado a siete años de cárcel por el asalto al



...juzgarlo, David Tucker fue condenado a siete años de cárcel por el asalto al banco y aun año por el robo de animales".

banco y a un año por el robo de animales.

"Poco antes de morir cuenta el Sr. Tucker-, el hombre que juró falsamente que yo le había robado animales me escribió a la cárcel para pedirme perdón. Lo perdoné, porque para aquel entonces yo había decidido enmendarme, y uno no puede regenerarse si guarda rencor contra otros".

Es una historia maravillosa la de la regeneración de David Tucker. Se dejó inducir a participar en el asalto con la loca idea de que tomaría luego su parte del botín y se iría a Chicago a estudiar. Estaba comprometido con una joven de noble corazón, y pensó que si antes de casarse

podía educarse, cuando volviera sería alguien en la comunidad. Como él mismo lo hace notar hoy, no se podría hallar más fantástica combinación de buenos ideales y mal raciocinio.

Pero si el mundo lo despreció cuando cayó y lo castigó duramente, hubo dos personas que le hicieron comprender que seguían amándolo. Eran su madre y su novia. Antes que lo llevaran a la penitenciaría del estado, su novia lo visitó. En su última entrevista, a través de los barrotes, con voz llena de ternura y simpatía, la joven le dijo:

-David, dices que todos están contra ti. Pero yo no. Cometiste un error muy grave, pero aún creo en ti. Puedes rehabilitarte, porque en el fondo eres bueno. No importa cuántos años sean, te esperaré.

-No -dijo él-, no tengo derecho a pedirte eso. Yo te quiero, pero no soy digno de que me esperes. Eres joven y encontrarás a otro...

-¡No!

-Sí, Delia. Será mucho mejor.

-¡No, David! Te reformarás, yo te esperaré. Seguiré pensando en ti, pues sé que no eres tan malo como los demás te creen.

Aquellos años de cárcel fueron muy largos y amargos. Las cárceles no eran entonces lo que son ahora. La primera noche que pasó David en la penitenciaría pudo oír a algunos presos que sollozaban en sus celdas. Al día siguiente, azotaron a un hombre por haber violado algún reglamento.

"He visto allí -refiere el Sr. Tucker-, a algunos perder la razón, acongojados por los largos años de encierro que les esperaban. Luego los azotaban porque no podían dominarse. A mí me pusieron en la fundición donde trabajábamos entre el calor y la suciedad, fabricando estufas que un contratista vendía luego al público.

"Debido a la influencia de Fitzhugh, me clasificaba entre los elementos criminales de la sociedad, así que elegía siempre la compañía de los peores presos.

"Nunca había examinado mi caso bien de frente. Pero un día, en el patio donde nos sacaban a hacer ejercicios, me puse a meditar. Algunos minutos antes un hombre se había vuelto loco pensando en sus perdidos años. Algunos murmuraban, otros oraban, otros maldecían. Miré a todos esos náufragos de la vida; y sé me ocurrió que yo no era sino un miserable.

"-David, insensato rematado -me dije-, piensa en esas dos mujeres que sufren por ti. Fíjate en Delia, sacrificando su reputación por quererte cuando todos te desprecian. Te estima más de lo que tú mismo te estimas. Y ahí está tu madre orando por ti. ¿Qué haces tú por ayudar a tu novia y a tu madre? ¡Nada! ¿Quién te trajo aquí? Tú mismo. ¿Que no supiste portarte mejor? ¿Que eras joven? Son cuentos. Cualquiera rapazuelo conoce la diferencia entre lo bueno y lo malo. Tú la conocías.

"Cuando hube razonado de esta manera, empecé a sentirme más animado. Podía ver a mi novia y a mi madre orando por mí, y me dije:

"-David, no vas a chasquear a las dos únicas personas que te aman. Ahora mismo empiezas una vida nueva.

"Todo sucedió en un minuto. Aun la cárcel me pareció diferente. Yo mismo era diferente. Al día siguiente corté mis relaciones con los criminales empedernidos con quienes me trataba antes y empecé a hacerme de nuevos amigos. Aun en la cárcel uno puede elegir sus compañeros. El primero de los hombres mejores de quienes me hice amigo había sido maestro de escuela, y era un hombre bueno. De él aprendí mucho. Antes me deleitaba en leer las crónicas policiales de los diarios, para notar qué factores hacían fracasar o tener éxito, según los casos.

Renuncié a esa clase de lecturas, y dediqué mis momentos libres a cosas útiles.

Leía cuanto se relacionara con la agricultura y la ganadería, cosas de las que ya sabía algo.

Antes de mucho, el alcaide me mandó llamar. No sabía por qué; pero pronto vi que todo marchaba bien.

"-David -me dijo-, ¿qué te ha pasado?

"-¿Por qué, señor? -le pregunté.

"-Algo te ha cambiado. Eres diferente. Pareces realmente feliz. ¿Qué te pasa?

"Le conté lo que discurría en el patio.

"-Muy bien. Te creo, David. De ahora en adelante te irá mejor. Yo te ayudaré. Ven acá mañana temprano.

"A la mañana siguiente me llevó a la sastrería y me hizo dar un buen traje y un sombrero. ¡Un sombrero! Hacía cuatro años que no llevaba ninguno. Abandoné el uniforme rayado. El alcaide me dejó encargado de la granja y del ganado. Uno o dos días más tarde me ordenó enganchar el carro para ir al pueblo a buscar la correspondencia. ¡Cuán feliz me sentía! Desde entonces fui dos veces por día al correo, sin que nadie me vigilara. Nunca sentí tentación de huir.

"Los cuatro años restantes de mi condena transcurrieron dos veces más ligero que los primeros, y el primero de septiembre de 1902 quedé en libertad. El alcaide me llamó temprano, y me hizo desayunar en su casa.

"-David -me dijo-, estás en paz contigo mismo. Este es el primer paso de la regeneración; pero tropezarás con circunstancias desagradables. Mantente firme y triunfarás.

"Como despedida, un guardián me prestó cinco dólares; ya tenía veinte que me había prestado mi hermano. Tomé el vapor hasta Portland, Estado de Oregón, y de allí fui por tren y diligencia a Lewiston en Idaho. No podía

obtener trabajo. Supongo que parecía sospechoso. Mi capital bajó hasta dos dólares, y finalmente el dueño de un servicio de diligencias me ofreció un puesto. Pero mientras hablaba con él, pasaron tres hombres a quienes conocí en el pueblo de José. Ellos me reconocieron; y a la mañana siguiente, cuando me presenté a trabajar, el patrón me dijo que no me necesitaba más. Ya había empezado el invierno en esa región septentrional. Yo no tenía sobretodo. Eché a andar a campo traviesa, sin saber a dónde iba. Anduve todo el día y toda la noche. Al día siguiente, a las doce, había recorrido ochenta o noventa kilómetros y llegué a una bifurcación del camino. Recuerdo la fecha: 7 de octubre. Aunque había empezado el invierno, el sol calentaba y me senté bajo un árbol. Me puse a estudiar los dos caminos. Por uno podía ir a Enterprise, donde estuviera encarcelado, y a José, donde estaban mis amados; por el otro adonde nadie me conociera".

Y allí, el hombre regenerado elevó una sincera plegaria a Dios, como un hijo hablaría a su padre. "¡Oh, Dios! -dijo. Tú sabes que tengo miedo de volver allí. Yo quiero ser amado y respetado. Ayúdame a decidir dónde debo ir".

Cobró por fin bastante valor para aceptar la invitación que momentos más tarde le hiciera el conductor de un carro que iba a José. Pero antes de llegar al pueblo se bajó del carro, y se dirigió a la hacienda de un francés llamado Pedro Beaudoin, pues recordaba que en la cárcel de Enterprise había prometido ayudarlo. Pedro estudió su cara largo rato y finalmente dijo:

-Creo que has cambiado, David. Te puedo ofrecer un puesto de cuidador de ovejas y pagarte sólo...

-No se preocupe del sueldo -le contestó David.

Quedó cinco años con él. Durante el primero no salió de la vasta finca. Pedro le pagó lo suficiente para que

podiese devolver los 375 dólares que su hermano le prestara mientras se hallaba en la cárcel y para comprarse un traje. Tuvo que ir al pueblo para comprar el traje. Muy pocos de aquellos a quienes vio le contestaron el saludo. Volvió a la hacienda y allí quedó durante meses sin salir. Los otros peones iban a fiestas y otras reuniones, pero nadie invitaba jamás al ex convicto.

Sin embargo, durante todo ese tiempo su novia estaba dispuesta a casarse con él. "Pero yo quería esperar hasta tener un nombre que darle", declara Tucker. El segundo año, Beaudoin lo hizo capataz de diez "puestos" y le pagó 1,500 dólares, pues era muy entendido en cuestiones ganaderas. El tercer año lo mandó a una ciudad cercana con once mil ovejas que debía entregar a un comprador, que le pagó 38,000 dólares por ellas. Fue a depositarlos al banco, donde lo atendió un hombre que fuera socio del banco asaltado años antes en José. El hombre lo reconoció y le preguntó qué deseaba hacer con ese dinero.

-Depositarlo a nombre de Pedro Beaudoin. Hágame el recibo, por favor.

Cuando el banquero contó la cantidad, abrió los ojos desmesuradamente, pero entregó el recibo con una sonrisa. Sin duda, debió contar el incidente a otros, pues los habitantes del valle empezaron a tratar de una manera diferente a David Tucker. Siguió trabajando, sin embargo, en la hacienda, e invirtiendo sus ahorros en ovejas. Al cabo de cinco años, poseía dos mil ovejas, y crédito en la región. Entonces decidió casarse. El hombre que se extravió y volvió al buen camino, y la novia que lo esperó trece años se unieron, pues, en matrimonio. Tuvieron tres hijos.

Además de ser vicepresidente del banco que una vez asaltara, Tucker fue después director de irrigación de un distrito de 3,600 hectáreas y miembro de la junta escolar; además, trabajó intensamente por la cultura del pueblo.

Arrestado por una negligencia

OCURRIÓ DURANTE noviembre del segundo año de la gran guerra de secesión, reñida entre los estados del sur y los del norte de los Estados Unidos. Con motivo de la abolición de la esclavitud, se hallaba cierto joven cirujano asignado a un hospital de sangre cercano a la capital del país, Wáshington. Una lluviosa mañana, mientras se dirigía a la cama de un herido, se le acercó un ordenanza y lo detuvo.

-¿Es usted el Dr. Jasón Wilkins? -le preguntó.

-Sí, señor.

-Lamento, doctor, pero tengo que arrestarlo y llevarlo a Wáshington.

Jasón miró al ordenanza con aire incrédulo, y le dijo:

-Ud. se equivoca, amigo.

El soldado sacó del bolsillo de su chaquetilla un sobre pesado que entregó a Jasón. Este lo abrió con cierto temor, y leyó:

"Muestre esto al cirujano Jasón Wilkins, del regimiento No. . . Arréstelo, y tráigalo ante mí inmediatamente. A. LINCOLN".

Jasón palideció.

-¿Qué pasa? -preguntó al ordenanza.

-No se lo pregunté al presidente -replicó el soldado

secamente-. Salgamos enseguida, por favor, doctor.

Asombrado, Jasón salió hacia Wáshington. Recordó todas las pequeñas contravenciones que había cometido.

Al llegar a su destino, se le encerró en cierta casa de pensión por una noche. Al día siguiente, a las doce, el ordenanza le condujo a la Casa Blanca. Después de una hora de espera, apareció un hombre por la puerta del despacho del presidente y llamó:

-¡Dr. Jasón Wilkins!

-¡Presente! -contestó Wilkins.

-Por acá -y Wilkins, después de seguirle, se encontró en una sala cuya puerta se cerró detrás de él.

En la sala no había más que un hombre, pero ese hombre era Lincoln. Sentado ante su escritorio, fijó sus ojos oscuros en el rostro de Wilkins -un rostro fresco y joven, a pesar del temblor de las rodillas.

-¿Es usted Jasón Wilkins? -preguntó el presidente.

-Sí, Excelencia -replicó el joven cirujano.

-¿De dónde es usted?

-De High Hill, Estado de Ohío.

-¿Tiene usted parientes?

-Únicamente mi madre vive.

-Sí, únicamente una madre. Bien, joven, ¿cómo está su madre?

-Bueno... bueno... no sé -balbució Wilkins.

-¡No sabe! -rugió Lincoln-. ¿Y por qué no sabe? ¿Está muerta o viva?

-No lo sé -dijo el doctor-. A decir verdad, hace tiempo que no le escribo, y no creo que ella sepa dónde estoy.

El Sr. Lincoln golpeó con uno de sus grandes puños sobre el escritorio, y sus ojos traspasaron a Jasón Wilkins.

-Recibí una carta de ella. Supone que usted murió, y me pide que averigüe en cuanto a su tumba. ¿No sirve



Señalando el escritorio con su índice largo y huesudo, el presidente le ordenó sentarse y escribir,

ella? ¿Es de mala ralea? ¿Eh? ¡Contésteme, caballero!

El doctor se enderezó un poco y dijo:

-Es la mejor mujer que haya vivido alguna vez, Excelencia.

-Sin embargo, ¿usted no tiene razones para expresar el agradecimiento! ¿Cómo obtuvo Usted su educación de cirujano? ¿Quién le sufragó los gastos? ¿Su padre?

-No, Excelencia -contestó Wilkins enrojeciendo-; mi padre era un pobre predicador metodista. Mamá juntó el dinero, aunque yo trabajaba para pagar casi todos mis gastos de pensión.

-Bien, ¿y cómo juntó el dinero?

Los labios de Wilkins se entesaron.

-vendiendo sus cosas, Excelencia.

-¿Qué cosas?

-Mayormente cosas viejas; sin valor, excepto para los museos.

-¡Pobre loco! -dijo Lincoln-. ¡Miserable gusano!

Los tesoros de su hogar... vendidos... uno tras otro... para usted.

De repente, el presidente se levantó y señalando con su índice largo y huesudo hacia su escritorio, dijo:

-Venga acá, siéntese, y escriba una carta a su madre.

Wilkins se acercó obediente, y se sentó en el sillón del presidente. Tomó una pluma y escribió una esquelita formal a su madre.

-Póngale la dirección y démela -ordenó el presidente, levantando un poco su voz severa-: Y ahora, jason Wilkins, mientras esté en el ejército, escriba a su madre una vez por semana. Si lo vuelvo a reprender por este asunto, lo haré comparecer ante una corte marcial.

Wilkins se levantó, dio la carta al presidente, y se quedó esperando órdenes. Finalmente, Lincoln se volvió hacia él.

-Hijo mío -le dijo amablemente-, no hay en el mundo cualidad mejor que la gratitud. No puede un hombre encerrar en su corazón nada más ruin y bajo que la ingratitud. Aun el perro aprecia la bondad, y nunca se olvida de una palabra amable o del hueso que se le dio.

Lincoln volvió a hacer una pausa, y luego añadió:

-Puede irse, hijo mío.

Huelga añadir que el doctor reconoció la justicia de las severas palabras del presidente, y enseguida se puso a reparar para con su madre el aparente olvido en que había caído antes.

Manos que hablan

LA SRTA. Carolina Duprat se sentó en el sillón más cómodo de su vestíbulo para escuchar -mientras sus manos se entretenían con un trabajito de crochet-, los trozos de melodía que provenían de la casita vecina.

De vez en cuando, del otro lado del cerco verde que separaba su casa de la propiedad de la familia Aranda, la Srta. Carolina podía ver los desnudos y bronceados brazos de Luisa que resplandecían al sol mientras sacudía enérgicamente su escobillón por la ventana. La mayor parte del tiempo, empero, podía tan sólo oír a su vecinita cantar alegremente a solas mientras barría, quitaba el polvo o cocinaba. Su alegre canturreo indicaba siempre a la Srta. Carolina cómo le iba a Luisa.

Desde hacía muchos meses, es decir, desde que había fallecido la madre de Luisa, dejándola a cargo de sus tres hermanitos menores, la Srta. Carolina había prestado oído atento a las indicaciones de ese barómetro.

Por supuesto, había muchas ocasiones en que, durante esos largos meses, el canturreo se había detenido por un rato -en momentos en que la joven necesitaba un poquito de estímulo-, y una o dos veces había reinado un largo intervalo de silencio; la primera vez, fue al principio,

cuando las tentativas culinarias de Luisa parecían fracasar de continuo; y otra vez, más tarde, cuando Robertito había tenido la tos convulsiva. Y cada vez que reinaba el silencio en la casita, la Srta. Carolina se las arreglaba para hallar un pretexto para pasar al otro lado del cerco.

Luisa estaría lista para subir a su pieza a fin de vestirse para la tarde. Mas he aquí que aconteció algo, pues el canto se detuvo en medio de una nota. La Srta. Carolina miró a la calle y alcanzó a ver a María Elena Tracy que entraba en la casa de la familia Aranda.

Con su nuevo vestido amarillo, María Elena armonizaba maravillosamente con la asoleada tarde, pero, aunque era muy bonita, la Srta. Carolina no pudo menos que fruncir el ceño al verla.

¡Así que eso era lo que había ahogado el canto! Sin duda Luisa había alcanzado a ver a María Elena cuando fue a la ventana para sacudir el escobillón por última vez antes de guardarlo. ¡Pobre Luisa, que no se había cambiado todavía, y tenía aún los hermosos cabellos cubiertos con un pañuelo para protegerlos del polvo! Era verdaderamente poca consideración de parte de María Elena venir a visitarla antes que estuviese lista para recibir visitas, y especialmente a ostentar sus hermosos atavíos delante de otra niña que apreciaba igualmente las cosas lindas pero que tenía tan poco tiempo para lucirlas.

Después de lo que a la Srta. Carolina le pareció una espera interminable, María Elena se alejó con su paso de sílfide, totalmente despreocupada, mientras que la Srta. Carolina permanecía sentada y con el oído atento. Pero de la casita vecina no provenía ni una sola nota.

El ceño se intensificó en la cara de la Srta. Carolina, pero casi inmediatamente lo reemplazó por una expresión de inteligencia.

En seguida entró en su cocina, y eligiendo algunos de

los pasteles más dorados que estaban en el estante, se dirigió hacia la casa de los Aranda, a la que entró sin llamar.

Exactamente como lo había sospechado, Luisa estaba sentada delante de la mesa, en la cocina, con la cabeza apoyada sobre un brazo.

-¿Qué te pasa, criatura? -preguntó, con el tono de quien entiende de qué se trata-. ¿Es cuestión de vestidos?

-No, no se trata de vestidos-contestó Luisa, alzando la cabeza e intentando una valiente sonrisa, aunque fracasando en ello-, es cuestión de manos.

-¡De manos! -exclamó la Srta. Carolina, tomando una de las de Luisa entre las suyas y acariciándola suavemente-. ¿Qué puede haber de malo en esta manita, dime? Es fuerte, hábil, sana y hermosamente formada...

-Pero rasguñada, llena de cortes, magulladuras y quemada del sol, fíjese. Y Luisa extendió la otra mano, que ostentaba una venda en derredor del dedo meñique. Me lo corté momentos antes de que llegara María Elena...

-¡Ah! -exclamó la Srta. Carolina moviendo la cabeza-, me parecía que María Elena tenía algo que ver con el asunto. Supongo, hijita, que no la estarás envidiando.

-¡Oh, sí! -admitió Luisa-. ¿Se fijó Ud. en sus manos alguna vez? Son demasiado hermosas y delicadas para ser naturales. ¡Qué blancas, suaves y chiquitas son!

-¡Exactamente! -repuso con tono grave la Srta. Carolina, sin cuidarse de lo que decía-. Como dices, son demasiado bonitas para ser naturales. Son demasiado suaves para tener utilidad alguna en este mundo.

-Pero, Srta. Carolina, ¿no le gustan las manos de María Elena? -preguntó asombrada Luisa.

-No, por cierto -repuso la Srta. Carolina-. Serán lindas a la vista, sí. Pero no hermosas.

-¡Oh! Srta. Carolina, ¿cómo puede decir eso?

-Porque es la verdad. Te olvidas de lo que es la verdadera belleza. ¿No recuerdas que cada una de esas cicatrices que llevan tus manos es una señal de servicio, y cada rasguño, un símbolo del trabajo bien hecho? Algún día María Elena se dará cuenta de que nunca, nunca pueden sus manos ser tan bellas como las tuyas.

Al terminar su profecía, la Srta. Carolina pareció acordarse de repente de que debía volver a su casa, y hacia ella se encaminó. Al llegar a la puerta, se dio vuelta y dijo:

-Hice demasiados pasteles hoy. ¿Crees que algunos te vendrían bien para la cena? y le alcanzó el plato con los pasteles que había traído.

-¡Oh, qué amable es usted! -exclamó Luisa al recibirlos. Yo sé que usted hizo demasiados a propósito.

La profecía de la Srta. Carolina se realizó, y mucho antes de lo que ella misma había esperado.

Transcurrió tan sólo una semana antes de volver a ver a María Elena entrar otra vez, con su vivacidad acostumbrada, en la casita vecina. Traía esta vez a su hermanita Gertrudis, linda criatura de cinco años, rubia y bellamente ataviada. La Srta. Carolina suspiró porque sabía muy bien que la pequeña Gertrudis, de largos y dorados rizos, de grandes ojos azules y de sonrisa angelical, podía idear más travesuras que Robertito Aranda, el cual, por su propia cuenta podía mantener a Luisa ocupada en hacer fracasar las diabluras que inventaba.

Robertito y Gertrudis aceptaron alegremente la indicación de ir a jugar en el patio, mientras las dos niñas mayores se acomodaban en la galería.

Ahora, háblame de tu viaje a la capital -dijo Luisa a María Elena, y en seguida se quedaron ambas enfrascadas en los planes que la visita estaba haciendo acerca de su próximo viaje a la gran metrópoli.

La Srta. Carolina recogió su labor y entró en su casa. Había visto a los niños correr por el patio, pero no les prestó mayor atención, hasta que oyó un grito, y al correr a la ventana, divisó el fulgor de una llama. Al instante salió corriendo.

Afortunadamente, sin embargo, las jóvenes habían llegado antes que ella.

Al notar Luisa el ominoso silencio en que permanecían los niños, había decidido averiguar el asunto.

Ella y María Elena habían dado vuelta a la esquina de la casa precisamente a tiempo para ver a Gertrudis encendiendo un fósforo de la caja prohibida que estaba en la mano de Robertito, y mientras se sujetaba la punta de uno de sus rizos en la llamita, se reía con traviesa alegría mientras el cabello se achicharraba; luego, al ver acercarse a las jóvenes, instintivamente había tirado el fósforo encendido en el mismo instante en que echaba a correr.

Pero al caer el fósforo encendido, prendió fuego al vaporoso género del vestido de la niña, la cual quedó pronto envuelta en llamas mientras corría.

María Elena quiso echar a correr tras ella, pero se detuvo de golpe, como clavada en el suelo y muda, mientras veía lo que sucedía. La pequeña Gertrudis se dio vuelta y huyó, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

-Gertrudis, tírate al suelo, tírate al suelo -ordenó Luisa, tratando de alcanzar a la niña, que enloquecida no hacía sino correr con mayor velocidad.

En ese momento apareció la Srta. Carolina, y trató de detener a la niña. Esta se dio entonces vuelta, y tropezó de frente con Luisa.

Sin vacilar un instante, Luisa asió el pequeño cuerpo envuelto en llamas, lo acostó en el suelo, se echó encima, y apagó con las manos las llamas que no había podido sofocar con su cuerpo.

En dos minutos todo estaba terminado; pero esos dos minutos devolvieron a María Elena el sentido de la situación. Se le había presentado, como en un espejo, un retrato tan fiel de su personalidad que la espantaba.

-¡Oh, Srta. Carolina! -exclamó entre sollozos y cubriéndose el rostro con las manos-. Nunca pensé que pudiese ser tan cobarde.

La Srta. Carolina se había inclinado tiernamente sobre Luisa, que yacía inmóvil sobre el césped. Alzó la cabeza, al oír las palabras que le dirigiera María Elena, y contestó con amabilidad, tratando de suavizar la herida que a María Elena le produjera su propio descubrimiento:

-No debes juzgarte con demasiada severidad, querida. Siempre se te enseñó a pensar en ti antes que en los demás. Ahora, ayúdame, por favor.

María Elena la ayudó lo mejor que pudo, y se quedó esperando, suspendiendo casi la respiración, mientras la Srta. Carolina declaraba que su hermanita estaba casi ilesa, a no ser por unas quemaduras sin importancia en los brazos y las piernas y por la pérdida de sus hermosos rizos.

-Pero, si no hubiese sido por Luisa...

Y María Elena se estremeció. Luego se arrodilló y alzó una de las manos que habían salvado a su hermanita. Involuntariamente cerró los ojos al ver el aspecto lastimero que presentaba.

Luego, extendiendo sus propias manos delante de sí, las miró como si fuesen un objeto de horror, exclamando:

-¡Oh!, no podré nunca más mirarme las manos sin odiarlas. ¿No podré hacer algo para expiar mi insensatez?

La Srta. Carolina lavó cuidadosamente con aceite los pobres dedos quemados llenos de ampollas, y empezó a vendarlos antes de contestar:

Transcurrirán muchos días antes que Luisa pueda

volver a valerse de sus manos. Si realmente quieres ayudarla, podrías renunciar a tu viaje a la ciudad y ayudarla a hacer el trabajo de la casa, hasta que pueda volver a encargarse de él.

Momentos más tarde, después que el médico hubo visto a Luisa y asegurado que las cicatrices no la desfigurarían, como se había pensado al principio, la Srta. Carolina se hallaba en la cocina con María Elena, a quien había estado enseñando cómo había que preparar la cena.

-Srta. Carolina -empezó a decir María Elena, mientras alzaba la tapa de una cacerola para probar si las zanahorias estaban a punto-, ¿qué quería decir Luisa mientras deliraba y murmuraba algo acerca de "manos que hablan"?

La Srta. Carolina se lo explicó tan bondadosamente como pudo.

-¿Cómo pude yo pensar alguna vez que mis manos eran hermosas -preguntó con asombro María Elena-, cuando no eran sino mudas?

E irreflexivamente quiso tomar la tapa de la cacerola, que había dejado sobre la estufa, pero la dejó caer con un grito.

-¡Ay! ¡me quemé! -exclamó.

Pero de repente un pensamiento cruzó por su mente, y se miró el dedo. ¿Le habría dejado una marca? Sí, efectivamente.

-Creo, Srta. Carolina, que su silencio pasó para siempre -explicó alzando con orgullo su rosado dedo quemado-. Es la primera palabra que hayan dicho, pero **y la Srta. Carolina** sonrió con ternura al notar la resolución que manifestaba la voz de María Elena-, le aseguro que no va a ser la última.

Una salvación maravillosa

LA LOCOMOTORA No. 449 del ferrocarril de Pensilvania es una máquina que en nada difiere de las demás, y sin embargo se produjo con ella un hecho que tal vez no tenga igual en la historia de las locomotoras.

Era una noche fea y oscura. Llovía torrencialmente. A través de la borrasca rugía el tren expreso en vertiginosa carrera. Estaba atrasado y debía ahora, a pesar del viento contrario, recuperar el tiempo perdido. El maquinista escrutaba la oscuridad con cierta aprensión al pensar en lo que sucedería si algún guardavías hubiera descuidado su deber o las aguas hubieran falseado algunos de los durmientes donde se asentaban los rieles. No le era posible, sin embargo, moderar la velocidad del tren que, volando a través de los campos, producía un rumor horrísono al pasar por encima de los extensos puentes metálicos. Las luces de los semáforos surgían como luciérnagas en medio de las tinieblas para volver a desaparecer al instante siguiente. Y el poderoso reflector eléctrico, desde lo alto del frente de la locomotora proyectaba su haz de luz hacia adelante e iluminaba el corto trecho de camino que el próximo segundo había de transponer.

Mas, ¿qué es eso? En el haz de luz lanzado por el reflector se agita un espectro en forma de mujer, cuyo

manto parece flotar al viento. De vez en cuando la sombra levanta sus contraídos brazos como para decir que no deben avanzar más. El maquinista, aunque asustado, procura dominar el miedo. Tal vez la vista fatigada le engaña.

Entretanto nota que también el fogonero observa con luz, por la sombra. Sí, allí está y les hace señas de nuevo agitando sus formidables brazos.

-Francisco! -grita el fogonero-, ¡Francisco, haz parar el tren! Pronto llegaremos al puente del Creek, ¡no lo pasemos! Veamos primero si está todo en orden.

Y Francisco, cediendo a un sentimiento de terror invencible, detiene el tren.

-¿Qué acontece? -grita el guarda, dirigiéndose espantado hacia adelante. Francisco casi siente vergüenza de confesar lo que le indujo a parar el tren, tanto más ahora que el negro espectro ha desaparecido.

-Bien -dice-, no puedo precisar lo que vimos, pero nos pareció ver un fantasma que corría delante del tren, haciéndonos señas con sus contraídos brazos como para



"Allá abajo rugía el Creek, revolviéndose sus aguas en enormes remolinos, pero el puente..."

avisarnos que no debíamos avanzar.

-¿Estás loco? -le preguntó el guarda en tono de burla. No obstante, todo el personal se dirigió al puente. Allá abajo rugía el Creek, cuyas aguas se revolvían en enormes remolinos, pero el puente... había desaparecido. Apenas sobresalían algunas vigas que se divisaban sobre el vacío del abismo. En este momento reapareció el espectro al reflejo de la luz, haciendo nuevamente señas con sus grandes brazos.

Conmovido, el pequeño grupo se detuvo delante de aquel fenómeno.

-Francisco dijo el guarda-, no es a nuestro destino, sino a Dios a quien debemos el haber sido salvados de una tremenda desgracia. -Y, meditando en lo ocurrido, volvieron todos al tren. Entretanto se presentaron también algunos pasajeros, mas ninguno pudo explicar el fenómeno. Por fin un joven de Chicago logró aclararlo,

-Aquí está vuestro fantasma -dijo, apretando entre los dedos una mariposa grande-. Este insecto, atraído por la luz del reflector, penetró en él, en alguna de las ocasiones en que éste estaba abierto, y se asentó sobre la cara interior del vidrio. De cuando en cuando salía de allí -giraba en torno a la luz y proyectaba una enorme sombra en el reflejo de la misma. Los formidables brazos estaban representados por sus alas.

El curioso insecto, que se trocó así en un instrumento de salvación para tantos pasajeros, recibió un lugar de honor en esa locomotora, donde se lo puede ver todavía en una cajita de vidrio.

Dios puede valerse de los medios más insignificantes para evitar un peligro, uno de los que muchos se complacen en llamar casualidades.

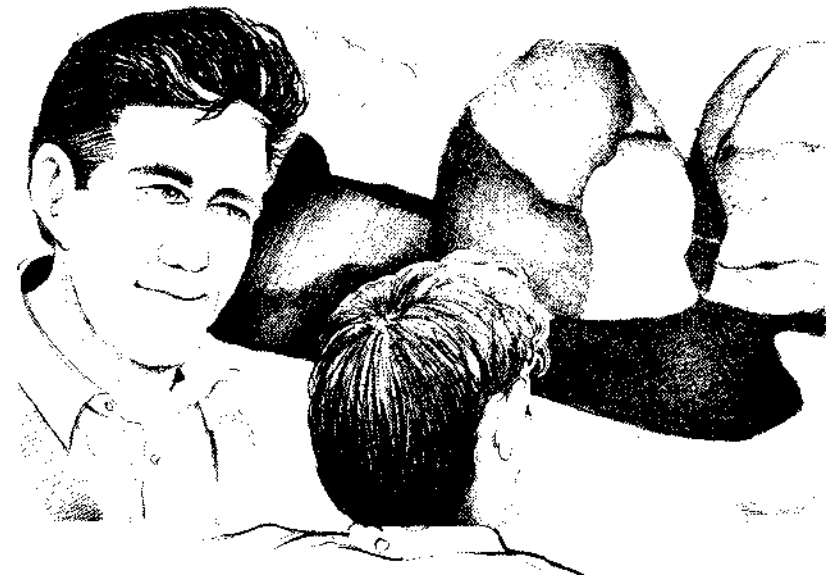
El Sr. Dracy confiesa

Al volver el Sr. Dracy, después de una ausencia de años, notó con dolor que su hijito se había vuelto ócil y testarudo. No respetaba ya como antes la dulzura y autoridad de su madre. Un bello día de octubre, fue a dar un paseo con el niño por las hermosas praderas que rodeaban la casa. Permaneció un rato pensativo y silencioso. Al llegar a un lugar donde una enorme roca proyectaba sobre el suelo grandes sombras negras, se detuvo. -¿Ves esta roca? -dijo el Sr. Dracy a su hijo-, me recuerda el recuerdo del acto más criminal de mi vida. Ese día desde de mi juventud es tan doloroso que nunca te voy a haber hablado de él, si mi conciencia no me lo impulsa como un deber.

Yo tenía varias hermanas, pero era el único varón de la familia. Mi padre murió cuando yo era muy niño. Mi madre era de carácter suave y tierno, se dedicaba a sus labores y la amaban cuantos la conocían. Jamás olvidaré su trémulo y pálido rostro, su sonrisa angelical, su voz armoniosa y sonora. Durante la primera parte de mi infancia, yo la quería apasionadamente; no era feliz sino cuando estaba cerca de ella, pero cuando hube alcanzado mi duodécimo año, mi madre, temiendo que adquiriese modales y hábitos demasiado femeninos, me envió a la escuela superior

del pueblo. No sabría decir por qué, pero ese cambio me hizo mucho mal. Me volví bullicioso, brusco e indisciplinado. El respeto y el amor que tenía por mi madre se fueron debilitando poco a poco en mí, y pronto le resultó muy difícil hacerme frente. Me imaginaba que sería dar pruebas de cobardía si me sometía a su autoridad o manifestaba arrepentimiento cuando había cometido una falta. El mote que más temía era el de 'mariquita', y nado me enfurecía tanto como el oír a mis camaradas decir entre risotadas que yo me dejaba gobernar por faldas.

"Mi buena madre no escatimó nada para hacerme cambiar de sentimientos. Yo bien lo comprendía, pero mi corazón estaba helado. Un día, después del almuerzo, fui a abandonar la mesa para ir, como de costumbre, a vagabundear por las calles con mis camaradas, en espera de que comenzaran las clases, cuando sentí la mano de mi



"Llegando a un lugar donde una enorme roca proyectaba sobre el suelo grandes sombras negras, el Sr. Dracy se detuvo.

madre posarse sobre mi hombro.

"-Hijo mío -me dijo con dulzura y firmeza-, deseo hablarte en particular.

"Tuve ganas de rebelarme, mas había en su tono y modales algo que me impuso respeto, y la seguí en silencio.

"Ella salió de la casa, y al pasar vi que me 'esperaba uno de los peores sujetos de la escuela. Me miró sonriendo con aire burlón. Eso hirió mi amor propio., en lo vivo. Sabía que era un sinvergüenza, pero era mayor, y ejercía una influencia irresistible sobre mí. Seguí a mi madre, enfurruñado, hasta el lugar donde estamos ahora, a la sombra de esta roca.

"¡Oh, hijo mío! ¡Cuánto daría por borrar de mi vida la página vergonzosa que voy a contarte! ¡Qué no daría para poder descargar mi conciencia del remordimiento que la obsesiona! Pero no, esta fatal roca se levantará todos los días en testimonio contra mí.

"Mi madre, que era muy débil de salud, se sentó, y me indicó que me sentara a su lado. En vez de obedecerle, me mantuve de pie, con aire desafiante. Me parece que veo aún la tristísima mirada que fijó en mí.

"-Alfredo, mi querido hijo -comenzó-, ¿no tienes ya ningún afecto para tu madre?

"No contesté nada.

"-Me temo que no -continuó ella suspirando-. Dios nos enseñe, a ti a conocer tu corazón, y a mí a cumplir con mi deber.

"Me habló luego de mis extravíos, de la violencia de mi carácter, de las funestas consecuencias de mi conducta. Lágrimas, ruegos, súplicas, no escatimó nada para entermecerme. Procuró también estimular mi ambición dándome el ejemplo de hombres de bien, de cristianos eminentes. Yo estaba casi conmovido; pero demasiado orgulloso

para reconocerlo, me encerré en un silencio desdeñoso.

"¡Qué dirían mis camaradas -pensaba- si al fin, consentía en dejarme conducir por una mujer!

"¡Qué angustia tan profunda se traslució en el rostro de mi madre cuando debió reconocer que todas sus palabras y lágrimas me dejaban insensible! Se levantó para volver a casa, y al llegar a la puerta me dijo esto:

"-Es tiempo de que vayas a la escuela; vé, hijo mío, y no desprecies los consejos de tu madre...

"-¡No quiero ir a la escuela hoy! -la interrumpí golpeando el suelo con el pie.

"Ella me miró, sorprendida de mi audacia, y me respondió con firmeza:

"-¡Irás ciertamente, Alfredo! ¡Te lo ordeno!

"-¡No iré! -respondí con tono desafiante.

"-Elige lo que prefieras -contestó conservando toda la calma-; o vas a la escuela inmediatamente, o te encierro bajo llave en tu pieza, donde permanecerás hasta que me prometas ser más obediente.

"-¡Te desafié a que lo hagas! -exclamé-. No puedes llevarme a mi pieza, me imagino.

"-Alfredo, elige -dijo mi madre tomándome por el brazo.

"Ella temblaba violentamente, y cubría su rostro una palidez mortal.

"-¡Cuidado con tocarme! -vociferé enloquecido por la ira.

"-¿Quieres ir a clase, Alfredo?

"-No -respondí con insolencia, pero evitando su mirada.

-En este caso, sígueme --dijo ella, tomándome del brazo y tratando de arrastrarme.

"Entonces, ¡oh hijo mío! ¿cómo tendré valor para continuar?... Entonces me agité como un energúmeno y le di

un puntapié a mi buena y santa madre... Al recordar esta escena me parece que mi cerebro va a estallar, que una hoja acerada me traspasa el corazón. Sí, fui bastante indigno, bastante cobarde para maltratar a mi madre, una débil mujer. Ella se tambaleó y se apoyó en la pared. Vi su corazón latir violentamente. No me dijo nada, ni me miró siquiera, mas la oí murmurar:

"-¡Oh, Padre celestial! Perdónalo, porque no sabe lo que ha hecho.

"En ese momento pasó el jardinero; y viendo a mi madre pálida y desfalleciente, se detuvo, y ella lo llamó.

"-Conduzca a Alfredo, a las buenas o a las malas a su pieza, y enciérrelo -le ordenó.

"Luego se dirigió a pasos lentos hacia el corredor. En el momento de entrar me dirigió una mirada, ¡Oh, esa mirada que no olvidaré jamás! Mirada de angustia inexpressible, mezclada con el amor más intenso; desgarramiento supremo de un corazón quebrantado. Unos instantes después estaba preso en mi pieza. Me vino la idea de tirarme por la ventana, de romperme el cráneo contra las losas del patio; pero la muerte me espantó. Por momentos, mi corazón estaba conmovido, mas en seguida el orgullo venía, y me fortalecía en mi endurecimiento. Llegada la noche, me eché sobre la cama y no tardé en dormirme. Me desperté a medianoche. Mi cuerpo estaba tieso por el aire húmedo de la noche, y tenía el espíritu trastornado por pesadillas terroríficas. Me obsesionaba el rostro desfalleciente de mi madre. Creo que si pudiera, hubiera ido en ese momento a pedirle perdón.

"En cuanto amaneció, mi agitación se calmó. La sirvienta me trajo el desayuno, pero no lo toqué. Poco después se dejó oír un paso ligero en el corredor, y la voz de mi hermana me llamó con extraño acento.

"-Alfredo, ¿no tienes nada que decirle a mamá? -

preguntó sin abrir la puerta.

"-Nada -contesté secamente.

"-¡Oh, hermanito! Te lo ruego, por mí y por ella, dile que lamentas lo que sucedió. Ella tiene deseos de perdonarte.

"-No quiero ir a la escuela contra mi voluntad --contesté.

"-Pero si mamá lo desea, irás, ¿no es cierto, hermano? -insistió mi hermana con voz suplicante.

"-No; iré sólo cuando me plazca. Estoy bien decidido -contesté.

"-Entonces matarás a nuestra madre -sollozó mi hermana-. De veras que la matarás, y tu conciencia te lo reprochará toda la vida.

"No le contesté nada; sentía una gran perturbación interior, pero resistía a mi emoción.

"¡Cuán largo me pareció el día! Creí que no terminaría nunca. A la noche, me eché sobre la cama. Empezaba a adormecerme, cuando pasos más lentos y más débiles que los de mi hermana me hicieron prestar oídos. Una voz pronunció mi nombre: era la voz de mi madre.

"-Alfredo, hijo mío, ¿quieres que entre? -preguntó-. ¿Te da pena lo que hiciste?

"Estas dulces palabras penetraron hasta lo más profundo de mi corazón endurecido; quise ceder, pero ¡ay! no lo hice, y mis labios, ocultando mis sentimientos, contestaron con tono duro:

"-¡No!

"Oí a mi madre alejarse con un gemido. Estuve tentado a pedirle que volviera, pero otra vez me endurecí. Todo quedó en silencio, y finalmente me dormí presa de un sueño agitado.

"No sé cuánto tiempo había dormido, cuando me desperté sobresaltado por la voz de mi hermana quien, incli-

nada sobre mí, me gritaba:

"-¡Alfredo! ¡Alfredo! ¡Levántate pronto: mamá se muere!

"Me parecía soñar; pero en un abrir y cerrar de ojos estuve de pie y seguí a mi hermana.

"Pálida y fría como el mármol, mi madre estaba acostada, vestida, sobre su cama. Había querido hablarme por segunda vez, pero al subir la escalera, un ataque cardíaco la había hecho caer desvanecida en el suelo. Se la había transportado a su pieza, y desde entonces parecía completamente inconsciente. No puedo decir lo que sucedió entonces en mí. Mis remordimientos eran diez veces más amargos al pensar que mi madre amada no los conocería nunca. Me acusaba de ser su asesino. No podía verter una lágrima. Mi corazón y mi cabeza parecían arder. Desesperado, caí sobre la cama. Mi buena hermana, rodeándome con un brazo, lloraba en silencio.

"De repente, la mano de mi madre se agitó y sus ojos se abrieron. Recobraba el conocimiento, pero no podía hablar. Su mirada se fijó en mí y sus labios se movieron, mas no pudo proferir ningún sonido.

"-¡Madre! ¡Madre querida! -exclamé fuera de mí- dí tan sólo que me perdonas.

"No pudo articular una sola palabra, mas su mano oprimió la mía; me sonrió tiernamente y, haciendo un esfuerzo supremo posó sus dos manos enflaquecidas sobre mi cabeza como para bendecirme; luego, alzando los ojos al cielo, movió por última vez los labios y exhaló el último suspiro.

"Permanecí de rodillas, aplastado, aterrado, cerca de ese caro despojo hasta que se me obligó a levantarme. Mi hermana, que comprendía el peso espantoso que oprimía mi corazón, hizo todo lo que pudo para consolarme. Al dolor del hijo que llora a su madre, se añadía en mí, el

dolor mucho más agudo del pecador atormentado por el remordimiento. A partir de ese día, la alegría de la juventud me abandonó para siempre. Hijo mío, los sufrimientos que esos recuerdos despiertan en mí me seguirán hasta la tumba".

El Sr. Dracy dejó de hablar y se cubrió el rostro con las manos. El relato había impresionado vivamente a su hijo.

Hijos que os rebeláis contra la autoridad de vuestros padres, y en particular contra la de vuestra madre, que no queréis reconocer vuestras faltas, y creéis dar pruebas de fortaleza de carácter al resistir hasta lo sumo, tened cuidado. No os alleguéis para lo porvenir una carga de remordimientos y estériles pesares. Sé que la insubordinación de un hijo no trae siempre una catástrofe como ésta cuyo relato doloroso acabáis de leer; no hay duda, sin embargo, de que millares de padres mueren cada año con el corazón quebrantado a causa de la mala conducta de sus hijos o de sus hijas. ¡Cuántas lágrimas amargas hace verter en secreto a sus padres la desobediencia de los hijos! Recordad, mis queridos jóvenes, que vendrá el día cuando tendréis que dar cuenta de cada una de vuestras infracciones al quinto mandamiento. Todas las veces que sintáis impulsos de rebelión e indisciplina, leed de nuevo la triste historia del Sr. Dracy y meditad en ella hasta que tengáis mejores sentimientos.

Hay un solo caso -uno solo- en el cual un niño pueda rehusar obedecer a sus padres: es cuando ellos le ordenen cometer un acto contrario a la voluntad de Dios. Entonces el niño debe recordar estas palabras del apóstol: "Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres".

Rut venció su mal genio

RUT tenía siempre un genio ingobernable. Mi primer recuerdo de ese mal genio es algo confuso, pues han pasado ya muchos años. Habremos tenido entonces las dos unos cinco años de edad. Yo tenía una muñeca negra, de cabello crespo, que le gustaba mucho a Rut. Un día me la pidió con mucha insistencia, pero como yo quería mucho a mi muñeca, me negué a dársela. Entonces Rut se enojó y me tiró una piedra que me hizo una gran herida en la frente, de la cual manó sangre en abundancia, que me corría por la cara.

Rut estaba horrorizada del daño que había hecho. Aún me parece verla tapándose la cara para no ver la sangre que corría. Al oírme llorar, alguien vino en mi auxilio, me lavó la herida y me puso un parche en la frente. Me besaron, me acariciaron y me dieron un caramelo, con lo cual pronto me consolé. Pero sobre todo recuerdo vívidamente el rostro asustado de Rut cuando luego me dijo:

-Yo no pensaba que iba a hacerte mal. No quería lastimarte. La piedra se me escapó de la mano.

Pronto fuimos buenas amigas otra vez. Una piedra arrojada impulsivamente, o una frente lastimada son cosas baladíes en una verdadera amistad de niños. Pero aunque éramos tan amigas, con el transcurso de los años

nos alejamos cada vez más una de otra, y nos vimos con menos frecuencia. Vivimos en diferentes ciudades, asistimos a diferentes colegios y nuestros ideales en la vida fueron también distintos. Sin embargo, de vez en cuando solíamos visitarnos. Y fue en una de mis visitas a su casa cuando la vi otra vez perder el dominio propio. Fue cuando su hermanito volcó descuidadamente una taza de chocolate sobre un hermoso vestido nuevo que ella se había puesto.

Rut era una niña hermosa y lo es aún. Tiene abundante cabellera rubia y los ojos más azules que yo haya visto alguna vez. Su boca parecía el primer capullo de rosa de la primavera; pero aunque era tan hermosa, no hubiera querido ser su hermanito aquel día cuando volcó el chocolate sobre su vestido nuevo. La mirada de aquellos ojos azules se volvió tan dura y fría como el hielo mismo, como hielo a través del cual se ve resplandecer un fuego ardiente. Apretó los labios de esa boca de rosa hasta que parecieron una delgada línea escarlata en su rostro. La vi entonces alzar una mano convulsivamente, y de pronto su hermanito, dando un grito de espanto, salió corriendo de la pieza. Y sin duda tenía bastantes razones para hacerlo.

En el rostro de Rut se dibujó una sonrisa despectiva. Entonces, extendió el brazo y tomando un pocillo de porcelana muy fina lo arrojó con fuerza al suelo, donde se hizo añicos. Yo la miré aturdida, y Rut, avergonzada de sí misma, salió de la pieza, y se encerró en su dormitorio.

Yo me quedé sola en el comedor contemplando los pedazos del pocillo esparcidos por el suelo, y mientras estaba allí de pie, entró en puntillas el hermanito de Rut.

-¿Eso lo hizo Rut? -preguntó, señalando con el dedo los pedazos de porcelana. Y entonces, antes que pudiera responderle, sonrió a manera de disculpa, como suelen



Después de sus ataques de ira, Rut pasaba horas y aun días abatida, con dolor de cabeza y remordimiento; pero no podía dominarse cuando algo volvía a irritarla.

hacerlo a veces los niños-. Rut es generalmente una niña muy buena -agregó-. Sí, es muy amable, pero cuando se enoja es terrible. Grita y llora y tira cuanto halla a mano. Y no le importa dónde lo tira. Es cierto que después se arrepiente, pero parece que no puede dejar de portarse así.

Rut permaneció en su pieza durante casi todo el resto del día. Tenía un fuerte dolor de cabeza. A día siguiente se levantó temprano, y pronto la oí cantar mientras quitaba el polvo de los muebles; pero su rostro estaba todavía pálido y había en sus ojos una expresión de espanto.

Transcurrió el tiempo y ambas nos hicimos señoritas y terminamos nuestros estudios en el colegio. Yo me hallaba ocupada en el mundo de los negocios, en mi trabajo predilecto, cuando cierto día Rut me comunicó que iba a casarse a las pocas semanas. Su novio era del oeste del país, y no hacía mucho que lo trataba. No conocía aún a ninguno de sus futuros parientes, pero me escribió que el

padre de su prometido, que era un cirujano famoso, iba a pasar una semana en la ciudad, y que ella pensaba agasajarle con una cena.

-Pienso ir a la ciudad el día de la comida -me escribó, -y si tú quieres encontrarte conmigo en la estación, iremos juntas. Quisiera estar de regreso antes que llegue el padre de Roberto, pues quiero que tenga la mejor impresión posible de mí.

Fui a la estación a la hora convenida, pero aunque faltaba muy poco para la llegada del tren, no pude ver a Rut por ninguna parte. Yo esperaba nerviosamente, pues recordaba que ella deseaba llegar a casa temprano, para poder hacer una buena impresión en su futuro suegro. Por fin, cuando las puertas de hierro se habían cerrado y el tren estaba por arrancar, apareció Rut corriendo, con la cara encendida y el sombrero ladeado.

-El tren está ya por salir y han cerrado las puertas -le dije.

La estación estaba llena de gente, pero a Rut parecía no importarle. Se dirigió al guarda, que acababa de cerrar las puertas de entrada al andén, y le dijo:

-Déjeme pasar, es necesario que tome este tren. Tengo que pasar.

-Lo siento, señorita; pero sería en contra de los reglamentos dijo el guarda inflexible.

Entonces Rut perdió por completo el dominio propio, tal como le había sucedido cuando me hirió con la piedra y cuando su hermanito dejó caer el chocolate en su vestido.

-¡Odioso!- le dijo al guarda-. ¡Odioso! Usted podría haberme dejado pasar. ¡Odioso!

Golpeó el suelo con el pie y entonces arrojó con toda su fuerza al otro lado de la estación, un paquete que tenía en la mano, el cual dio en un caballero de edad, y cayen-



Después de sus ataques de ira, Rut pasaba horas y aun días abática, con dolor de cabeza y remordimiento; pero no podía dormirse cuando algo volvía a irritarla.

hacerlo a veces los niños-. Rut es generalmente una niña muy buena -agregó-. Sí, es muy amable, pero cuando se enoja es terrible. Grita y llora y tira cuanto halla a mano. Y no le importa dónde lo tira. Es cierto que después se arrepiente, pero parece que no puede dejar de purgarse así.

Rut permaneció en su pieza durante casi todo el resto del día. Tenía un fuerte dolor de cabeza. Al día siguiente se levantó temprano, y pronto la oí cantar mientras quitaba el polvo de los muebles; pero su rostro estaba todavía pálido y había en sus ojos una expresión de espanto.

Transcurrió el tiempo y ambas nos hicimos señoritas y terminamos nuestros estudios en el colegio. Yo me hallaba ocupada en el mundo de los negocios, en mi trabajo predilecto, cuando cierto día Rut me comunicó que iba a casarse a las pocas semanas. Su novio era del oeste del país, y no hacía mucho que lo trataba. No conocía aún a ninguno de sus futuros parientes, pero me escribió que el

padre de su prometido, que era un cirujano famoso, iba a pasar una semana en la ciudad, y que ella pensaba agasajarle con una cena.

-Pienso ir a la ciudad el día de la comida -me escribiste, -y si tú quieres encontrarte conmigo en la estación, iremos juntas. Quisiera estar de regreso antes que llegue el padre de Roberto, pues quiero que tenga la mejor impresión posible de mí.

Fui a la estación a la hora convenida, pero aunque faltaba muy poco para la llegada del tren, no pude ver a Rut por ninguna parte. Yo esperaba nerviosamente, pues recordaba que ella deseaba llegar a casa temprano, para poder hacer una buena impresión en su futuro suegro. Por fin, cuando las puertas de hierro se habían cerrado y el tren estaba por arrancar, apareció Rut corriendo, con la cara encendida y el sombrero ladeado.

-El tren está ya por salir y han cerrado las puertas -le dije.

La estación estaba llena de gente, pero a Rut parecía no importarle. Se dirigió al guarda, que acababa de cerrar las puertas de entrada al andén, y le dijo:

-Déjeme pasar, es necesario que tome este tren. Tengo que pasar.

-Lo siento, señorita; pero sería en contra de los reglamentos -dijo el guarda inflexible.

Entonces Rut perdió por completo el dominio propio, tal como le había sucedido cuando me hirió con la piedra y cuando su hermanito dejó caer el chocolate en su vestido.

-¡Odioso!- le dijo al guarda-. ¡Odioso! Usted podría haberme dejado pasar. ¡Odioso!

Golpeó el suelo con el pie y entonces arrojó con toda su fuerza al otro lado de la estación, un paquete que tenía en la mano, el cual dio en un caballero de edad, y cayen-

do luego a sus pies, se rompió esparciendo pétalos de rosas en todas direcciones.

Formábamos el centro de un risueño gentío. Yo me retiré un poco y me apoyé en una columna, mientras el anciano caballero recogía las rosas y entregaba el paquete a Rut a la vez que le decía:

-Señorita, no sé quién ni qué será usted, pero quiero decirle una cosa. Tiene que dominar ese genio, pues la está perjudicando. Usted no me dañó a mí cuando me arrojó el paquete. No hizo más que causarme desagrado. Pero sí, se perjudicó a sí misma, pues si sigue así perdiendo el dominio propio, terminará sus días en un manicomio. Se lo puedo asegurar, y nadie lo lamentará, pues las personas con un genio como el suyo son un peligro dondequiera se encuentren.

Rut quedó pálida y estupefacta, pues jamás nadie le había hablado así. El grupo de curiosos se había dispersado, y el caballero estaba por seguir hablando cuando un joven de anchos hombros y buena presencia se le acercó por detrás y lo tomó de los hombros.

-Pero, papá -exclamó alegremente-, ¿cómo es que ya conoces a Rut?

Aunque yo nunca había visto al joven, en seguida me di cuenta de que era Roberto, el prometido de Rut.

Tarde aquella noche, después que todos los convidados se hubieron ido, me encaminé a la pieza de Rut. La hallé echada en la cama sollozando; pero al oír mis pasos se sentó y me dijo:

-Nunca más voy a perder el dominio propio. Mañana se lo contaré todo a Roberto. Tal vez y al decir esto su voz temblaba-, ya no querrá casarse con una joven que podría terminar sus días en un manicomio; pero, suceda lo que sucediere, nunca voy a perder el dominio propio.

Y cumplió su palabra. Rut venció precisamente como

otras niñas han vencido cuando han tenido que arrostrar problemas difíciles. Me confesó que a veces le resultó difícil, muy difícil. Tenía que encerrarse en su pieza y hasta morder los barrotes de la cama. A veces se arrodillaba y pedía ayuda a Dios. Pero por dura que fuera la lucha, solía recobrar y comenzaba a entonar en voz baja alguna melodía antes de volver a hablar. Me dijo que mientras cantaba, solía repetir mentalmente las palabras: "Te amenaza el manicomio", y así se calmaba.

Hace poco volví a visitar a Rut en su casa nueva. Su suegro, que la quiere mucho, vive con ellos. Rut misma atiende los quehaceres de su casa, por lo cual después de la cena fui con ella a la cocina y la ayudé a lavar la loza. Roberto vino también, y estaba secando una jarra de cristal tallado, con tapa de plata, cuando, distraído por nuestra conversación, la dejó caer.

Yo retrocedí instintivamente, aguardando la tormenta de ira, pues era uno de los regalos de casamiento de Rut; pero la tormenta no estalló como lo esperara.

-¡Siento mucho lo que he hecho, querida! dijo Roberto todo confundido-. ¡Lo siento de veras!

Pero Rut no le dio tiempo para decir más.

-No te aflijas por eso, Roberto -lo interrumpió en tono cariñoso, -no vale la pena. Compraremos otra igual algún día.

Dominarse equivale a multiplicar las dotes personales. R.I.Cehl.

Los caminos del Señor

A LO LARGO de una playa, en la costa de Inglaterra, entre las ciudades de Norwich y Yarmouth vagaba un padre acompañado de su hijito de cuatro años.

-Tengo hambre -dijo el niño.

-Cállate, desgraciado -le contestó el padre.

-Sí, tengo hambre y me duele el estómago -continuó diciendo el niño.

-¿No te callas, bellaco? ¿Acaso puedo arrancar pan de las piedras y la arena de la playa?

Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo del niño y no dijo nada más, porque el padre le había hablado en tono cruel y sus ojos tenían un brillo extraño.

Caminaron los dos, mudos, uno al lado del otro; el niño con la cabeza inclinada sobre el pecho a fin de ocultar a su padre las lágrimas que brotaban de sus ojos. En el corazón de su padre se agitaban pensamientos tenebrosos. Se esforzaba en vano por mantener el equilibrio, pues, como de costumbre, estaba ebrio, y vacilaba a cada paso.

De repente el niño prorrumpió en gritos; no pudo contenerse más; la violencia que se le había hecho para que soportara el dolor sólo lo había aumentado.

-¡Papá -exclamó-, dame un pedazo de pan!

El trastornado padre, atacado por un acceso de furia y desesperación, tomó al niño, y con toda la fuerza de sus brazos lo arrojó al mar y se alejó rápidamente.

Por una notable coincidencia, que el mundo llama casualidad, como si por una palabra sin sentido se pudiera explicar lo que el cristiano no duda en considerar como una providencia divina, flotaba por allí una tabla. A ella pudo aferrarse el desdichado, quien pronto se alejó de la playa, empujado por el viento y por el movimiento de las olas.

No lejos de la playa estaba anclado un barco de guerra, desde cuya cubierta se vio al niño que, aferrado al frágil destrozo, era impelido en dirección al barco contra el que corría el peligro de chocar. ¿Dejarían acaso que muriera el niño? ¿No habría nadie que se dispusiera a salvarlo? Tales pensamientos apenas tuvieron tiempo de surgir en la mente de los marineros, cuando uno de ellos se lanzó al mar, trayendo, a riesgo de su vida, al niño a bordo, donde fue en seguida interrogado por todos.

-Me llamo Santiago -respondió el niño, pero fuera de eso nada supo decir que pudiese aclarar para los marineros el misterio de la familia a la cual pertenecía. Decidieron, pues, conservarlo a bordo, donde todos lo llamaban "el pobre Santiago".

Como era de temperamento pacífico y dócil, y además de eso muy servicial, no tardó en conquistar la simpatía de todos. Todos lo consideraron un hijo adoptivo, y constituía un motivo de orgullo el impedir que le faltara algo. Después de muchos años de estudio, Santiago obtuvo en uno de los barcos de guerra el puesto de cirujano de la marina real. De la manera más concienzuda desempeñó las funciones de ese cargo durante la larga guerra entre Inglaterra y Francia.

En una ocasión, cuando el navío al cual pertenecía cap-

turó una pequeña embarcación, se trajeron a bordo diversos heridos que fueron confiados al cuidado del cirujano Santiago. Entre ellos había también un anciano, cuyas heridas parecían fatales. No obstante, nuestro concienzudo cirujano le dedicó sus más esmerados cuidados. Todos sus esfuerzos, sin embargo, fueron inútiles.

Sintiendo el anciano que la muerte se acercaba, quiso dar al cirujano una prueba de su gratitud, y solicitándole algunos momentos de atención; le habló así:

-Usted ha usado conmigo de tanta benevolencia, que me siento constreñido a darle el único tesoro que poseo. Y entregándole una Biblia, añadió:- Una señora creyente me regaló este libro que me abrió los ojos a mi miserable condición y me libertó de mis pasiones criminales. En esta Biblia hallé el camino de la salvación, el perdón de mis pecados por Cristo Jesús, dulce paz para mi corazón, que tanto tiempo vivió torturado por remordimientos indecibles, y consuelo en los días de mi infortunio.

El anciano se detuvo. Un triste secreto parecía pesar todavía sobre su alma, pero la vergüenza de confesarlo se trababa en lucha con la necesidad que tenía de desahogarse. Esa lucha, sin embargo, duró apenas unos instantes, después de los cuales comenzó a relatar con voz pausada y grave todos los desórdenes y las impiedades de su vida, refiriendo entre otras cosas cómo había arrojado al mar a un niño de cuatro años, su propio hijo, por haberle pedido de comer.

-¡Oh, Dios! ¿Será esto posible? -exclamó el joven cirujano, cuyos movimientos de asombro crecían a medida que el anciano proseguía su relato-. ¿Sería posible volver a vernos en este mundo? Dígame -continuó, estrechando la mano del anciano-, ¿en qué parte de Inglaterra sucedió eso?

-Entre Norwich y Yarmouth -respondió el anciano;

que no comprendía por qué el joven cirujano se hallaba tan conmovido al hacerle esa pregunta.

-¿Y cuánto tiempo hace que sucedió eso?

-Hace más o menos veintitrés años -respondió el anciano.

-¿Y no se llamaba ese niño Santiago? -interrumpió el cirujano que apenas podía contenerse.

-¡Santiago! ¡Sí, ése era su nombre! -exclamó el anciano con espanto creciente.

-¡Padre mío, bendice a tu hijo! -exclamó el cirujano arrodillándose ante el lecho del moribundo-. Bendice a tu hijo; fue Dios el que nos reunió de nuevo, quien me puso por delante el ejemplo de tu conversión y de tu bendita esperanza.

Largo rato el anciano se mantuvo mudo, sin creer lo que veían sus propios ojos, pensando en la posibilidad de un sueño que sería seguido de un amargo desengaño. Poco a poco, sin embargo, fue reuniendo sus ideas, y pidió al joven oficial que relatase los pormenores que recordaba. Finalmente se convenció de que tenía realmente delante de sí a su hijo, y lágrimas de alegría le inundaron el rostro sobre el que se posaban ya las sombras de la muerte; y, como Simeón, exclamó: "Ahora despide a tu siervo, Señor, ... en paz".

Falleció ese mismo día en los brazos de su hijo, dando gracias a Dios.

Esta coincidencia tan inesperada y admirable hizo tal impresión en el joven cirujano, que después de renunciar a su puesto en la marina, se dedicó a la predicación de la Palabra de Dios, las Sagradas Escrituras.

Los caminos de Dios son a veces muy extraños para nosotros, pero son siempre misericordiosos.

La hija del asesino

LA NIÑA caminaba bajo las ráfagas del viento invernal. Este alternaba con furtivos rayos de sol. Débil y fea, vestía ella desteñidas ropas de algodón, los pies desnudos en zapatos demasiado grandes para sus pies, mientras sus hombros se estremecían bajo un chal deshilachado.

¿Adónde iba? Ni ella misma lo sabía. Había salido sin rumbo, como todos los días, desde que había dejado de ir a la escuela, donde sus compañeras la atormentaban demasiado. Quería irse lejos, simplemente para huir de la casa maldita que todos señalaban con el dedo.

Iba furtivamente, avergonzada de sí misma, deslizándose a ras de las casas siniestras de esa aglomeración de arrabal, tan miserable en aquella época. Cuando notaba que a lo lejos venía alguien por su lado, se corría al otro, a fin de evitar el encuentro.

Sin embargo, precisamente cuando pasaba delante de una taberna de las afueras, una de esas tabernas de aspecto inquietante demasiado numerosas en el país, salió de ella una anciana que parecía una bruja. Iba tambaleándose, apoyándose en un grueso bastón y murmurando cosas ininteligibles. Vio a la niña; entonces su cara odiosa se volvió más odiosa aún, y alzando su bastón, la amenazó gritándole con voz de ebria.

-¡Hija del asesino!

Un poco más lejos, en una vuelta del camino, la niña se halló frente a frente con un niño y dos niñas un poco mayores, frescas como flores con sus delantales, y bien abrigadas con sus tapados; y en ellas reconoció a antiguas compañeras de escuela.

Los tres iban alegremente por la calle, riendo y conversando; tenían en las manos rebanadas de pan y queso que comían con apetito, y que ella miró invirtiendo de soslayo.

El niño se fijó en ella con curiosidad, mientras las niñas tomaron, por el contrario, una actitud de desprecio y tironearon de la manga a su compañerito para alejarlo lo más pronto posible. La mayor dijo bastante fuerte como para ser oída:

-No te acerques. Es Hortensia Boyer.

La otra añadió brutalmente:

-Su padre mató a un hombre.

-¡Oh! --dijo el niño, con la boca y los ojos redondeados por el horror; y con un brusco movimiento de retroceso, dejó toda la anchura de la calle entre él y la réproba.

Esta ya se había alejado, sorda e insensible en apariencia, pero con los hombros un poco más encorvados bajo su chal deshilachado. A los doce años, ¡cuán pesada era su carga!

Caminó hasta que estuvo fuera de la vista de las orgullosas niñas; luego, agobiada, se dejó caer sobre el terraplén que había al lado del camino. Tenía frío; estrechó los pliegues de su vestido en derredor suyo, y rodeando con los brazos sus rodillas, acurrucada para ofrecer menos superficie al viento, permaneció inmóvil, como imagen desoladora de la miseria y el abandono.

¡Pobre niña! Nunca había tenido en su vida un solo día

de felicidad. Sin embargo, su padre era un obrero hábil, y podía ganar buenos jornales. Pero la suya era una historia dolorosa y corriente: bebía licor. Cuando estaba ebrio, no sabía lo que hacía. ¡Cuántas veces había recibido Hortensia malos tratos y golpes! ¡Cuántas veces había tenido que acostarse sin cenar, porque el salario del padre había quedado en la taberna! La mádje, pobre criatura, maltratada ella también, acosada, desmoralizada, no tenía ya valor para atender a los cuatro o cinco hijos que lloraban de hambre; y había renunciado a la lucha...

Pero todo esto no era nada en comparación con los días terribles que iban a seguir. Durante una riña ocurrida después de beber, Boyer causó a uno de sus compañeros heridas que le ocasionaron la muerte. Fue encarcelado, juzgado y condenado a ocho años de reclusión.

Quizás, si la esposa hubiese sido un ama de casa activa, una madre valiente, las cosas habrían ido mejor en la familia; pero no sucedía así; no había sabido hacerse estimar ni amar, y el oprobio con que se rodeaba a la triste familia se hizo aún más general después del crimen. Nadie recordaba que los hijos del asesino eran sus primeras víctimas, y que, como tales, tenían doblemente derecho a caridad y compasión.

Casi desvanecida, Hortensia permanecía allí sobre el terraplén, renovando en su espíritu sus amargos recuerdos, cuando notó cerca de ella una flor de prímula que había crecido entre una alfombra de hojas muertas del invierno casi pasado. Al verla, el rostro se le iluminó y perdió su expresión sombría y triste. Permanecía la niña allí con los ojos fijos en la prímula; sonreía. Muy suavemente alargó la mano y tocó la flor. Ni siquiera quería cortarla, sino que la acariciaba tímida, respetuosamente, como pidiéndole perdón por su audacia. Murmuraba, arrobada: ¡Qué blanca es!

Incapaz hubiera sido Hortensia de expresar sus sentimientos en palabras. Por su naturaleza tímida, su físico poco atrayente y su mutismo huraño, nadie podía sospechar lo que ocurría en ella.

Por un momento, olvidó sus pesares y oprobios; había hallado una amiga que no la rechazaba, que no la despreciaba; le hablaba a media voz creyendo oír la contestar.

De repente un grito agudo, que se prolongaba a través del campo, la arrancó de su ensueño. Se estremeció y palideció.

-¡Oh! -se dijo-, estoy por el lado de la cloaca.

¡La cloaca! Nombre siniestro para los habitantes de Montfaucon. De un barrio horrible que era, había pasado a ser un barrio innoble. Antes poseía el patíbulo, donde según el beneplácito de los reyes de Francia, colgaban y ahorcaban a villanos y grandes señores, culpables e inocentes. Hoy se extendía sobre el territorio de la comuna una represa inmensa e infecta, donde se amontonaban cada día, a beneficio de una fábrica de productos químicos, todas las inmundicias de París; eran esos unos verdaderos abismos pestilenciales, que exhalaban la asfixia y la muerte.

Y era de ahí, sí de ahí, de donde había partido el estridente grito de angustia y espanto. Aún vibraba en los oídos de Hortensia, inmóvil por el susto, cuando se dejó oír otro grito más agudo aún, más terrorífico; luego un trágico silencio... La niña recobró el ánimo; echó a correr con todas sus fuerzas por el atajo que conducía al inmundido depósito. Llegó a la zona infectada, donde la atmósfera se volvía asquerosa; pero eso no la detuvo, siguió corriendo.

Llegó hasta las cloacas llenas de fango y podredumbre, de emanaciones irrespirables, y ¿qué vió allí?

Tres niños, el niño y las condiscípulas que un rato

antes se habían apartado de ella con desprecio. Esta cloaca les había parecido menos repugnante. Sin duda, algún animal muerto, o algún objeto brillante que flotaba en la superficie del fango, los habían atraído. Inclínados, y perdiendo pie en el borde resbaladizo, cayeron arrastrándose uno al otro. Y en el momento en que Hortensia, jadeante, se inclinó sobre la orilla, se hundieron los tres. Ya no podían gritar. Se debatían desesperadamente, tratando en vano de hacer pie, de prenderse de todos esos desechos sin nombre, que se deslizaban entre sus dedos, y las mangas de los delantales rosados se agitaban en angustiosa súplica, a punto de desaparecer para siempre.

Con los cabellos erizados, Hortensia vio el espantoso drama. ¡Oh! si fuese agua limpia, no la asustaría, ¡pero eso! Quisiera alcanzar algún palo largo a los niños, pero no lo encuentra por ninguna parte, y además, es demasiado tarde, están demasiado lejos, no tendrían fuerzas para asirse de él. Van a morir ahogados, asfixiados. ¡Qué horror! He ahí sus caras que se hunden, la boca, la nariz, los ojos que se llenan de esa materia nauseabunda. ¡No, es imposible dejarlos perecer así!

Con un clamor que debe desgarrar el cielo, Hortensia se lanzó al cenagal. Entró en él por completo, se deslizó, cayó, se levantó; cegada y asfixiada, se abrió camino a través del fango helado, de fétidas emanaciones. Alcanzó a los niños, tomó uno al azar y lo trajo a la orilla, se hundió por segunda vez, y sacó otra víctima, y por tercera vez se lanzó a la ciénaga, pero agotadas sus fuerzas, se tambaleó, cayó, y desapareció en el limo que se cerró sobre su presa.

Y cuando llegaron los obreros de la fábrica, que acudieron al oír los gritos, sacaron de la sima negra dos cuerpos estrechamente enlazados bajo la capa infecta que los cubría: era el del tercer niño, desvanecido, y el otro, frío y flácido, de Hortensia Boyer, la hija del asesino.

En la piecita de paredes y cortinas núblicas, la enfermera de bata blanca anda en puntillas; se acerca a la cama, arregla el cobertor, se inclina sobre la enfermita que se agita dominada por la fiebre y el delirio. Se la oye repetir: "¡Oh! ¡qué sucio! ¡qué horror!" Rechaza el fango imaginario que sube, y sube en derredor de ella; se yergue para huir. Pero una hermana de la caridad la toma en sus brazos, la arrulla y le murmura palabras tiernas. Poco a poco Hortensia se calma, permanece tranquila, acaba por dormirse, apaciblemente, con la cabeza apoyada sobre el hombro de su compasiva guardiana.

Más tarde ya no se despierta sobresaltada con gritos de espanto. Permanece inmóvil, dejando errar su mirada vaga sobre los que la rodean. Se siente muy cansada y quebrantada; le parece que no podría mover un dedo; pero es deliciosa la impresión de completa dependencia.

El sol entra por la ventana, atraviesa la pieza como un rayo luminoso, en el cual bailan miríadas de partículas. La niña sigue por un instante su ronda inmaterial como si de ella dependiera su felicidad. Pero, ¿qué es lo que hay a su lado? ¿qué es ese ruidito ligero que percibe cada vez más distinto? Hace un esfuerzo para volver la cabeza, y nota, sentada, tejiendo al lado de su cama, una mujer de rostro dulce, de sonrisa maternal, que desde hace semanas la está velando.

La hermana María ha encontrado su mirada; depone su trabajo, se levanta y se acerca para acariciar la frente húmeda de la niña.

-¿Cómo te va, querida? -le pregunta.

¿Será posible que a ella alguien le hable con tono tan afectuoso? Hortensia, perturbada y arrobada, balbucea:

-Muy bien, pero... hermana, ¿dónde estoy?

-En el hospital...

-¿En el hospital?... ¿Por qué?... ¿Estaba enferma?... ¿Qué tuve?

Tuviste mucha fiebre que nos ha inquietado bastante; pero ya estás mejor y el doctor dice que vas a sanar...

-¡Ah! sí, recuerdo -dice la niña, estremeciéndose de horror-, fue cuando me caí en la cloaca.

-Es decir, cuando te echaste a ella para salvar a tus camaradas -rectifica la hermana-. Fuisté muy valerosa, hijita, ¿no sabías que arriesgabas la vida?

-¡Oh, sí! -le responde suavemente Hortensia-, no pensaba salir viva y tuve mucho miedo. Pero era algo más fuerte que yo, no podía hacer de otra manera.

"¡No podía hacer de otra manera!"; ¡Palabras sublimes de todos los sacrificios, de todos los heroísmos y de todos los martirios! ¡Palabras de los corazones nobles, ilustres u oscuros, fieles a las órdenes de su conciencia, dispuestos a sacrificarlo todo para obedecerla, hasta la vida misma si es necesario! ¡Ojalá sepamos también nosotros oír esa voz de Dios y aprender a cumplir nuestro deber! Que estemos dispuestos a renunciar a nosotros mismos, en las cosas grandes como en las pequeñas, no para ser admirados o recompensados, para obtener honores o fortuna, sino porque no podamos hacer de otra manera.

Hortensia ha estado mucho tiempo entre la vida y la muerte, pero ya está realmente convaleciente. Pasa una o dos horas por día en un sillón provisto de almohadas, cerca de la ventana, desde la cual se ve el jardín del hospital, que se adorna con toda la gracia de la primavera.

Parecería que eso fuera a propósito para ella, y que los árboles, las flores, el cielo azul, quisieran festejar su regreso a la vida. Es extraordinario el cambio que se ha producido. La hermana es tan buena y paciente. El viejo médico endulza su gruesa voz cuando le habla, y bromea para hacerla reír. Y luego, lindas señoras a las cuales no cono-

ce -que patrocinan el hospital, le dice la hermana María-, vienen a verla, le traen láminas y bombones, y la llaman "pequeña heroína". Su madre y dos de sus hermanitos han venido también, pero todos se pusieron a llorar, de manera que la hermana los despidió pronto diciendo: "No hay que causarle demasiadas emociones. Hasta el domingo que viene". Hasta la maestra de la escuela la ha visitado, y ella, que siempre parecía enojada, le habló muy amablemente y le mencionó a las compañeras a quienes había salvado: "Habrían querido venir conmigo, pero las verás el domingo".

¿Qué es lo que sucederá el domingo? La hija del asesino se lo pregunta con curiosidad al notar las miradas y las sonrisas misteriosas de los otros enfermos. Va y viene por la sala, llamada, mimada por todos lados, aunque se asusta fácilmente todavía, pero cobra poco a poco dominio propio en la atmósfera de benevolencia que la rodea; deja que su pobre corazoncito se abra a los primeros efluvios de ternura, como la flor de prímula a los primeros rayos del sol, en aquel día trágico de febrero.

Por fin llega el domingo. La hermana María llama a Hortensia, le pone medias y zapatos nuevos y, suprema elegancia, la viste con un lindo trajecito de lana azul marino, con un pequeño cuello blanco, le peina los cabellos y los ata con un moño, lujo que jamás conocieron. Luego la lleva por los corredores y las escaleras, extraordinariamente desiertas, repitiéndole que no tenga miedo, lo cual la asusta mucho, y tiembla como una hoja -mucho más de lo que temblaba cuando se lanzó al cenagal-, cuando ve abrirse de par en par la puerta del salón de actos.

¡Oh, maravilla! En una profusión de flores, banderas, y guirnaldas, se agolpa una muchedumbre. Todos los enfermos que pueden estar de pie, y todo el personal del hos-

pital y de la escuela, maestros y alumnos, y muchos invitados de Montfaucón, y aun de París.

Cuando entra, centenares de ojos se vuelven hacia ella. Se oyen gritos: "¡Ahí viene! ¡Sí, es ella!" Hay aplausos. El señor director, instalado en un estrado, pide silencio; había preparado un lindo programa, pero no había contado con lo imprevisto. La Sra. Boyer, los hermanitos y hermanitas de Hortensia se precipitan hacia ella; las dos niñas y el muchachito a quienes sacó del lodo acuden, trayéndole magníficos ramos de flores.

-¡Hortensia! -sollozan las rosadas niñas-, tú nos salvaste la vida, a nosotras que habíamos sido tan malas contigo. ¿Podrás alguna vez perdonarnos?

La niña, demasiado conmovida para hablar, no contesta sino pasando su brazo en derredor de su cuello y abrazándolas de todo corazón.

Una vez calmadas las primeras efusiones, Hortensia, entre su madre y la hermana María que le dan la mano, se sienta en el estrado. El señor director pronuncia un discurso que le costó muchas vigiliass; lo termina llamando a la heroína del día para entregarle una cajita forrada de terciopelo, que encierra una bella medalla de honor, en la cual está grabado su nombre.

"Y esto no es todo -dice-; el jefe del estado se ha interesado por tu caso, hija mía. Y de su parte voy a preguntarte: ¿Qué es lo que más deseas por recompensa? Si está en su poder concedértelo lo hará"...

La niña vacila. Sus ojos recorren sorprendidos la concurrencia que espera ansiosamente la respuesta. ¿Qué va a pedir? Agachando un poco la cabeza, ve al pie del estrado el grupo de su madre y sus hermanitos que en esa sociedad brillante están fuera de ambiente, ellos los parias, los réprobos. Entonces decide:

-¡Oh, Sr. director! -dice con voz clara que se oye por

toda la asamblea silenciosa-, si nos quisieran devolver a papá. Es muy malo cuando se embriaga, es cierto, pero tal vez el castigo le haya servido, y si se lo dejase volver con nosotros se corregiría y no bebería más... Nosotros no podemos estar contentos mientras él esté en la cárcel, sin nadie que lo quiera. Devuélvanoslo, seríamos tan felices.

Junta las manos en un ruego ardiente, y su voz se ahoga en un sollozo...

Esta vez todos los ojos se humedecen, y el director no trata de ocultar la gruesa lágrima que corre por su rostro, mientras responde:

-¡Noble niña! No sólo eres capaz de una acción valerosa; sino que nos das a todos el ejemplo de los más hermosos sentimientos. Transmitiré tu petición... Espera.

Algún tiempo más tarde, el preso, indultado del resto de su condena, volvía al hogar, y sostenido por la simpatía que para él había conquistado su hija, comenzó una nueva vida de trabajo, de rectitud y de sobriedad, que iba a devolver la felicidad y el gozo a la pobre familia.

Las virtudes de la niña habían rescatado al padre del vicio y el crimen.

-I. Pitrois.

No se puede olvidar a la gente que se olvida de sí misma.

Por amor a Cristo

,AL DIRIGIRME a la puerta para ver -quién golpeaba me encontré con un vagabundo. Como nunca había simpatizado con esa clase de gente, nunca la traté con amabilidad. Naturalmente, pedía de comer, y le contesté que iba a traerle algo, pero no lo invité a pasar. Al entrar para traerle alguna cosa, pensé para mis adentros: "Voy a darle el budín que ya no está muy fresco y un pedazo de pan de ayer; fue una suerte que no se lo di a las gallinas, como había pensado hacerlo". Entonces me vinieron a la mente las siguientes palabras de la Biblia: "A Jehová empresta el que da al pobre, y él le dará su paga". En un instante comprendí la bajeza de la acción que iba a realizar. Recordé entonces la larga lista de actos semejantes que había practicado y que los ángeles ciertamente habían anotado en los libros del cielo. El Señor "pagará a cada uno conforme a sus obras".

¡Oh, qué tesoro estaba amontonando yo en el cielo!

Este pensamiento me impresionó de tal manera que comencé a temblar, hasta que casi no podía quedar de pie. Volviendo a la puerta, invité al extraño a entrar y a calentarse junto a la estufa de la sala, porque hacía frío. Observé, entonces, que sus zapatos estaban rotos y que su sobretodo daba muestras de mucho uso. Llamando a

mi marido, le dije:

-Juan, si tienes aquí un par de medias y un par de zapatos que ya no uses y que tal vez puedan servirle, te ruego que se los des.

-Pero, Amanda, ¿qué es eso? -contestó mi marido-. Pensaba que aborrecías a los vagabundos, y ahora...

-Hazme este favor, Juan, hazlo por amor a mí.

Entretanto yo había servido un plato de excelente sopa y lo puse en la mesa juntamente con otras cosas que teníamos en casa, y lo invité a cenar. El, sin embargo, me contestó:

-Señora, no acostumbro sentarme junto a una mesa tan limpia como ésta, y le ruego que me permita lavarme primero.

Habiéndose lavado y alisado el enmarañado cabello, se sentó a la mesa para comer lo que le había preparado. Observé, entonces, que una lágrima se deslizaba por su cara y tuve que darme vuelta para ocultar las mías.

Al terminar de comer, me agradeció profundamente, y se iba a despedir, cuando se presentó mi esposo y le dijo:

-Tengo aquí un sobretodo que deseo que lleve, porque hace frío y puede necesitarlo.

Después de haber agradecido una vez más, preguntó conmovido:

-¿Por qué tratan así a un vagabundo?

A lo que respondí:

-Es por amor a Cristo.,,

Entonces continuó y dijo:

-Ustedes son los primeros cristianos que he encontrado desde que falleció mi esposa. Ella era un ángel, y ¡cuánto orgullo tenía yo de mis dos hijitos! También mi madre era una mujer cristiana, que nunca dejó de orar por su hijo. Cuando ella falleció, me entregué a la bebida, y ustedes pueden imaginarse el resto. Mi mujer murió de

pesar y me quitaron mis dos hijos. Me convertí entonces en el vagabundo que ustedes ven, y comencé a odiar a los que asistían a las iglesias, porque no me trataban mejor que los otros. Hoy, sin embargo, estoy convencido de que hay todavía verdaderos cristianos en el mundo, y ¡oh, cuánto quisiera yo también ser cristiano! Por ventura, ¿podría yo, que soy tan gran pecador, ser perdonado?

-Sí -exclamé-, Jesucristo vino al Mundo para salvar a los pecadores.

-¡Entonces vino para salvarme a mí! -respondió el extraño-, y por la gracia de Dios voy a comenzar una vida nueva.

Antes que se fuera, oramos juntos, y puedo decir que nunca en mi vida sentí una paz tan profunda como desde aquel [momento](#). [A. L. de R.](#)

El pobre tío Silas

JAMAS olvidaré aquella tarde en que mi padre nos miró con pesar, a mis hermanos y a mí. Habíamos estado discutiendo con gran animación cómo nos íbamos a vestir, en una noche oscura, para simular apariciones de espíritus, y asustar a un compañero un tanto miedoso.

-¡Será verdaderamente gracioso, muchachos, les aseguro! -dije yo regocijándome ante la idea.

-Muy gracioso para ti, Enrique; pero, ¿y para él? -preguntó una voz grave y reprobativa; y alzando la vista, vi a mi padre con una penosa expresión en su rostro.

¡Era una idea nueva! Sería divertido para nosotros, sí; pero, ¿qué sería para él, un pobre e inofensivo muchacho, a quien nosotros estábamos proyectando asustar tan cruelmente?

No habíamos pensado absolutamente nada en esa fase del asunto. Los chicos, y en verdad los hombres también, nos inclinamos a considerar únicamente un lado de las cosas; el que más nos conviene.

Nuestro padre quedó pensativo por un momento; luego, llamándonos, entró en la sala y se sentó.

-Hijos míos -dijo-, veo que ha llegado el momento de contarles una historia de tiempos pasados, de cuando yo era muchacho, tan lleno de vida y alegría que, como

les pasa a ustedes ahora, no se me ocurría que aquello que para mí era diversión, pudiera ser precisamente lo contrario para alguna otra persona.

Calló por un momento, y una sombra de dolor pasó por su semblante, expresión que le notara muchas veces, y que aprendí a relacionar con cierto hombre que vivía en una choza cerca de nuestra casa.

Ese hombre era alto y fuerte, y más o menos de la edad de nuestro padre. Pero ¡ay!, había perdido para siempre la luz de su vida, la razón; era manso e inofensivo, y por lo general alegre y juguetón, pero había ocasiones en que caía al suelo lleno de terror, profiriendo gritos salvajes contra los espíritus -decía él-, que lo querían agarrar.

Mi padre visitaba a menudo a ese pobre hombre, "el pobre tío Silas", como nosotros los chicos le llamábamos. Algunas veces yo le acompañaba. Nunca iba con las manos vacías, sino que le llevaba siempre algún regalo - un libro con figuras, caramelos, galletas o algún juguete; y era en esas ocasiones cuando yo notaba aquella dolorosa y triste expresión en el semblante, por lo general alegre, de mi padre, expresión que permanecía, como una nube, mucho tiempo después de volvernos a casa. Yo sabía además que era él, con la ayuda del tío Juan, el que pagaba el alquiler de la choza del pobre hombre, lo vestían y pagaban a una anciana para que lo cuidara.

Y eso me causaba no poca perplejidad, pues sabía perfectamente que "el tío Silas" no tenía parentesco alguno con nuestra familia, y que el dinero que se gastaba en su sostén a duras penas se podía conseguir.

Mi padre prometió muchas veces contarnos la historia cuando llegase el "momento oportuno", y por lo visto ese momento había llegado, pues sus primeras palabras mencionaron al "tío Silas".

-Hijos míos -dijo él-, les contaré ahora la historia

del "tío Silas". Cuando la hayan oído comprenderán la razón por la cual considero mi deber contársela a ustedes precisamente en esta ocasión. Daría diez años de mi vida para no tener que contar tal historia. Pero es mi cruz, y yo mismo me la cargué, de modo que debo llevarla pacientemente como castigo.

"Cuando yo era muchacho, había entre mis compañeros de escuela un niño muy inteligente, buen alumno, pero de temperamento muy nervioso y tímido. Su madre era una pobre mujer que trabajaba arduamente para ganarse la vida, y su mayor ambición era ver que su hijo hiciera carrera en la vida.

"Todos queríamos a Silas, pues era muy dócil; pero al mismo tiempo nos gustaba abusar de su buen carácter y de su timidez, y estábamos constantemente haciéndolo víctima de nuestras travesuras.

"Su madre era irlandesa, una de esas mujeres llenas de supersticiones extrañas. Nada le parecía demasiado maravilloso para poder creerlo, y Silas había heredado gran parte de esa tendencia supersticiosa.

"Nosotros, los muchachos, pronto descubrimos su debilidad, y nada nos divertía más que, al salir del colegio por la tarde, sentarnos en los escalones del edificio de la escuela, tratando cada uno de superar al otro en inventar cuentos, a cuál más fantástico y extraño, de espíritus, ladrones y asesinos. Silas, por lo general, se quedaba para oírnos, con sus ojos azules casi saltándole de las órbitas, el rostro a veces pálido y otras colorado, y de tal manera excitado que por cualquier ruido, como el producido al cerrar una puerta o al arrastrar los pies en el suelo, se sobresaltaba.

"Cierta tarde nos entretuvimos en nuestro pasatiempo favorito hasta que, ya puesto el sol, las sombras descendieron suavemente sobre los campos circundantes.

"-¡Oh!, ¿qué haré ahora? -dijo Silas mirando atemorizado en derredor suyo-. Todavía tengo que ir a casa del hacendado González, y habrá oscurecido antes que regrese.

-¿A casa del hacendado González? -exclamé yo, guiñando un ojo a los otros-. Así que tú tienes que cruzar el puente viejo. Dicen que el espíritu de su mujer, que se ahogó allí, visita ese lugar durante la noche; aunque creo que es solamente en el aniversario de su muerte. Y, a propósito, ¿qué fecha es hoy?

"-Es diez -me respondieron.

"Dejé escapar un corto silbido de sorpresa y miré fijamente a Silas.

"-Entonces estoy contento de no tener que pasar por ese lugar esta noche -dije con voz lo suficientemente fuerte como para que él me oyese, como yo quería.

"-¿Qué dices? -balbuceó él, quedándose blanco como una sábana-. Es...?

"-Sí, así es, ya que lo quieres saber. Pero no tengas miedo. Yo no creo absolutamente nada de ese cuento. ¿Quién ha oído alguna vez hablar de un espíritu con costillas de fuego, y con manchas de fuego por el rostro? ¡Bah!, son invenciones.

"Pero el pobre Silas estaba cabalmente alarmado; lo cual era precisamente lo que me proponía, y su terror me parecía una excelente diversión, o mejor dicho, el principio de una excelente diversión, pues formaba parte de un plan del cual esto era el preludeo.

"Mientras Silas vacilaba, titubeando entre el temor de encontrarse con el espíritu y la seguridad de una paliza si no iba a hacer el mandado, llamé aparte a mi hermano Juan, y le comuniqué mi plan, que decidimos mantener secreto.

Como resultado, Juan se ofreció a acompañar a Silas a

hacer el mandado, cosa que el pobre Silas aceptó con todo agradecimiento. Así que emprendieron viaje mientras los demás muchachos se marchaban a sus casas.

"Inventé un pretexto cualquiera para volver atrás antes de llegar a casa, y fui a toda carrera a la farmacia, donde compré un poco de fósforo; me fui entonces a casa, conseguí una sábana, y logré escabullirme nuevamente.

"Pronto me encontré en el puente y, escondido detrás de unos arbustos, me puse a dibujar con el fósforo en mi saco negro las costillas de un esqueleto, las que se destacaban sorprendentemente -los trazos luminosos brillaban distintamente en la oscuridad, pues ya había anochecido por completo. Me puse entonces parte del fósforo en las manos y en la cara; me até luego la sábana a la cintura, dejando que una parte se arrastrara detrás de mí.

Así preparado me coloqué a algunos metros del puente, por donde los muchachos debían pasar a su regreso.

"Pronto oí la voz de Silas que decía:

"-¡Oh! Juan, ¡tengo miedo!, ¡tengo mucho miedo!

"-Tonterías -respondió mi hermano.

-¿Un espíritu? ¡Qué ocurrencia! Me gustaría ver uno.

"-¡Oh!, no digas eso. ¡Oh! ¡0... o... h!

"Un grito como aquél, de tan intenso e indecible terror, quiera el cielo que nunca vuelva a sentirlo en mi vida. Y al proferirlo, Silas cayó al suelo como muerto. Juan, según habíamos convenido, gritó también, y empezó a correr, como si estuviese terriblemente asustado. Silas quedó allí unos instantes, y mi corazón se estremeció. ¿Estaría muerto? ¿Lo habría asesinado? No, hijos míos, no le había hecho ese favor.

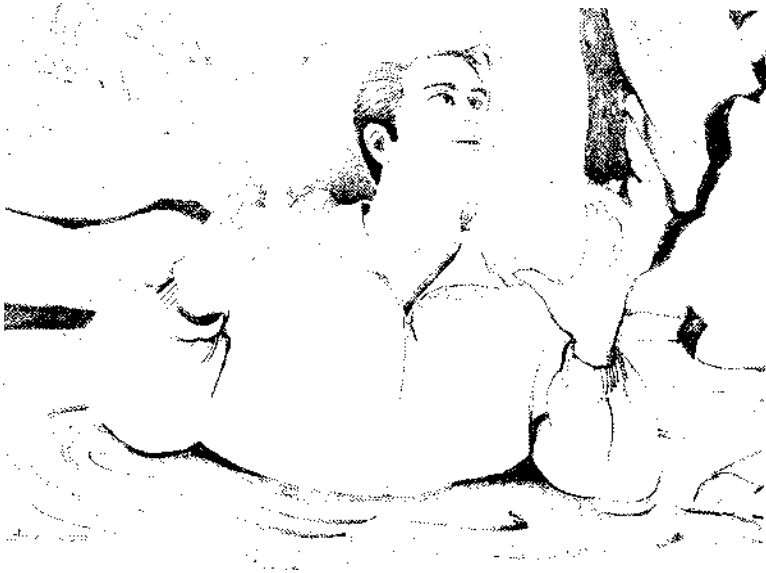
"Silas volvió a levantarse y, dando gritos y gritos, se precipitó hacia el puente. Viendo entonces el terrible efecto que había producido, pensé que la broma había ido demasiado lejos; y me puse a correr detrás de él, llamán-

dolo y diciéndole que había sido una broma y que no había ningún espíritu.

"Pero él no me oía, sino que seguía corriendo y gritando hasta que llegó al puente, y allí, para espanto mío, de un salto pasó la baranda y fue a caer en medio del barro y el agua que había abajo.

"Juan volvió entonces y quitándome la sábana que tenía atada a la cintura, corrimos los dos hacia donde estaba Silas. Había más barro que agua, eso lo sabíamos, pero por la fuerza de la caída se había enterrado en el lodo hasta que sólo sobresalían los hombros y la cabeza; y para aumentar nuestro terror, notábamos que se iba hundiendo cada vez más.

"Sigo teníamos que hacer y eso con urgencia, de lo contrario lo veríamos enterrarse vivo. Había por allí unas pesadas tablas, las que conseguimos arrastrar hasta donde



"Algo teníamos que hacer y con urgencia, de lo contrario lo veríamos enterrarse vivo".

se hallaba el pobre Silas hundiéndose y gritando siempre: '¡El espíritu!, ¡el espíritu!, ¡el espíritu!'

"Cómo lo sacamos de ese pantano, con nuestras fuerzas de muchachos, no lo puedo comprender, pero fuese como fuese, lo sacamos y lo llevamos a casa, a pesar de que se nos escapó varias veces gritando: '¡El espíritu!'

"Por muchas semanas después de esto, estuvo mi V enfermo, y cuando finalmente su cuerpo recobró la salud, los médicos declararon que nunca más volvería a tener uso de razón.

"Mientras su pobre madre vivió, tío Juan y yo le ayudamos a cuidarlo, y desde que ella murió, hace ya muchos años, nos hemos encargado enteramente de la víctima de nuestra cruel 'jugada', aunque el pecado fue más mío que de mi hermano, pues fui yo quien ideó la broma.

"Hijos míos, aquel momento de irreflexivo 'placer' ha entristecido toda mi vida y arrojado una sombra sobre mis momentos más dichosos".

Mi padre terminó así su historia, y se quedó observando nuestros desolados rostros, mientras murmurábamos en tono de infinita compasión:

-¡Pobre tío Silas!

-Bien, hijos míos -dijo él después de algunos momentos-, estoy esperando que me cuenten esa graciosa broma que ustedes quieren jugarle a Arturo.

Bajamos la cabeza en silencio, y él sonrió.

-¡Oh!, yo sé que ustedes comprenden por qué les conté mi triste historia hoy Aprendan la lección que ella encierra. Y ahora, hijos míos, sé que puedo confiar en ustedes; pero para que nunca se olviden, quiero que cada uno ponga su mano sobre este Sagrado Libro, y recordando que nuestro Padre celestial nos oye, prometan todos no permitirse nunca una diversión que pueda ofender o hacer desgraciado a uno de sus semejantes.

Una herencia de honor

EL METALICO toque del despertador sonó en la oscura piecita, y no dejó de tener su efecto, interrumpiendo el apacible y profundo sueño que siempre le parecía más grato a Martín en las oscuras horas que precedían al amanecer.

Reprimiendo un bostezo en medio de su escalofrío, saltó de la cama y cubrió con su mano la campanilla, mientras dirigía una mirada recelosa a la puerta que estaba frente a su cama.

-Por favor, Martín, ¿qué bulla es ésa? -gruñó una voz ronca-. Es un disparate levantarse tan temprano. Déjalos que esperen sus diarios, o si no, deja tú ese trabajo. Supongo que no estás aún a punto de morirte de necesidad.

-Siento mucho haberte molestado, tío -repuso Martín, mientras se prendía los tiradores y salía corriendo por el corredor sin hacer ruido.

Debido a que Martín dependía de su tío, como éste mismo lo expresara llanamente, siempre se le pedía que hiciera todos los trabajos que los demás miembros de esa familia, más bien acomodada, rehusaban hacer, y la noticia de su decisión de trabajar como repartidor de diarios

había sido acogida con una explosión de objeciones desagradables. Pero Martín poseía cierta determinación de carácter que no le dejaba volverse atrás por el solo hecho de que se le presentaran algunas dificultades. No había descuidado sus estudios por causa de ese trabajo matutino; por el contrario, había recibido mejores notas que varios de sus compañeros de clase.

-Tengo intenciones de ser reportero un día, y quiero familiarizarme con el trabajo -había declarado a uno de ellos, José Benet, su amigo más íntimo-. Yo creo que si deseamos algo, tenemos que hacer también algo por conseguirlo, así que y Martín hizo una pausa para sonreír-, estoy empezando.

-¡Reportero! -repitió José en tono burlón-. ¿No sabes que esos empleos se dan siempre a los parientes o amigos del jefe? ¿Tú piensas que el *Aguila de la Mañana* va a llamar a un repartidor de diarios para ofrecerle un empleo? ¡No sé en qué estás pensando, Martín!

-Pues yo quiero familiarizarme con todo lo relacionado con el oficio, y voy a trabajar donde pueda por lo menos sentir el olor a la tinta de la imprenta. ¿Cómo puedes hablar así, José? Muchos hombres han llegado a ser grandes autores después de haber trabajado como reporteros. David Graham Phillips trabajó una vez en la imprenta de un diario.

-Sí, pero no he oído jamás que fuera repartidor de diarios. Ese trabajo no te permitirá entrar en la sociedad literaria de nuestra clase. Me temo que no tengas mucha ambición.

Martín se detuvo en la despensa para sacar un bollo de pan que había de sostenerlo hasta que tomara el desayuno a las 8:30, y se preguntaba si a la verdad no estaba obrando insensatamente. Sentía apetito y hubiera preferido algo más sólido, pero la cocinera no tenía muy buen

genio y siempre amenazaba con irse si alguien se inmiscuía en sus dominios, por lo que Martín no se animaba a entrar en la cocina para prepararse algo caliente.

Una ráfaga de nieve le dio en la cara al abrir la puerta, pues afuera el viento rugía fieramente. Pero Martín tenía que abrirse paso en la vida, y le parecía que debía decidir de una vez lo que deseaba hacer, trazar su camino y luego seguirlo firmemente.

Como de costumbre, ese día fue el primer canillita en retirar sus diarios y en emprender el reparto. Esa tarea le llevó hasta las afueras del pueblo, donde se hundía casi hasta la rodilla en la nieve al romper con sus fuertes botas la costra helada, y su rostro se oscureció de disgusto cuando descubrió, de repente, que llevaba un diario de menos. La Srta. Natalia Debrey era su último cliente, y era conocida en todo Rivertown por su carácter agrio y poco razonable. Su casita estaba cercada, y pobre del muchacho que se aventurara a dejar el portoncito abierto. El cerrojo estaba viejo y gastado, y los muchachos que habían atendido ese mismo reparto anteriormente, tan sólo se habían reído ante el torrente de insultos con que ella los obsequiaba al verlos escapar.

"Ruín como la vieja Natalia", era un dicho común en el pueblo. No obstante, una vez ella salvó a Tom de que lo atacaran otros perros. Tom, el perro de Martín, había muerto ya, pero su joven amo no lo había olvidado, y siempre anhelaba el día en que pudiera ser independiente para tener otro perro.

-Ella no ha de querer que regrese a buscar su diario en una ventisca como ésta -reflexionó Martín, contemplando la carretera cubierta de nieve que se extendía entre él y la casa de la Srta. Natalia. Las calles parecían grises ahora, pues la luz luchaba por penetrar las pesadas nubes que se deslizaban rápidamente por el cielo inver-

nal, y las luces eléctricas titilaban en algunas de las casas-. Podría buscar otro Aguila en la imprenta y llevárselo al mediodía. Sin duda ella estará ocupada arreglando su casa por la mañana. Así discurría mentalmente Martín. Los otros muchachos no hubieran vacilado siquiera, y él sabía que ninguno se habría tomado la molestia de hacer el trayecto de nuevo, y menos por la Srta. Natalia.

Mientras pasaba frente a una casa, un hombre salió de ella y Martín percibió un apetitoso olor a comida, que le hizo recordar el delicioso desayuno que le esperaba en casa. La cocinera nunca le mantenía las cosas calientes si él llegaba tarde, porque ella participaba de la opinión de la familia de que Martín era un tonto al trabajar sin necesidad. Habría panqueques untados con rica miel y... Martín se dio vuelta con decisión. No era culpa suya que le faltara un diario; él lo hubiera entregado, de haberlo tenido. El dueño de la imprenta tan sólo se sonreiría si la Srta. Natalia llegaba a quejarse. Al fin, no era probable que el jefe de la oficina del Aguila supiera que Martín Laines era repartidor, y su oportunidad de llegar a ser reportero estaba aun muy lejana. El olor a tinta que despedía su bolsa vacía no ejercía en esos momentos mucha fascinación sobre él.

Mientras proseguía su camino con las manos en los bolsillos, Martín vio a una anciana que atisbaba a través de los vidrios de una ventana. Ella le recordó a su abuelita y lo que ésta había dicho una vez en momentos de acerbo pesar: "La vida es sólo un día a la vez; si uno puede proseguir hoy, puede hacerlo también mañana".

La Sra. de Laines había sido rica y muy respetada en la sociedad; una persona muy diferente de lo que era la vieja y regañona Srta. Natalia. Hasta el perezoso Samuel hubiera vuelto para llevarle su diario, pues la Sra. Laines

vivía en la calle principal, donde había aceras amplias y abundancia de luz. Martín se detuvo en sus cavilaciones y levantó la cabeza. Un diario era quizás una cosa de poca importancia en la vida, pero él se había propuesto emprender debidamente el camino que lo llevaría a alcanzar su blanco, y apresurándose, pronto estuvo en la imprenta, donde reclamó su diario y emprendió de nuevo la marcha hacia la casa de la Srta. Natalia.

-No te atrevas a poner los pies en' el vestíbulo -le gritó la Srta. Natalia, observándolo con mirada ceñuda mientras se aproximaba-. Ya estaba por telefonar a la imprenta que no me habías traído mi diario.

Martín se mordió los labios para no darle una respuesta descortés. Tenía frío y hambre; estaba seguro de que al regresar tarde a su casa le darían una buena reprimenda.

-Tendré que hacer frente a una verdadera ventisca-, musitó Martín mientras se volvía en dirección al pueblo y se alzaba el cuello del saco. El viento le azotaba la espalda y se le metía a través de la gorra. De repente se detuvo para contemplar un gran edificio que se elevaba como a una cuadra de la casita de la Srta. Natalia. Era el asilo de pobres, y en su ala norte se veía un extraño resplandor rojizo, que se intensificaba con increíble rapidez. Girando sobre sus talones, Martín se aventuró a entrar en el pequeño vestíbulo, y sin hacer caso de las protestas de la Srta. Natalia, penetró en su comedorcito, donde sabía que encontraría el teléfono.

-¡Un incendio en el asilo! -gritó cuando la señorita de la central le contestó medio dormida-. Dé la alarma en seguida... tendrán que ir a socorrerlos. Habla con Martín Laines -respondió con impaciencia.

La caldera de la calefacción del edificio estaba en el ala norte, y un caño demasiado caliente había prendido fuego a una viga. No había nadie levantado aún, y Martín

tuvo que romper un vidrio para poder entrar y anunciar el peligro a los asilados.

Los bomberos llegaron precisamente en el momento en que Martín sacaba a un hombre postrado en cama, y la obra de salvamento se realizó tan bien que ninguna vida se perdió.

La institución sufrió bastantes perjuicios; sus asilados fueron transportados a varias casas del pueblo. La primera que se llenó fue la de la Srta. Natalia.

Esa noche un caballero distinguido llamó a la puerta de la casa de Martín.

-He sabido que fuiste tú el que descubrió el incendio, debido a que tuviste que volver para entregar un Aguila de la Mañana que te faltaba para la última casa de tu recorrido -le dijo cortés y amablemente a Martín.

-Sí, es cierto. No se veía el fuego cuando pasé por allí la primera vez. Si así hubiera sido, habríamos podido salvar el edificio -repuso el muchacho con un dejo de pesar.

-Y si tú hubieras dejado a tu último cliente sin su diario se hubieran perdido vidas -añadió el visitante.

Martín Laines no dijo nada. No le parecía, a la verdad, que le quedaba nada que decir. Sabía que era un muchacho afortunado por pertenecer a una familia que poseía altos ideales. Si los suyos no le hubieran inculcado los principios de una herencia de honor, puede ser que no hubiera regresado para cumplir su deber con respecto a la Srta. Natalia.

-¿Cómo es que se te ocurrió telefonar antes de ir a investigar el caso?

-Me di cuenta en seguida de que se trataba de un incendio -repuso Martín sencillamente, volviendo de sus cavilaciones-. Yo no hubiera podido hacer nada solo en medio de ese viento terrible. No había oído el pito de la sirena y sabía que no había un instante que perder.

-La Srta. Debrey me contó que ella trató de impedirte la entrada porque tenías los botines llenos de nieve; me dijo que hasta te había regañado.

El rostro pecoso de Martín se iluminó con una sonrisa mientras respondía:

-Sí, ella estaba un poquito enojada, pero estoy seguro de que no reflexionaba en lo que; decía, pobre Srta. Natalia. Usted comprenderá, señor, que yo tenía que dar el aviso y hacerlo en seguida.

-Yo soy Ricardo Greer. ¿Me conoces?

Martín lo miró casi con reverencia.

-El dueño del *Aguila de la Mañana* -dijo con voz ronca, casi en un susurro.

--Sí, y también el fundador de ese asilo. Te has portado como un hombre, Martín, al procurar cumplir con tu deber en cuanto advertiste la gravedad del caso, y yo creo y sus ojos observaban atentamente el rostro desconcertado del muchacho que tenía ante sí- que tienes todas las cualidades para llegar a ser con el tiempo un excelente reportero. ¿Aceptarías un empleo en la imprenta cuando terminen las clases?

La solterona

ENRIQUE, eres un gran artista, no hay duda. Este es el fiel retrato de la solterona Srta. Pepa. Pero no lo vas a mandar, ¿verdad?

-¿Que no lo voy a mandar? Claro que sí. Le vamos a pagar a la amable Srta. Pepa su mal genio de estos últimos días. Podrá al fin verse ella misma tal como otros la ven, toda enojada, vieja y fea como es. Federico ha escrito, además, algunos versos satíricos para mandárselos también.

Al día siguiente, cuando acabaron de cenar y se encendieron las lámparas, pidieron que el padre les contara una historia. El Sr. Lima accedió, y empezó así:

-Creo que sucedió en el mes de marzo, en una noche fría y borrascosa. Papá había tenido que ausentarse repentinamente de la casa, y mamá estaba convaleciente de una larga y grave enfermedad. ¡Qué bien me acuerdo de la partida de papá aquel día! Quise ir con él, como siempre, pues yo era el hijo menor y su predilecto; pero esta vez no hubo caso: papá tenía gran prisa y no podía atenderme.

"Amanda -dijo él, dirigiéndose a una vieja morena, que era la sirvienta de mamá-, cuida bien a tu patrona y no permitas que estos chicos la molesten. Y ustedes, Pepa

-dirigiéndose a la joven niñera de mejillas rosadas-, dejo a los niñitos en sus manos, y estoy seguro de que estarán bien cuidados. Adiós a todos y en un momento papá estaba en la verja.

Al llegar la noche, la casa nos parecía muy solitaria sin papá; y el silbido del viento afuera, mientras estábamos sentados alrededor del fuego, no nos parecía tan agradable como de costumbre. Cuando dieron las ocho, pedirnos que nos dejaran quedar sentados un rato más; pero Pepa conocía demasiado bien los deseos de papá en este respecto, para permitirnos quedar, aunque ella lo hubiera querido. El tío Timoteo Árnaldo había venido para pasar la noche con Jorge, mi compañero de dormitorio; así que se decidió que yo durmiera solo, en un cuartito a la entrada de la escalera, al que llamábamos generalmente el 'dormitorio del vestíbulo'.

"Cuánto dormí esa noche, no lo sé. Puede ser que hayan sido momentos, o tal vez horas; pero me despertó súbitamente un ruido producido por la caída de algún cuerpo pesado, acompañado de un grito. En mi aturdimiento, mis oídos parecieron llenarse de un ruido crepitante e impetuoso, muy diferente del rugido del viento. Mi cuarto se iluminó de tal modo que podían distinguirse bien todos los objetos. Lo primero que experimenté fue miedo; pero luego tuve el convencimiento de que había amanecido, y saltando de la cama empecé a vestirme. En eso, súbitamente una cantidad de humo penetró en mi cuarto, ahogándome y aturdiéndome de tal manera que caí al suelo en estado inconsciente.

-¿Se había incendiado la casa, papá? preguntó Carlitos con ansiedad.

-Sí, hijitos, la casa se había incendiado. Era de madera y tan vieja y reseca que ardía como papel. El viento que soplaba chillando entre los aleros y las chimeneas de las

casas, avivaba la loca furia de las llamas, y contribuía a apresurar su obra destructora.

"Las sirvientas corrían de cuarto en cuarto, presas de terror, arrastrando de sus camas a los niños que dormían, y llevándolos a un lugar seguro. Mi pobre madre enferma, en su debilidad, se retorció las manos en agonía y rogaba que la dejaran hasta que cada niño hubiera sido llevado a un lugar seguro y alejado de la casa incendiada; y solamente cuando estuvo segura de que sus hijos estaban salvos, consintió en ser llevada por manos caritativas que habían venido a rescatarla.

"-Todos están bien, Sra. Lima; cada uno de ellos -dijo un bondadoso agricultor que había ayudado a sacarla-. Son siete, cuatro niños y tres niñas. Mi esposa y yo los contamos.

"Los niños habían sido contados una docena de veces por lo menos, pero Pepa, para estar completamente segura y no tener dudas, empezó a contarlos una vez más: 'Tomás, Ricardo, ¿están aquí? ¿Y dónde está... oh, dónde está Jaime?' Pepa empezó a exclamar, mientras se dirigía a la casa incendiada. '¡Socorro, socorro, Jaime está en el dormitorio del vestíbulo! ¿Quién quiere salvarlo?'

"Dos o tres hombres se adelantaron para salvarlo, pero retrocedieron espantados, y acordándose de sus esposas e hijos, rehusaron lanzarse al peligro.

"¿Nadie quiere ir? ¿Nadie quiere salvar a mi Jaime? -exclamaba la pobre joven, retorciéndose las manos. ¡Jaime, Jaimito querido, a quien dejaron a mi cuidado!' Luego, arropándose con una frazada, la heroica joven eludió las manos de los que querían impedirle avanzar hacia lo que parecía destrucción segura, penetró en la casa, subió corriendo la escalera que ardía, entró en el cuarto donde yo yacía, y en menos tiempo del que empleo en contarle, había alzado mi cuerpo inconsciente, me había

envuelto con la frazada, y bajado las escaleras ardientes para llegar adonde había aire respirable. En ese preciso momento la escalera se derrumbaba estrepitosamente.

"No faltó quienes la aliviaran de mi peso, ni manos ávidas que le arrebataran la ardiente frazada que llevaba puesta. Pero el esfuerzo había sido demasiado grande para sus escasas fuerzas; y además, quemada por el fuego, y aturdida por el humo, apenas había traspuesto el umbral cayó de cabeza, se golpeó la cara sobre un raspador de hierro y recibió así una horrible herida".

-¿Se hizo mucho daño, papá? -preguntó Rosita, con los ojos llenos de lágrimas.

-Sí, querida, Pepa se hizo gráve daño. Tuvo que pasar muchos meses antes que estuviera sana de esa herida, de sus quemaduras y del terrible ataque nervioso que sufrió. Verdaderamente, jamás volvió a parecer la joven alegre y jovial que había sido antes.

-Seguramente abuelito la habrá recompensado como lo merecía-, dijo Enrique.

-No era fácil hacerlo -respondió el Sr. Lima-, pues ella nos había prestado servicios que el dinero no podía pagar. Pero papá hizo lo que pudo. Tuvimos mucho deseo de darle una buena educación, pues ella lo anhelaba tanto y tenía aptitudes para el estudio; pero pareció bien a la Providencia intervenir. La muerte de su madre, ocurrida poco después del incendio de nuestra casa, le dejó la doble tarea de cuidar de su padre inválido y de un hermano menor; y nadie pudo persuadirla a que los dejara al cuidado de otra persona, pues ella había prometido a su moribunda madre cuidar de ellos. Así dedicó los mejores años de su vida a su padre enfermo, rechazando por lo menos dos buenas ofertas de matrimonio, a causa de él; y desde la muerte de éste, ha tenido muy poco consuelo y felicidad, debido a la mala conducta de su hermano. De

ser un muchachito inteligente y hermoso, se ha convertido en un libertino, que malgasta el dinero y lleva una vida muy miserable. Ella dice que no puede echarlo, porque es un legado que le ha dejado su muy querida madre. Además, piensa que quizás la enseñanza que le ha dado, demasiado condescendiente, ha contribuido a que él sea lo que es. Por lo tanto, lo soporta, sufre sus abusos, y paga sus deudas. ¿Es pues de admirarse, niños, que bajo todas estas dificultades, su temperamento se haya alterado, y toda la dulzura parezca haber desaparecido de su carácter? Mucha gente la cree arisca y de mal genio, pero son pocos los que saben qué corazón abnegado, bueno y noble posee Pepa Gómez.

-¡Pepa Gómez! --exclamó Enrique, poniéndose de pie y sonrojándose hasta más no poder.

-¡Pepa Gómez! -repitió Carlos-. ¿Qué? ¿Esa vieja mal humorada que tiene un bazar en la calle Oeste?

-Esa misma -dijo el Sr. Lima-. Y ahora que sabéis que vuestro padre le debe la vida, trataréis de ser bondadosos con ella y de hablarle amablemente de vez en cuando.

-¡Oh, ya lo creo! --exclamó Rosa.

-Claro que sí -dijo Carlitos-, si ella nos lo permite.

Pero Enrique no dijo nada. Con el corazón lleno de pesar, vergüenza y remordimiento, quedó sentado, con la cabeza inclinada entre las manos. Más tarde, al anochecer, entró en la biblioteca de su padre, y abriendo su corazón confesó su mal proceder. El Sr. Lima comprendió que Enrique estaba profundamente arrepentido y suficientemente castigado.

-Me alegro, Enrique -le dijo-, de que sientas pesar por todo el mal que has hecho. Pero, mi querido hijo, quiero que reconozcas que no solamente deberías sentir pesar porque una vez Pepa Gómez le salvó la vida a tu

padre; sino que, aunque ella no fuera para nosotros más que cualquier otra persona, siempre deberías tratarla con respeto. No solamente has insultado a una mujer, sino que tú y Federico habéis tratado a una anciana con desprecio.

-Lo sé, papá -replicó Enrique con la mayor humildad-, y no sé qué hacer para borrar mi enorme falta.

Afortunadamente, Enrique, puedo ayudarte hasta cierto punto-, añadió el Sr. Lima, sonriendo, y poniendo ante los ojos absortos de Enrique la caricatura que éste había hecho de la Srta. Pepa.

-¡Pero, papá! -exclamó riqu~- Zc6mař k̄le dónde...?

-Descubrí, hijo mío, a tiempo, lo que os proponíais hacer, e impedí que se efectuara; y esta noche, en vez de estar angustiada y colérica por la conducta irrespetuosa de dos niños irreflexivos, la Srta. Pepa se regocija con un billete de \$50.00 que le he enviado con todo mi agradecimiento.

-¡Oh, papá, cuán contento me siento! ¡Y cómo podré expresar mi agradecimiento?

-Demostrándome, Enrique, que procurarás tener más miramientos con los sentimientos ajenos, y que resolverás, en adelante, conducirte como un verdadero caballero.

Mi relato se ha prolongado mucho, y sólo tengo que agregar que, cuando Enrique participó a Federico el resultado que había tenido el regalo que se proponía hacer a la Srta. Pepa, éste se alegró tanto como él, y al acercarse al Sr. Lima, y expresarle sus sentimientos y su gratitud, en términos de cuya sinceridad no se podía dudar, el caballero reconoció que ambos niños habían recibido del regalo de Pepa Gómez una lección valiosa e impercedera. -
Escogido.

Dos fósforos

PASTOR, quisiéramos verlo un momento en su estudio -dijo Pablo Jiménez, hablando por sí mismo y por su condiscípulo Jorge Collado, ambos alumnos de tercer año en la Universidad.

-¡Cómo no! -repuso el pastor Esteban Rosales-pasen; en seguida los atenderé.

Los jóvenes no entraron en el estudio como lo había indicado el pastor, sino que se quedaron cerca de la puerta de la iglesia donde aquél estrechaba la mano a los últimos feligreses que se retiraban.

Cuando se hubo dicho la última palabra de amigable despedida, el pastor Rosales se volvió con una alegre sonrisa, y dijo:

-Bien, muchachos; estoy a sus órdenes.

Un alegre fuego brillaba en el hogar e irradiaba su calor plácido y agradable, pues la noche era fría.

-Dejen los abrigos sobre el sofá -dijo el pastor Rosales, poniendo delante de los jóvenes sendos sillones, y se dejó caer luego en su gran mecedora frente a sus visitantes. Pero se sorprendió al ver que Pablo Jiménez corría cuidadosamente las cortinas de las ventanas; y quedó aun más desconcertado al mirar atrás y ver que Jorge Collado hacía girar la llave de la cerradura que aseguraba la puer-

ta del estudio.

-Tenemos algo muy serio que decirle, Sr. Rosales -dijo Pablo Jiménez, mientras su rostro adquiría una palidez mortal y sus finos labios se contraían.

-No queremos que ningún entrometido nos observe -agregó Jorge Collado, al notar la mirada de inquietud del pastor.

-Por cierto, nadie trataría de averiguar el asunto de nuestra conversación -repuso el pastor.

Vimos a un desconocido entre el auditorio esta noche -dijo Pablo-; nos estuvo observando durante todo el servicio religioso. Creemos que se trata de un pesquisante.

-¿Se refieren ustedes al joven que estaba sentado en la banca de atrás?

-Sí -respondieron los dos a un tiempo.

-Ese joven es el nuevo maestro de matemáticas de la escuela comercial.

-No nos ha agradado la manera con que nos miraba -repuso Pablo.

-¿Y qué problema hay si los miran, jóvenes? -preguntó el Sr. Rosales, cuyo desconcierto aumentaba por la extraña actitud de sus visitantes, a quienes conocía de muchos años. Las familias Collado y Jiménez eran gente acomodada y gozaban de mucho respeto en la localidad.

-El sermón que usted predicó esta noche nos sacudió con tanta severidad que creemos que Ud. nos tuvo en cuenta cuando lo preparó -dijo Jorge.

-No; no pensaba en ustedes más que en los demás miembros de la congregación -repuso el pastor-. El versículo que dice "y tened por cierto que vuestro pecado os alcanzará" (Números 32:23, Y M.) -continuó diciendo el Sr. Rosales-, debiera hacernos reflexionar a todos.

A nosotros nos ha hecho pensar, por cierto -con-

testó Pablo-; pero lo que queremos saber es qué debemos hacer acerca de eso.

-¿Acerca de qué?

Acerca... acerca...

El joven estaba tan cohibido por la emoción que por un momento no pudo hablar. Su compañero estaba más emocionado aún.

-Díganme lo que los inquieta -dijo con simpatía el Sr. Rosales.

-¿Nos guardará el secreto? -preguntó Jorge.

-Guardaré como cosa sagrada su confesión, a menos que alguna persona inocente esté sufriendo a causa de sus faltas.

-Díselo tú, Jorge -dijo Pablo.

Jorge movió la cabeza negativamente.

Pablo tragó saliva dos o tres veces antes de poder hablar. Cuando al fin pudo hacerlo, sus palabras brotaron en rápida sucesión hasta que acabó de referir la historia de su falta.

-Usted sabe -empezó diciendo Pablo- que éste es nuestro tercer año de estudios en la Universidad.

-Sí -repuso sorprendido el pastor.

-Y usted sabe, además, que teníamos gran necesidad de nuevos edificios. El Estado había construido algunos muy buenos, pero había dos viejas chozas destartadas que a todos recordaban los tiempos coloniales. Eran un desprestigio para la Institución. El rector lo había dicho y los profesores condenaban la tacañería del gobierno por no haber votado una suma bastante grande como para proveer a la Universidad de suficientes edificios adecuados. Una y otra vez se decía: "Un lindo incendio le haría un favor a esta Institución". "¿Qué lástima que esas viejas ratoneras no se incendien!", y otras cosas por el estilo. Nosotros oímos esa clase de comentarios por más de un

año. Una noche habíamos quedado afuera hasta tarde y nos sentamos en los escalones de uno de los edificios viejos. Hablamos por largo rato del beneficio que nos reportaría un incendio. Yo tenía fósforos en el bolsillo. Encendí uno y lo metí a través de una hendidura entre las tablas exteriores y las interiores de la pared de madera. Creo que debió caer en un nido de ratones, porque brotó la llama y pronto oímos el ruido crepitante de aquella pared hueca. Dimos un salto y corrimos hacia la parte trasera del otro edificio. Me quedaba tan sólo un fósforo. "Sería una lástima dejar en pie este otro", acotó Jorge. De modo que encendí aquel otro fósforo y lo hice deslizarse por una hendidura, como había hecho con el otro que acababa de originar el incendio en el primer edificio. Creo que nos favorecía la suerte, porque ambos empezaron a arder rápidamente. Huimos después a nuestra habitación haciendo un rodeo.

-No hemos tenido un día feliz desde entonces -dijo Jorge-. No habíamos tenido en cuenta una cosa: varios instrumentos valiosos que pertenecían a la Universidad quedaron destruidos aquella noche; un valiosísimo manuscrito que representaba años de investigación de uno de los profesores se quemó. ¡Ojalá nunca hubiéramos quemado aquellos edificios!

Al terminar, ambos jóvenes permanecieron casi sin aliento a la espera del consejo del pastor.

-¿Qué nos aconseja hacer, pastor? -preguntó Pablo después de un momento.

-Preséntense al juez y confiésenlo todo -repuso quedamente el Sr. Rosales.

-¿Qué? ¿Para que nos envíen a la cárcel? -exclamó Pablo visiblemente perturbado.

-Jóvenes -dijo el pastor-, a ustedes les quedan muchos años por delante; no pueden resignarse a que esa

sombra los persiga por todas partes. Los otros se han hecho dignos de reproche por sus palabras sediciosas; pero ustedes hicieron mal en seguir la insinuación imprudente de hombres que debieran haber reconocido el mal que aquello entrañaba.

-Usted no va a denunciarnos, ¿verdad? -preguntó Jorge al pastor Rosales.

-No, no lo haré.

Otra entrevista se realizó en el estudio del pastor al día siguiente. Estaban presentes los padres de ambos jóvenes, quienes convenían en que el consejo del pastor era la única solución segura de la dificultad. El padre de Pablo llamó por teléfono al juez Sr. Santiago, del tribunal jurisdiccional, y concertó con él una entrevista en su despacho. Después que éste hubo oído el relato de los jóvenes, los miró profundamente consternado y permaneció en silencio por un momento. Al fin dijo:

-Jóvenes, mucho me aflige su conducta. Desde un punto de vista, su acción podría atribuirse a impulsos juveniles; pero por otra parte si su delito de incendiarios queda impune, motivará incendios en otros sitios. Por doquiera se están derribando las barreras que la ley levantó para proteger la seguridad social. Los hombres debieran tener cuidado de insinuar a los jóvenes ideas capaces de conducirlos a la consumación de actos delictuosos.

Fue un día triste para la Universidad aquel en que se condenó a los dos jóvenes a un año de reclusión. Desde entonces ninguna palabra que pudiera interpretarse como una insinuación a la violencia se dejó pasar sin reprobación en aquella institución de enseñanza.

A pedido de los jóvenes, el pastor Rosales los acompañó hasta la cárcel. Sentados en la alcaldía, Pablo se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas, y dirigiéndose al hombre de Dios, dijo:

-Trate usted de imaginárselo, pastor: ¡Jamás podremos escapar de la negra sombra de esta cárcel, que nos seguirá toda la vida!

-Se equivocan -repuso el Sr. Rosales-. Jamás podrían haber escapado de la perseguidora sombra de un crimen no confesado. Esta prisión no pone ninguna mancha sobre el carácter. Son los crímenes a causa de los cuales los hombres son traídos aquí los que contaminan el carácter. La falta habría quedado sobre sus almas aun cuando nadie, excepto Dios, la conociera. La confesión de su delito ha sido una acción noble que aumenta mi confianza en ustedes. Pueden llevar a cabo en la vida mayor bien del que habrían hecho ocultando su delito.

El alcaide llamó a un guardián y le entregó los presos. Fue un momento de emocionante despedida cuando cada uno estrechó a su vez la mano de Esteban Rosales. La puerta de hierro se abrió. Poco después se cerró tras ellos, y se oyó el ruido de la llave que giraba en la cerradura.

Nuestros jóvenes afrontaron su suerte con la determinación de hacer cuanto pudiesen por labrarse honrosas carreras. Sus amigos los visitaban frecuentemente. Pero ni de sus padres recibían visitas tan regulares como del pastor Rosales, quien siempre les dirigió palabras de aliento respecto al futuro.

Fueron indultados por el gobernador después de diez meses de reclusión. Ahora son comerciantes en aquella localidad y gozan de la confianza de cuantos los conocen.

-Fue aquélla nuestra mejor experiencia --decía Pablo-; antes, jamás habíamos comprendido la responsabilidad que entraña la conducta. Estoy satisfecho de haber confesado el delito y cumplido la pena.

"No abandones el barco"

DURANTE una de las batallas más sangrientas de la Guerra de Secesión de Estados Unidos, llamó la atención del coronel de un regimiento de Michigan un muchachito que formaba parte del ejército en calidad de tambor. La gran calma y serenidad del jovencito en los peores momentos, su habitual reserva, tan poco común en una criatura de su edad, su conducta intachable y su apego al tambor, que constituía su único compañero, aparte de algunos libros usados sobre los cuales se lo veía frecuentemente inclinado, todo había despertado el interés de los oficiales de la tropa. Habiéndose excitado su curiosidad, el coronel B *** sintió deseos de conocer más de cerca la vida del muchacho. De modo que lo hizo llamar a su tienda.

Nuestro jovencito, con el tambor colgado al hombro y los palillos en la mano, se presentó ante el coronel y le hizo su más amable saludo militar. Era un muchacho hermoso; su tez tostada armonizaba espléndidamente con sus cabellos negros; pero su aire grave contrastaba con sus mejillas llenas y su barbilla hundida. Era un adolescente a quien se le había enseñado desde temprano a tener gran serenidad. El coronel B *** se vio poseído de un sentimiento extraño cuando el muchacho estuvo en su pre-

sencia.

Adelante, muchacho -le dijo-; deseo hablarte.

Nuestro héroe avanzó sin manifestar el menor emba-
razo.

-Estoy encantado de cómo te portaste ayer -le dijo
el coronel-; tu proceder fue admirable en un joven de tu
edad.

-Mil gracias, mi coronel; pero, no hice más que cum-
plir con mi deber. Aunque chico, soy suficientemente
grande como para cumplir mi obligación.

-¿No sentías temor al verte en medio de la batalla? -
preguntó el coronel.

-Eso habría sucedido si me hubiera puesto a pensar
en el peligro; pero pensé en mi tambor, en que debía
hacérselo oír a los soldados. Para eso me he enrolado
voluntariamente. Me dije: "No te preocupes por lo que
no te importa, Santiago; cumple tu deber y no abandones
el barco".

-Esa es una expresión de marino -dijo el coronel.

-Pero, sea de quien fuere, es excelente, ¿verdad, mi
coronel? -dijo Santiago.

-Veo que comprendes su significado, muchacho.
Conserva siempre esa regla como norma de conducta y te
ganarás la estimación de todas las personas de bien.

-Papá Manuel fue quien me enseñó a decir "No aban-
dones el barco".

-¿Era tu padre?

-No, señor; yo nunca conocí a mi padre; ese hombre
me crió.

"Es extraño" pensaba el coronel, "cómo me siento atra-
ído hacia este muchacho".

-Cuéntame tu historia, Santiago -le dijo.

-Haré todo lo posible por decírsela tal cual fue, como
me la ha referido papá Manuel, mi coronel. Mi madre

partió de Francia en un buque mercante en dirección a
Baltimore, EE. UU., donde vivía mi padre. En ese viaje
fueron sorprendidos por una gran tormenta y el barco fue
a estrellarse contra los arrecifes, donde se hizo pedazos.
La tripulación y los pasajeros fueron trasladados a chalu-
pas. Todos se creían perdidos, cuando acertó a pasar un
barco que iba con rumbo a Liverpool, el cual los recogió.
No habían podido conservar más que lo que llevaban
puesto; pero el capitán se mostró muy generoso con ellos;
les dio ropas y aun algo de dinero. Mi madre no consin-
tió en quedarse en Liverpool, aunque estaba muy enfer-
ma, porque deseaba vivamente regresar a América; de
modo que se embarcó en otro buque mercante que partía
con destino a Nueva York. Era la única mujer que había a
bordo. Su mal se agravó cuando el barco se puso en mar-
cha; los marineros la cuidaron tan bien como pudieron.
Papal-Manuel era marinero a bordo de ese barco; le tuvo
lástima e hizo cuanto pudo por ella. Pero a pesar de todo
murió, dejándome a mí de tierna edad.

"No se sabía qué hacer conmigo. Todos, excepto papá
Manuel, decían que no tardaría en morir. El pidió al
médico que le dejase cuidar de mí, y éste dijo: 'Dejémosle
probar su habilidad, ya que lo quiere; pero es trabajo per-
dido. Este pequeñín no tardará en seguir a su madre'.
Pero el médico se equivocó, porque llegué sano y salvo a
Nueva York. Mi padre adoptivo hizo todo lo posible por
hallar a papá, pero no pudo, porque nadie sabía el nom-
bre de mi madre. Luego, cuando volvió a embarcarse, me
confió a una familia de Nueva York; pero nada pudo des-
cubrir él con respecto a mi madre, a pesar de todas las
indagaciones que hizo en Liverpool y otros puntos. La
última vez que se embarcó, yo tenía nueve años, y me
hizo un regalo para mi cumpleaños la víspera de su parti-
da. Eso fue lo último que supe de él. Nunca regresó, por-

que murió de fiebre en alta mar. Hizo mucho por mí; a los siete años me puso en un colegio y después pagaba siempre mi pensión un año adelantado.

"De modo que puede ver, señor, que yo tenía un buen principio para ganarme la vida; y sentí en seguida el deber de hacerlo. Hacía mandados y me ocupaba en la limpieza de talleres y almacenes. Nadie quería emplearme al principio; pero no tardaron en ver que yo podía realizar mi trabajo muy bien. Continué yendo a la escuela. Hacía mi trabajo antes de las nueve de la mañana y después de las horas de clase tenía el tiempo necesario para aprender mis lecciones. No quería abandonar la escuela ya que papá Manuel me había recomendado que aprendiese todo lo que pudiera, porque un día u otro, decía él, encontraría a mi padre, y él no debía comprobar que su hijo no era más que un pequeño ignorante. Me decía que debía poder mirarlo en la cara y decirle sin mentir: 'Papá, soy pobre e inculto, pero siempre me he conservado honrado y no he abandonado el barco; no tienes por qué avergonzarte de mí'. Señor, yo nunca he podido olvidar esas palabras".

Poniendo a un lado la gorra, el tambor y los palillos, se levantó la manga y mostró, tatuado en su brazo, un barco navegando a toda vela, y debajo la divisa: "No abandones el barco".

A la edad de doce años dejé Nueva York para ir a Detroit, a trabajar con un librero. Dos años más tarde estalló la guerra. Algunos días después que esto sucediera, pasé ante una oficina de reclutamiento y entré. Oí decir que se necesitaba un tambor, y me ofrecí en seguida. Sonriendo me dijeron que era demasiado chico; sin embargo, me trajeron un tambor, y empecé a tocarlo en presencia de la comisión. Entonces consintieron en enrollarme. A partir de ese momento, la vieja bandera estrella-

da fue el barco que yo no debía abandonar.

El coronel estaba silencioso y parecía sumido en sus reflexiones.

-¿Cómo puedes esperar encontrar a tu padre? -le preguntó-. ¿Sabes cómo se llama?

-No, señor, pero estoy seguro de que he de encontrarlo de un modo u otro. Mi padre podrá reconocer con certeza que soy en realidad su hijo cuando me encuentre, porque tengo una cosa para mostrarle que pertenecía a mi madre -erijo el muchacho mientras tiraba de una bolsita bordada que tenía suspendida a su cuello por un cordón-. Aquí -agregó- hay una pulsera que mamá llevaba siempre. Papá Manuel se la sacó después de muerta y la guardó para mí. Me recomendó que no abriese la bolsita antes de haber hallado a mi padre, y que la llevase siempre colgada al cuello para que no se me perdiera.

-¡Una pulsera! --exclamó el coronel-. Muéstramela. Debo verla en seguida.

Mientras apretaba la bolsita entre sus manos, el niño miró al coronel en los ojos; luego, asiendo en seguida el cordón, se lo pasó por encima de la cabeza y puso en silencio su tesoro en manos del coronel. Abrir la bolsita fue cuestión de un instante.

-Creo reconocer esta pulsera -murmuró el coronel-. Si no me equivoco, deben hallarse en su interior dos nombres: "Guillermina y Alfredo", y la fecha: "26 de mayo de 1849".

Hallaron que las palabras eran las mismas. El coronel, tomando entonces al muchacho en sus brazos, exclamó:

-¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Pero es necesario que retrocedamos a otra historia. El primer año de su matrimonio, el coronel B *** y su esposa se embarcaron para Europa, proyectando permanecer varios años en la Europa meridional por causa de la deli-

cada salud de la joven. El estaba asociado con una casa de comercio de Baltimore, EE. UU. La repentina muerte de su socio le obligó a regresar inmediatamente a su país, dejando a su esposa en Italia con su madre. Poco después de su partida, su suegra murió. La Sra. B *** se dispuso a su vez a regresar a Baltimore, y se embarcó en el malhadado buque que había de naufragar en falta mar.

Todas las investigaciones del coronel fueron vanas; no le fue posible obtener noticias de su esposa. Finalmente supuso que había muerto; y el dolor y la incertidumbre casi le hicieron perder la razón. Habían transcurrido catorce años; y él no sabía que Dios, en su misericordia, le había conservado un precioso lazo que lo unía a la joven existencia cuya pérdida tanto había llorado. Desdichado, y sin propósito fijo, se trasladó a Michigan. Cuando estalló la guerra, él fue uno de los primeros en presentarse como voluntario.

Abundantes lágrimas inundaron el rostro del muchacho al verse por fin junto a su padre.

-Papá -le dijo-, al fin me has encontrado, tal como me decía papá Manuel. Eres un gran señor y yo no soy más que un pobre tambor. Pero he sido honrado, me he esforzado por portarme bien siempre. No te avergüenzas de mí, ¿verdad, papá?

-Estoy más que orgulloso de llamarte mi hijo, y doy gracias a Dios porque me ha permitido hallarte tal cual eres.

Nuestro pequeño héroe creció y llegó a ser una gran persona. Tal como cuando muchacho, fue cuando hombre: nunca "abandonó el barco".

La hora de gloria

TODOS estábamos de acuerdo en que Tomás Bardi era un hombre excepcional. Había sido triplemente dotado. Poseía personalidad, talento y un físico admirable.

-No hay nadie que lo iguale -decían, hablando de él, los estudiantes.

Procedía de un lugar del interior, y no había llegado precedido de gran fama. Pero pronto demostró sus méritos, y al llegar al último año del curso, el colegio entero se postraba a sus pies y le rendía culto, por decirlo así. Nunca hubiéramos podido culparlo de engreimiento. La presunción no cuadraba con su naturaleza. Se alejaba de los aplausos de la multitud, incómodo y avergonzado.

-Modesto -decía su compañero de pieza-, debiera ser el segundo nombre de Tomás.

No era raro, por un lado, que hubiese obtenido popularidad. Era un gran atleta, lo cual le valía mucho. Además, Tomás era un perfecto caballero, nacido para la cortesía. Poseía la feliz facultad de inspirar afecto. No sabíamos nada de su familia; pero, por supuesto, eso no nos importaba mayormente a sus compañeros de clase; porque un colegio es un mundo en sí, una democracia menor, en la cual "el mañana de un hombre es juzgado por su hoy y nunca por su ayer". Tomás podía proceder

de cuna muy humilde, pero nadie pensaba en eso.

Aun sus amigos más íntimos sólo conocían el hecho de que Tomás había venido de un lugar del interior. Nadie le visitaba nunca, y excepto durante las vacaciones, rara vez él iba a su casa. El colegio era su mundo, su reino. Era un orador elocuente y un polemista muy hábil. En septiembre del último año que estuvo con nosotros, nos aseguró la victoria en un debate contra el equipó de una universidad que nos visitaba. Ese fue su mayor triunfo.

La dirección del colegio y sus compañeros de estudio pensaron, por lo tanto, que en el día de la graduación debía ofrecérsele algún reconocimiento apropiado. El mismo director hizo la sugerencia de que se le obsequiara una placa de plata que tuviera una inscripción apropiada a sus méritos, y todos estuvieron de acuerdo.

El treinta de noviembre había llegado. Un cielo azul y un sol resplandeciente señalaron el amanecer de nuestro día de graduación. Tomás, meticulosamente vestido con pantalón de franela blanca y saco azul, estaba de pie frente a la ventana de su dormitorio, mirando pensativamente los campos bañados de sol.

-¿Viene tu familia hoy? -le preguntamos.

-No -contestó moviendo la cabeza lentamente, y una sonrisa medio triste se dibujó en la comisura de sus labios.

Sentados juntos en la escalera que conducía al salón de actos, conversábamos en voz baja de los pasados cuatro años.

-Han sido inolvidables -dijo Tomás-; y ¡qué buenos han sido todos ustedes conmigo!

-Pero tú le dijo Bianchi, su compañero de pieza-, has sido bueno para con todo el colegio.

Volvimos a quedar silenciosos. Se oyó el silbido de un tren que atravesaba el puente y se detenía en la estación cercana. Un grupo de nosotros nos apresuramos a salir al encuentro de "los de casa" que venían. Pero Tomás se quedó donde estaba, con aquella mirada semitriste, y la barbilla en el hueco de la mano. Parecía extraño que nadie de "su casa" viniera para participar de su triunfo. Nuestras madres y hermanas le saludaron y elogiaron, y él aceptó modestamente sus alabanzas. A las diez se deslizó a su dormitorio para buscar la toga y el birrete, esperando hasta que todos nosotros nos hubiéramos ido para volver a salir. Entonces se encaminó, solo, hacia el gimnasio.

Se le había designado para presidir, y lo hizo bien y con gracia, como hacía todas las cosas. Fue una escena que nosotros, los graduandos, nunca podremos olvidar. Quisiera tener la fuerza de expresión necesaria para describirla debidamente: cien jóvenes con togas y birretes iban con paso suave por el camino enarenado; el edificio de piedra cubierto de hiedra, resplandecía al sol de la mañana; olmos centenarios proyectaban sus sombras fantásticas sobre el césped. Sonó la campana, y una banda de música comenzó a tocar suavemente.

¡Momento solemne para nosotros! Con el semblante grave nos reunimos en un círculo compacto alrededor de un árbol recién plantado. El director, levantando una mano, impuso silencio; y con voz solemne, anunció:

-Oiremos ahora la "Oración al árbol", por Raúl Bustamante.

Raúl avanzó hacia el centro del círculo.

-Me cabe el gran honor en estos momentos...

Nosotros escuchábamos en silencio. En torno nuestro había centenares de caras ansiosas: eran los representantes de nuestras familias, entre ellos muchas jóvenes con

vestidos de colores vistosos y ojos brillantes.

-Ahora, al hacer frente al futuro con los hombros erguidos y las cabezas levantadas...

Mi mirada errante tropezó con una figura extraña en el círculo exterior de caras: una campesina con un velo de encaje en la cabeza, blusa de mangas largas y falda amplia. Esa mujer que me parecía fuera de lugar allí me producía disgusto. Sería la esposa de algún portero, probablemente, que se había metido 'donde no le correspondía. Con los labios entreabiertos ella escuchaba.

-Ojalá que nuestras vidas, a semejanza de este árbol, crezcan y se fortalezcan con el transcurso de los años, permanezcan firmes contra los vientos de la adversidad y hallen placer en las tareas que emprendamos.

Palabras de mucha significación eran ésas, aunque procedían del corazón de un joven. Cuando Bustamante terminó, aplaudimos, y nos dirigimos hacia el salón de actos. La campesina siguió a la multitud, sola. Los discursos continuaron y terminaron.

Ahora -susurró Bianchi-, llega el momento de darle el premio a Tomás.

Nos reunimos alrededor de la plataforma, y el círculo de espectadores se estrechó más. El director del colegio se adelantó con una placa de plata en la mano y habló:

-Tengo hoy el privilegio de conceder una recompensa poco común a un miembro de la clase de graduandos, un premio al mérito excepcional en estudio, en carácter y en atletismo. Por voto especial y unánime de la dirección del colegio y de sus compañeros, se me ha encargado presentar al Sr. Tomás Bardi, atleta, intelectual y caballero, este distintivo de honor del colegio, en reconocimiento de sus méritos en muchas actividades, del afecto y el respeto que goza entre sus compañeros, y de su abnegado y fiel servicio a la Institución.

Con ademanes impacientes y vehementes obligamos a Tomás a ponerse de pie. Y allí estaba con la cabeza descubierta, correcto, con la mirada clara y serena, en todo el vigor de su juventud. Su momento supremo había llegado. El presidente se inclinó, y al dar Tomás un paso hacia adelante, todos prorrumpimos en aplausos. Sintiendo el blanco de todas las miradas, esperó, avergonzado, que cesaran los aplausos.

-Un gran viva para Tomás -sugirió Bianchi.

Los ecos de aquella ovación volvieron a nosotros desde las montañas que bordeaban el río.

-¡ Un viva más! -gritó otro.

Tomás esperaba, con la cabeza baja; y levantando finalmente la mirada, la posó sobre la incongruente figura de la campesina que estaba adelante en el círculo exterior de espectadores. Vio su velo de encajes, su blusa chillona y su ancha falda. Notó también, estoy seguro, las cansadas líneas de su rostro y sus hombros agobiados. Inesperadamente se dio vuelta y se encaminó hacia el lugar donde estaba ella. Los aplausos cesaron y reinó un profundo silencio.

-¡¡Mamá! -exclamó Tomás, extendiendo los brazos hacia ella.

¿Era eso una comedia, o qué? Bianchi, que estaba a mi lado, me apretó nerviosamente el brazo.

-La llamó "mamá" -me dijo.

---Sí.

Esperamos. La mujer extendió los brazos. La gente le dio paso. Ni un sonido rompía el silencio. Nadie hablaba. Tomás y su madre estaban juntos en medio del círculo. Ahora veíamos un vago parecido: los mismos ojos castaños, la misma expresión vehemente. ¡Tomás Bardi y su madre! Nunca hubiéramos pensado que la madre de Tomás fuera una campesina tan pobre.

Gentilmente la condujo hasta donde estaba el director colegio.

-Mi madre, señor director dijo-. Vino de sorpresa. go el gusto de presentársela.

El director inclinó la cabeza y le estrechó la mano. La jer hizo una reverencia. Sus manos rústicas, manos osas que hablaban de continua labor, le colgaban sin da a los lados. Pero mantenía la cabeza erguida, y la que había en sus ojos era hermosa.

¿Más se volvió entonces a sus compañeros, mientras un brazo rodeaba los hombros de su madre.

-Compañeros dijo-, ésta es mi madre. Yo... -la se le quebró-, yo no la había invitado a venir hoy. s me perdone. Yo... tenía vergüenza de ella. Pero



Este vino de Italia antes que yo naciera, sin dinero, sin amigos. Mis e ya veinte años que trabaja *Por nfi*. Gracias a ella entré en el colegio; gracias a lo que ella me ha enseñado, he sido capaz de obtener cierto grado de éxito.

ahora, frente a vosotros, que habéis sido mis amigos, reconozco mi deuda hacia ella. Mía es su herencia de valor, de labor honrada y de corazón sincero. Y no cambiaría eso por todos los honores que los hombres puedan otorgar.

¡Todos escuchábamos en embarazoso silencio.

Eramos jóvenes, y sólo vagamente entendíamos el significado del discurso de Tomás. Intensamente anhelábamos que alguien dijera algo. El director fue el primero en hablar.

Tomás -dijo, sosteniendo la placa frente a él-, ¿quiere Ud. aceptar esto en nombre del colegio en reconocimiento adicional de una noble herencia?

-¡Gracias, señor! -murmuró el joven tomando la placa con la mano derecha.

"El murió por nosotros"

EN UN cementerio de Búfalo, en el Estado de Nueva York, se eleva sobre cierta tumba una magnífica cruz de mármol. Enfrente de esa tumba estaba sentado un anciano de cabellos blancos. Con las manos puestas sobre las rodillas tenía fijos sus ojos en la cruz, mientras que por su cara se deslizaban abundantes lágrimas. En más de una ocasión se lo podía ver allí, a veces acompañado por otras personas, también conmovidas. Cuando se le preguntaba el significado de esa actitud, señalaba a la lápida de mármol que descansaba sobre un pedestal, en la cual se hallaba escrito en grandes letras:

"Al timonel Juan Maynard. Los agradecidos pasajeros del 'Schwalbe'. El murió por nosotros".

Si la gente insistía en los pormenores, relataba con labios trémulos y ojos humedecidos la siguiente impresionante historia:

Juan Maynard era timonel de un vapor que se dirigía de Detroit a Búfalo, y nosotros éramos pasajeros. Transcurría una hermosa tarde de verano, y la cubierta hormigueaba de gente, cuando una espiral de humo comenzó a subir desde adentro del vapor.

-Simpson -gritó el comandante-, baja a ver qué sucede allí.

Simpson descendió, y volvió arriba muy pálido.

-Señor comandante -exclamó-, el navío está incendiado. -E inmediatamente se oyó de todos lados el grito angustioso: "¡Fuego a bordo! ¡Fuego a bordo!"

Toda la tripulación acudió rápidamente a combatir vigorosamente el incendio con poderosos chorros de agua, pero todo fue inútil. Había en el cargamento gran cantidad de resina y alquitrán que frustraba todos los esfuerzos. Los pasajeros corrieron hacia el capitán y le preguntaron: -¿Qué distancia nos separa de Búfalo?

-Una milla y media.

-¿Cuánto tiempo se necesita para recorrer esa distancia? -Tres cuartos de hora, si conservamos la marcha.

-¿Hay algún peligro?

-¿Peligro? Miren cómo sube el humo. ¡Refúgiense en la proa, si no quieren perecer!

Todos se precipitaron hacia adelante, pasajeros, marineros, hombres, mujeres y niños. Juan Maynard permaneció en el timón. El fuego irrumpía despidiendo llamas y negras columnas de humo. El comandante, usando un megáfono, gritó:

-¡Juan Maynard!

-¡A la orden, señor comandante! -¿Estás en el timón?

-¡Sí, señor!

-¿Cuál es el rumbo?

-Sud sudeste.

-Dirige la proa al sudeste.

-¡Juan Maynard! gritó otra vez el comandante a medida que la costa se acercaba.

La respuesta se dejó oír muy débilmente: -¡A la orden, señor comandante!

-¿Puedes aguantar cinco minutos más? -¡Aguantaré, con la ayuda de Dios!

El cabello del viejo timonel estaba chamuscado hasta el cráneo, el cuerpo quemado y la mano derecha carbonizada. Firme, sin embargo, como una roca en medio de las aguas, Juan Maynard se aferró con la izquierda al timón y enclavó la proa en la tierra. Todos estábamos a salvo, menos el timonel, quien cayendo en la playa expiró: murió por nosotros. Rodeamos el cuerpo profundamente enternecidos y con los ojos llenos de lágrimas. Aquí está sepultado. Marineros y pasajeros y casi toda la ciudad acompañaron su féretro; y cuando el cuerpo bajó al sepulcro, se oyeron fuertes sollozos y voces que lloraban. Le erigimos este monumento, que no resistirá la acción del tiempo, pero su memoria ha de continuar en nuestros corazones; nunca lo olvidaremos, porque él murió por nosotros.

¡Apreciado lector! dirige tus ojos hacia el Gólgota, y verás allí tres cruces, y en una de ellas verás al Varón de dolores del cual testificó el profeta:

"Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores... Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:4, 5). Su memoria ha de continuar en nuestros corazones, y nunca lo olvidaremos, porque él murió por nosotros.

La codicia de Blak_e

ERAMOS muy pobres, y quizás este hecho disculpa en cierta medida la mala costumbre en la cual habíamos caído. A los miembros de mi familia les parecía una injusticia que ellos, que observaban tan estrictamente la letra de la ley, tuviesen que luchar con la necesidad, mientras que ciertos hombres de pésimo carácter gozaban de abundancia. Cualquier buena suerte que cayera en la comunidad nos incomodaba. Toda promoción, todo legado, toda casa nueva todo, menos un aumento de familia-, nos ocasionaba una nueva epidemia de celos y codicia.

Se discutía mucho en nuestra casa si alguno de nosotros los hijos iría al colegio. Tanto mi padre como mi madre deseaban, sobre todas las cosas, que nos educáramos. Yo vacilaba al respecto, y seguí vacilando hasta que Harvey Anderson, cuyo padre era cajero de un banco, fue al colegio, e inmediatamente decidí ir también al otoño siguiente -no porque desease la educación en sí misma, sino porque no podía soportar la idea de que Harvey Anderson obtuviera algo que me fuera negado.

Así que ingresé en el primer año del colegio en el cual Harvey estaba ya en el segundo. Por una vez, mi copa parecía llena, demasiado llena para caber en ella una sola

gota de celos. Me había sucedido todo lo que quería. Era estudiante; por supuesto que debía sufragarme yo mismo los gastos, pero esto no impedía que fuera miembro de uno de los mejores grupos, y tenía todas las probabilidades de pasar cuatro años felices.

Mientras Anderson quedó en el colegio, no se me ocurrió salir; pues gracias al fútbol y a mi capacidad para correr, entre los estudiantes se me corrió mucho mejor que a él, y eso me proporcionaba cierta malsana satisfacción. Pero durante el primer semestre de su tercer año murió su padre; y los ejecutores de su testamento se encontraron con que sus bienes consistían en la casa que poseía y muy pocas otras cosas; y Harvey no tuvo más remedio que abreviar sus estudios y dedicarse al trabajo.

El aceptó su situación con el buen humor que siempre lo había caracterizado, y por un tiempo lo perdimos de vista. De repente, en junio, cuando los ex alumnos empezaron a reunirse para su fiesta de costumbre, ¿quién había de presentarse con los demás, sino Harvey mismo? Era obvio que había prosperado. Durante la velada, mientras estábamos sentados conversando en la galería, supimos lo que pasaba. Tenía un puesto admirable en una oficina de Nueva York y ganaba la suma casi increíble de treinta dólares por semana.

¡Treinta dólares por semana! En nuestro pueblo no había media docena de hombres que ganasen tanto. Para mis oídos inexpertos eso parecía una fortuna. ¡Cinco dólares por cada día de trabajo! Empecé a sacar la cuenta de lo que se podía hacer con tan fabulosa suma, y cuanto más calculaba, tanto más se posesionaba de mí el demonio de la codicia. ¿De qué me iba a servir otro año de colegio, de todos modos? Mejor sería terminar con ello y penetrar en el mundo que me ofrecía sus pingües ganancias. Había tenido más éxito que Harvey en la escuela;

¿por qué no lo habría de superar en los negocios?

Sin consultar con mis padres, ni tener en cuenta que mi decisión podría chasquearlos, resolví no volver al colegio aquel otoño; así que el primero de octubre me encontraba en la oficina de una compañía de Filadelfia que negociaba en bienes raíces. No ganaba treinta dólares por semana., sino nueve, pero ardía en deseos de mostrar que yo también podía vender lotes, y cobrar las ingentes comisiones correspondientes.

Ahorraré al lector los detalles referentes a los pocos años siguientes. Progresé medianamente en los negocios, pero ningún progreso me produjo satisfacción. Siempre había alguno que, al prosperar mucho más, excitaba mis celos. Y el éxito que alcanzaba no era nunca tan pronunciado como lo habría sido si hubiera concentrado todas mis energías en mi trabajo y no en la buena suerte de los que me rodeaban.

En un solo aspecto de mi vida puedo decir que quedé completamente libre del pecado que me asediaba. Volví a mi pueblo cinco años después de iniciarme en los negocios, y me casé con una joven vecina a quien había conocido desde la niñez. Durante los años que siguieron, nuestra felicidad fue siempre perfecta. La parte del décimo mandamiento que nos pone en guardia contra la codicia de la esposa ajena, es la única parte de dicho mandamiento que no se aplica a mi caso. Siempre tuve bastante inteligencia para saber que ella es mucho mejor de lo que yo merezco.

Ya antes de nuestro casamiento yo había cambiado de puesto media docena de veces; y en toda nueva ocupación, me sucedía más o menos como sigue:

Me presentaba al trabajo un lunes de mañana. Me gustaba la oficina, los demás empleados, el ramo de negocios y los directores.

Razonaba así: "Esta es la mejor firma de su clase que haya en el mundo. Aquí tengo grandes oportunidades. Voy a ser muy feliz".

Transcurridos dos o tres meses, llegaba a la oficina algún hombre dedicado a otro ramo de negocios. Empezaba a hablar de cuán fácilmente ciertas personas ganaban dinero alrededor de él. Yo lo escuchaba ávidamente. Me resultaba muy claro que no había tales oportunidades donde yo estaba. Se trataba, por supuesto, de una firma bastante buena, pero no era un puesto para un hombre más que medianamente ambicioso, como lo era yo. Me acordaba de que tenía casi treinta años. Si había de enriquecer, debía despertar y dedicarme a eso.

Interrogaba al visitante acerca de las oportunidades que presentaba su campo de labor; y, un poco más tarde, gracias a un esfuerzo especial, me hallaba en Eldorado a que tanto había aspirado llegar. "Ahora, por fin -pensaba-, estoy donde necesitaba estar".

Y conservaba este concepto hasta que se me cruzaba otra persona con otro método de hacer fortuna rápidamente. Y me agitaba por cambiar de situación.

Mi esposa no compartía mi entusiasmo por los cambios, pero me seguía respetuosamente de un lugar a otro, aceptando las mudanzas, no porque prometieran más recompensa, sino porque deseaba mucho verme contento.

Cuando llegó el décimo aniversario de nuestro casamiento, yo trabajaba como subdirector del departamento de ventas de la compañía que hoy presido. Fabricamos herramientas pequeñas, y nuestro establecimiento es hoy uno de los principales de su clase en los Estados Unidos.

Tres meses después de haber conseguido ese puesto, los títulos de la bolsa subieron, y los cuentos de fortunas hechas en pocos días despertaron toda la codicia que había en mí y en millares de jóvenes que ocupaban pues-

tro gerente era factor algo perturbador. Pero las otras cosas que me acontecieron me dieron más preocupación. Por primera vez desde que estábamos casados, Edith, mi esposa, pareció cultivar un gusto extraordinario por las actividades sociales. Antes, siempre decía que prefería quedarse en casa conmigo durante las veladas en vez de ir a otra parte. Ahora, de repente empezó a ir a un lugar por la tarde, y a otro por la noche. Y si, como sucedía algunas veces, yo estaba afuera o demasiado cansado para ir con ella, encontraba entre nuestras amistades alguna otra pareja que la acompañara.

Por un lado, me alegraba por el placer que eso le proporcionaba. Pero encontré, sin embargo, en esa nueva situación una nueva causa de codicia. Concluí que no estaba satisfecha con mis progresos. Si tan sólo tuviéramos más dinero todo iría bien. Así que volví a mandar una carta aquí y otra allá, para tantear la situación.

Y otra vez una de mis cartas cayó en las manos del gerente. La primera noticia que de ello tuve fue una inesperada invitación a pasar a su oficina después de un día de trabajo. Allí estaba sentado, serio, con el entrecejo fruncido, mirándome con sus agudos ojos grises.

-Blake --dijo-, sírvase leer esta carta.

La reconocí en seguida y, enrojando desde el cuello hasta las orejas, leí la solicitud de empleo que había escrito a otra compañía. Aún ahora, después de tantos años, apenas puedo recordarla sin cierto sentimiento de vergüenza. El patrón se había mostrado muy amable conmigo. Nos había visitado en nuestra casa y nos había invitado a la suya. Más de una vez me había dicho que esperaba que me gustara tanto el trabajo y mi puesto que me quedaría con él siempre. Y ahora tenía pruebas de que, aun mientras él trazaba planes para mi futuro, mi codicia me hacía volver los ojos en otra dirección.

tos semejantes en otras partes. Hice una prueba en el mercado, y perdí los ahorros de un año de duro trabajo. Eso debiera haberme enseñado una lección, pero en vez de aprenderla, saqué una *conclusión* falsa. Razoné que se podían conseguir fortunas, pero no desde lejos.

Así que escribí cartas para pedir trabajo a dos o tres de las grandes casas que se ocupaban en ésos negocios en Nueva York; pero por casualidad una de esas cartas volvió a nuestra oficina y cayó en manos del gerente. Era éste un caballero bondadoso e inteligente, ya *anciano*, cuyo genio mecánico había echado los cimientos del éxito de la compañía. Me mandó llamar enseguida, y para gran sorpresa mía, puso la carta en mis manos. Me sonrojé y balbucí algo, pero mientras estaba tratando de pensar en una contestación, él me alivió de esta necesidad, diciendo:

-Usted tiene una oportunidad excelente aquí, joven. Pero debe mantener los ojos fijos en su trabajo. Si yo estuviese en su lugar, no escribiría más cartas como ésta.

Eso era muy noble de su parte, y yo debiera haber aceptado su consejo. Por cierto que durante uno o dos meses, deseché todo pensamiento de cambio, pero la costumbre era demasiado fuerte; y a los dos meses había caído en la antigua huella.

Por aquel entonces sucedieron dos cosas que me causaron gran ansiedad: cierto joven llamado Edwards, sobrino del gerente de nuestra compañía, que trabajaba en un establecimiento vecino, empezó a manifestar lo que me parecía un interés excesivo por mi puesto. El y yo éramos muy buenos amigos, y por cierto tiempo no pude sospechar de él. Pero su actitud era tan abierta que no podía equivocarme. El decía francamente que me tenía envidia, que yo tenía un puesto magnífico y que él deseaba tener uno así.

Yo lo tomaba a broma, aunque su parentesco con nues-

-Es una lástima, Blake -dijo-. Yo esperaba que se quedaría mucho tiempo con nosotros. Su conducta ha sido buena y su eficiencia también, aunque podría haber sido mejor; sin embargo se destacó. Yo lo he observado y tenía grandes esperanzas, pero parece inútil conservarlas. Nadie puede servir a dos amos, y ¡cuánto menos a un centenar! Y usted nunca oye hablar de un nuevo amo, de una nueva oportunidad, sin darle el servicio de sus pensamientos. De alguna manera tiene que vencer esa costumbre. Espero que esta experiencia le ayude. Adiós.

Antes de darme plena cuenta de lo que había ocurrido, me había estrechado la mano, y yo me encontraba afuera, en camino a casa. Allí me aguardaba un nuevo chasco. Edith había salido. En la hora en que más la necesitaba desde que me había casado, me encontré en su lugar con una breve nota que me indicaba que se había ido a un baile con la familia Everet, y que yo encontraría la cena en el horno de la cocina, pues ella iba a regresar a eso de las diez.

Solo, desanimado, asqueado de mí mismo, me quedé sentado delante del hogar vacío de nuestra sala, y pasé las horas más tristes de mi vida. Poco a poco toda mi carrera desfiló delante de mí. Por primera vez en mi vida vi claramente que tenía capacidad, buena educación y preparación comercial, y una esposa ideal; pero a pesar de todas estas bendiciones había fracasado lastimosamente. ¿Por qué? Debido a la maldita costumbre de descuidar las cosas buenas que tenía, en mi codicioso deseo de obtener las que no tenía. No era extraño que el patrón me hubiera despedido. No era extraño que Edith encontrara la compañía de otras personas más agradable que la mía. Tan completamente abatido me hallaba por el peso de esas amargas reflexiones, que no oí cuando se abrió la puerta, ni me di cuenta de que alguien había entrado en

la pieza, hasta que alcé de repente la vista y vi delante de mí al patrón mismo.

Al principio pensé que estaba soñando. Me levanté de la silla y le di la mano, y él, muy quedamente, puso la mano sobre mi hombro y me hizo volver a sentar.

-Un minuto, Blake --dijo bondadosamente--; quiero decirle algo antes que usted hable.

Se sentó en otra silla, mientras yo miraba demasiado asombrado para hablar.

Vine a pie esta noche -dijo-. Como usted sabe, hay casi tres kilómetros desde la oficina hasta aquí; y en el trayecto he pasado entre hileras de casas, en las que había luces. Al pasar al lado de ellas me preguntaba cuántas personas felices representarían esas luces. Y cuántas personas desgraciadas habría en la próxima casa. Y cuál es el secreto de la felicidad o desgracia del mundo. ¿Sería el dinero, o un buen puesto? No puede ser, porque conozco la historia de algunos de los que viven en esas casas. Conozco dos casas grandes que están lado a lado: en una de ellas hay gozo, y en la otra amargura. No; el secreto es otro; es algo que hay en las personas mismas, algo que hace que un trabajador esté lleno de gozo en la vida, y que otro no tenga ni un solo momento feliz. Algo que pone una sonrisa en el rostro de un millonario, y entristece los ojos de otro.

"Blake, hijo mío, usted tiene que resolver ese problema. Usted se pasa la vida envidiando lo que le parece ser la mejor suerte de los demás. Pero, ¿no se le ocurrió nunca pensar en cuántos miles de otros insensatos desperdiciara su vida codiciando las bendiciones que usted tiene? Tiene tan poco interés por su puesto, que casi cualquier otro excita su interés celoso. Pero para el joven Edwards, y para centenares como él, el puesto de usted es el más deseable del mundo. Y su hogar...

Me estremecí, y él lo notó; su voz se enterneció.

-¿No se le ocurrió pensar en cuántos hombres, que también tienen derecho a la felicidad, darían una fortuna por una esposa y un hogar como los suyos? ¿Cuántos pensamientos dedicó usted a su hogar en estos años durante los cuales sus ojos se han estado fijando tan constantemente en los beneficios lejanos?

No podía decir nada, y él proseguía con la calma de un juez, expresando toda la larga requisitoria que mi febril cerebro había elaborado esa noche, y continuó hasta que no pude aguantar más. De un salto me puse de pie y principié a recorrer la pieza. Al llegar a la puerta, ésta se abrió de repente; y Edith entró y nos halló allí.

Transcurrieron tres meses antes que Edith y el patrón me confesaran el secreto. Había sido una maquinación perfectamente tramada que culminó en aquella noche de desdicha. Juntos se habían dedicado a hacerme comprender la insensatez de mi codicia. Habían incitado al joven Edwards para que me hiciese más deseable mi puesto tratando de conseguirlo; habían arreglado las ausencias de Edith.

-El acepta la compañía de usted como cosa natural -había declarado el anciano a mi esposa-. Convenzámoslo de que posee mucho que otros no pueden gozar. Déjele probar lo que sería la vida familiar sin usted.

Me fue fácil perdonarlos cuando me lo confesaron. Habían guardado muy bien el secreto, pues nadie lo sospechó nunca. Nadie supo nada de las cartas que había escrito ni de mis entrevistas con el anciano. Y aunque entonces me sonrojé y aún ahora me sonrojo al recordar aquella noche-, sé muy bien que ninguna cosa menos severa habría logrado el propósito. No puedo decir que la experiencia me curó de la codicia; las malas costumbres de la vida no se eliminan tan rápidamente, ni

aun cuando el golpe sea fuerte y duradero. Pero desde aquella noche empecé a mejorar perceptiblemente.

Una vez por día hago un pequeño inventario mental de mis riquezas: Mi esposa y mis hijos, nuestra salud, y los miles de ratos agradables que pasamos juntos, y los otros miles que nos aguardan; mi puesto, que se vuelve más interesante y más valioso cada año; y finalmente, aunque no es lo de menor importancia, los amigos, que parecen haberse multiplicado enormemente en estos últimos años desde que hemos dedicado menos atención a nosotros mismos y más a los demás.

Nadie puede excitarme ahora describiendo las fortunas que otros han adquirido, ni pasando al lado mío en un flamante automóvil o disfrutando de una elevada posición. El hecho es que he adoptado cierta conducta para con el éxito ajeno. Me he propuesto deliberadamente apropiarme un poco de la felicidad de los demás. Cuando me entero de la buena suerte de alguno de mis conocidos, sigo esta regla invariable: Primeramente, dentro de las veinticuatro horas lo felicito, ya sea personalmente, por carta o por teléfono. En segundo lugar, dentro de las veinticuatro horas hablo de su éxito por lo menos a tres personas. Es algo admirable ver cuánta felicidad puede proporcionarle a uno la buena fortuna de los demás mediante esta sencilla fórmula, y cuánto más fácil es vencer la codicia cuando uno siempre se acuerda de estar contento.

-mol *protagonista*.

*Donde reina la envidia no puede vivir
la virtud. Miguel de Cervantes.*

Bien comprensible

DESPUÉS DE la batalla de Gettysburgo, entré en la pieza de mi hijo, joven oficial que yacía herido, al borde de la muerte. Al llegar yo, despertó de su letargo, y haciéndome señas para que me aproximara a su cama, puso sus brazos alrededor de mi cuello.

-Padre mío, cuánto me alegro de verte. Temía que no llegaras a tiempo. Estoy muy débil, ¡pero tengo tanto que decirte! ¿Qué es de mamá y mi hermanita?

Por los que vivían en esa casa fui entonces informado de que no había más esperanza de salvarle.

Atormentado por la incertidumbre me dirigí al médico.

-¿Qué me dice del estado de mi hijo, doctor?

-Es un caso perdido. No hay ya manera de salvarlo.

-¿Cuánto tiempo cree Ud. que puede vivir todavía?

-Cuatro días, a lo sumo, pero la muerte puede sobrevenir de un instante a otro, pues existe el peligro de que se rompa alguna arteria, lo cual tendría consecuencias fatales. Si piensa hacer algo por él, debe hacerlo ahora.

Volví a entrar en la pieza con la dolorosa noticia, que me laceraba el alma, y los ojos de mi hijo se fijaron en mí.

-Siéntate aquí cerca de mí, papá; ¿conversaste con el doctor sobre mi condición?

-Sí.

-¿Qué dice él? ¿Piensa qué me restableceré?

Siguieron algunos momentos de angustioso silencio.

-No temas contarme lo que te reveló.

-El me dijo que vas a morir.

-¿Y cuánto tiempo juzga que puedo vivir?

-Cuatro días como máximo, pero advirtió, sin embargo, que la muerte puede sobrevenir en cualquier momento, siendo que existe el peligro de la ruptura de alguna arteria, cosa que no resistirías.

Haciendo entonces un esfuerzo, dijo:

-¿Será eso cierto, padre mío? ¿Habré de morir? ¡Oh, no es posible, no puedo morir, no estoy preparado para la muerte! Dime cómo debo prepararme para poder afrontarla; pero dímelo de manera que pueda comprenderlo. Dímelo en pocas palabras para que pueda verlo claramente. Sé que lo sabes, porque ya se lo dijiste a otros.

El momento no era para lágrimas, sino que exigía calma y lucidez a fin de conducir un alma a Cristo; ambas



cosas las tuvo el padre.

-Veo, hijo mío, que temes la muerte.

-Sí, la temo, padre mío.

-Debo suponer, por lo tanto, que te sientes culpable.

-Ciertamente, fui un joven de vida liviana. Tú sabes cómo es en el ejército.

-Deseas obtener el perdón, ¿no es cierto?

-Oh, sí, es lo que anhelo; ¿puedo obtenerlo ahora, padre mío?

-Sin duda.

-¿Puedo tener la seguridad del perdón antes de morir?

-Sí.

-Entonces dime de qué manera, pero dímelo claramente para que pueda comprenderlo.

Súbitamente, recordé algo de cuando mi hijo iba a la escuela. Hacía ya algunos años que no había pensado en ello, pero en ese instante lo recordé nítidamente y me proporcionó precisamente lo que necesitaba para guiar el corazón angustiado de mi hijo a su único Salvador.

-¿Te acuerdas de un día en que, habiéndome dado motivos para reprenderte, te enojaste hasta el punto de dirigirme algunas palabras duras?

-Sí, papá, hace pocos días, cuando esperaba aquí tu llegada, lo recordé y me entristecí mucho; deseé que hubieras estado aquí para pedirte perdón una vez más.

-Sin duda recuerdas cómo, después de pasado aquel primer acceso, volviste a mí arrepentido, y arrojándote a mi cuello dijiste: "Padre mío, siento mucho haberte ofendido. No fue tu hijo el que hizo eso; sucedió en un momento de arrebato. ¿Quieres perdonar mi ofensa?"

-Lo recuerdo muy bien.

-¿Te acuerdas también de lo que te dije cuando estabas llorando en mis brazos?

--¿Qué dice él? ¿Piensa que me restableceré?

Siguieron algunos momentos de angustioso silencio.

-No temas contarme lo que te reveló.

-El me dijo que vas a morir.

-¿Y cuánto tiempo juzga que puedo vivir?

-Cuatro días como máximo, pero advirtió, sin embargo, que la muerte puede sobrevenir en cualquier momento, siendo que existe el peligro de la ruptura de alguna arteria, cosa que no resistirías.

Haciendo entonces un esfuerzo, dijo:

-¿Será eso cierto, padre mío? ¿Habré de morir? ¡Oh, no es posible, no puedo morir, no estoy preparado para la muerte! Dime cómo debo prepararme para poder afrontarla; pero dímelo de manera que pueda comprenderlo. Dímelo en pocas palabras para que pueda verlo claramente. Sé que lo sabes, porque ya se lo dijiste a otros.

El momento no era para lágrimas, sino que exigía calma y lucidez a fin de conducir un alma a Cristo; ambas



cosas las tuvo el padre.

-Veo, hijo mío, que temes la muerte.

-Sí, la temo, padre mío.

-Debo suponer, por lo tanto, que te sientes culpable.

-Ciertamente, fui un joven de vida liviana. Tú sabes cómo es en el ejército.

-Deseas obtener el perdón, ¿no es cierto?

-Oh, sí, es lo que anhelo; ¿puedo obtenerlo ahora, padre mío?

-Sin duda.

-¿Puedo tener la seguridad del perdón antes de morir?

-Sí.

-Entonces dime de qué manera, pero dímelo claramente para que pueda comprenderlo.

Súbitamente, recordé algo de cuando mi hijo iba a la escuela. Hacía ya algunos años que no había pensado en ello, pero en ese instante lo recordé nítidamente y me proporcionó precisamente lo que necesitaba para guiar el corazón angustiado de mi hijo a su único Salvador.

=¿Te acuerdas de un día en que, habiéndome dado motivos para reprenderte, te enojaste hasta el punto de dirigirme algunas palabras duras?

-Sí, papá, hace pocos días, cuando esperaba aquí tu llegada, lo recordé y me entristecí mucho; deseé que hubieras estado aquí para pedirte perdón una vez más.

-Sin duda recuerdas cómo, después de pasado aquel primer acceso, volviste a mí arrepentido, y arrojándote a mi cuello dijiste: "Padre mío, siento mucho haberte ofendido. No fue tu hijo el que hizo eso; sucedió en un momento de arrebato. ¿Quieres perdonar mi ofensa?"

-Lo recuerdo muy bien.

-¿Te acuerdas también de lo que te dije cuando estabas llorando en mis brazos?

-Sí, tú me contestaste: "Hijito, te perdono de todo corazón," y me besaste. Nunca olvidé aquellas palabras.

-¿Las creíste?

-Sí, nunca las puse en duda.

-¿Te sentiste feliz entonces?

-¡Oh, muy feliz! y desde entonces te amé más. No puedo olvidar la satisfacción que experimenté cuando, mirándome con ternura me dijiste: "Te perdono de todo corazón".

-Pues bien, hijo mío, ése es exactamente el modo en que debes ir al Señor Jesús. Confiésale el pesar que sientes por los pecados cometidos, como me confesaste tu falta, y él te perdonará con presteza mil veces mayor que la que usé al perdonarte. El dice que lo hará; debes creer, pues, su palabra como creíste la mía.

-¿Es así cómo llega uno a ser cristiano, padre mío?

-No conozco otro modo.

-¡Oh!, comprendo; y ¡cuánto me alegro de que hayas venido para enseñármelo!

Dio vuelta entonces la cabeza en la almohada como para descansar. Yo, sin embargo, no pudiendo dominarme más, me dejé caer en una silla y comencé a llorar. Mi parte estaba hecha, confiaba el resto al Señor y, como luego pude observar, él no dejó de cumplir también la suya. El corazón contrito había confesado y oído de él las palabras anheladas: "Tus pecados te son perdonados"; y las creyó. En un momento, se había producido el nuevo nacimiento; el corazón atribulado había exhalado una breve oración y, habiendo creído en las palabras del Señor, había experimentado su poder regenerador. Un alma había pasado de las tinieblas a la luz admirable y del poder del pecado y del diablo, a Dios. Luego sentí que una mano trémula me tocaba y una voz profería la palabra "padre" en un tono tan lleno de dulzura, que tuve la

seguridad de que se había producido el cambio.

-Padre querido, no llores. Estoy feliz, el Señor Jesús me perdonó. Sé que él lo hizo porque su Palabra lo dice y yo lo creo. No temo más la muerte. Con todo, si Dios quisiera concederme la vida, desearía vivir para poder cuidar de ti y de mi querida madre; pero si debo morir, no tengo ningún temor, porque Jesús me perdonó. Y ahora, padre mío, te pido que ores conmigo.

Oramos juntos, y nuestra oración obtuvo respuesta.

-Padre mío, estoy muy feliz. Ahora creo que he de restablecerme, y ya me siento mejor.

A partir de ese instante, cambiaron todos los síntomas, el pulso disminuyó y su apariencia denunciaba mejoría.

Después entró el médico, y al encontrarlo alegre y feliz, lo miró, le tomó el pulso y dijo:

-Está mejor.

-Estoy mejor, doctor, y voy a sanar. Dios nos oyó.

Por la noche tres cirujanos se reunieron en consulta, y el caso fue juzgado completamente perdido. Uno de ellos se despidió de mi hijo no manifestando ninguna esperanza de volverlo a ver.

Por la mañana siguiente los otros dos médicos volvieron como de costumbre, para tratarle la herida. Al sacar las vendas, sin embargo, quedaron asombrados, y exclamaron:

-¡Oh, Dios! ¡Qué milagro es éste! La gangrena desapareció; su hijo vivirá; Dios contestó sus oraciones.

-Sí, doctor -respondió mi hijo-, ya le dije ayer que creía que iba a sanar, porque le expresé al Señor mi deseo de vivir para realizar algún bien. Sabía que había contestado mis oraciones, y ahora ustedes pueden convencerse de ello. ¡Alaben conmigo al Señor!

Entretanto el telégrafo había cubierto nuestra casa de tristeza y luto al transmitir la consternadora noticia:

"Nuestro hijo se muere". Al día siguiente, sin embargo, un segundo telegrama anunció: "Nuestro hijo vivirá y está feliz en (~risto", y al luto y la tristeza sucedieron la alegría y el júbilo.

Ahora vive, rodeado de honra y prosperidad, como miembro de la iglesia cristiana adventista y padre de una familia feliz; dedica todo su tiempo al servicio de su Creador.

Este caso me resultó útil también a mí, haciéndome mejor hombre y mejor siervo de Cristo.

Nunca olvidaré la lección que mi hijo me dio con aquellas palabras: "Dímelo claramente para que pueda comprenderlo".

*La hice base de muchos de mis sermones, y Dios
los coronó de éxito. -Un pastor.*